

HOMENAJE

A

JOSÉ ENRIQUE RODÓ



Editor: MAXIMINO GARCIA

Sarandí, 461 — Ituzaingó, 1416

Librería

Librería

**Revista "ARIEL"—
Organo del Centro de
Estudiantes "Ariel".**

MONTEVIDEO

1920

EDICIONES URUGUAYAS EDITADAS POR MAXIMINO GARCÍA

OBRAS DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ .

La Novela Nueva	\$ 0.25
Cinco Ensayos	" 1.20
Ariel	" 0.50
Camino de Paros.	" 1.00
Mirador de Próspero.	" 1.20
Motivos de Proteo	" 1.20

PROSAS DE JULIO HERRERA Y REISSIG

Conceptos	} \$ 0.90 obra completa
Aguas del Aqueronte	
El traje lila	
Mademoiselle Jaquelin	
A la Ciudad de Minas	
Psicología Literaria	
El simbolismo oriental	
Eppur si muove	
Contra el censo	} \$ 6.00
El alma de mono	
Poesías Completas, 5 volúmenes	

OBRAS DE FLORENCIO SANCHEZ

M'hijo el Doctor	\$ 0.60
Los Muertos	" 0.60
Nuestros Hijos	" 0.60
Barranca Abajo	" 0.60
La Gringa	" 0.30
Los derechos de la salud	" 0.30
El Caudillaje criminal en Sud América	" 0.25
Los derechos de la salud	" 0.60
En familia	" 0.60
Moneda falsa	" 0.60



ARIEL



REVISTA DEL
CENTRO ESTUDIANTEL ARIEL



MONUMENTO

1920

Centro de Estudiantes "ARIEL"

490—CALLE SARANDÍ—490

COMISIÓN DIRECTIVA:

Presidente: Carlos Quijano — *Vicepresidentes:* Adolfo Folle Juanicó, Teófilo Piñeyro Chain — *Secretario:* Aurelio Barrios Amorín — *Prosecretarios:* Walberto Pérez, Agustín Ruano Fournier — *Tesorero:* Adolfo Coppetti — *Protesorero:* Ricardo Cat Alvarez — *Bibliotecario:* Carlos Benvenuto — *Vocales:* Eugenio Petit Muñoz, Arturo Lerena Acevedo, Luis Enrique Piñeyro Chain, A. Gómez Haedo, A. Quesada, Julio Iturbide, Alfeo Brum, Raúl Negro, Alberto B. Hardoy, Vicente Elorza, Eugenio Fulquet y Eduardo Irastorza.

COMISIÓN DE REVISTA:

Redactores: Carlos Quijano, Eugenio Petit Muñcz, L. Enrique Piñeyro Chain, Alejandro Gómez Haedo, Víctor Armand Ugón. — *Administrador:* Walberto Pérez.

ARIEL es la tribuna abierta al ensueño y al ideal de los nuevos.

ARIEL es energía optimista porque es juventud.

ARIEL es una inquietud de justicia, un propósito de verdad y una aspiración de belleza.

ARIEL quiere realizar obra de renovación y de mejoramiento.

ARIEL es palabra de fe en estos tiempos de esperanza.

HOMENAJE

A

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

**Revista "ARIEL"—
Organo del Centro de
Estudiantes "Ariel".**

Febrero-Mayo 1920

AÑO I—N.º 8-9

MONTESVIDEO

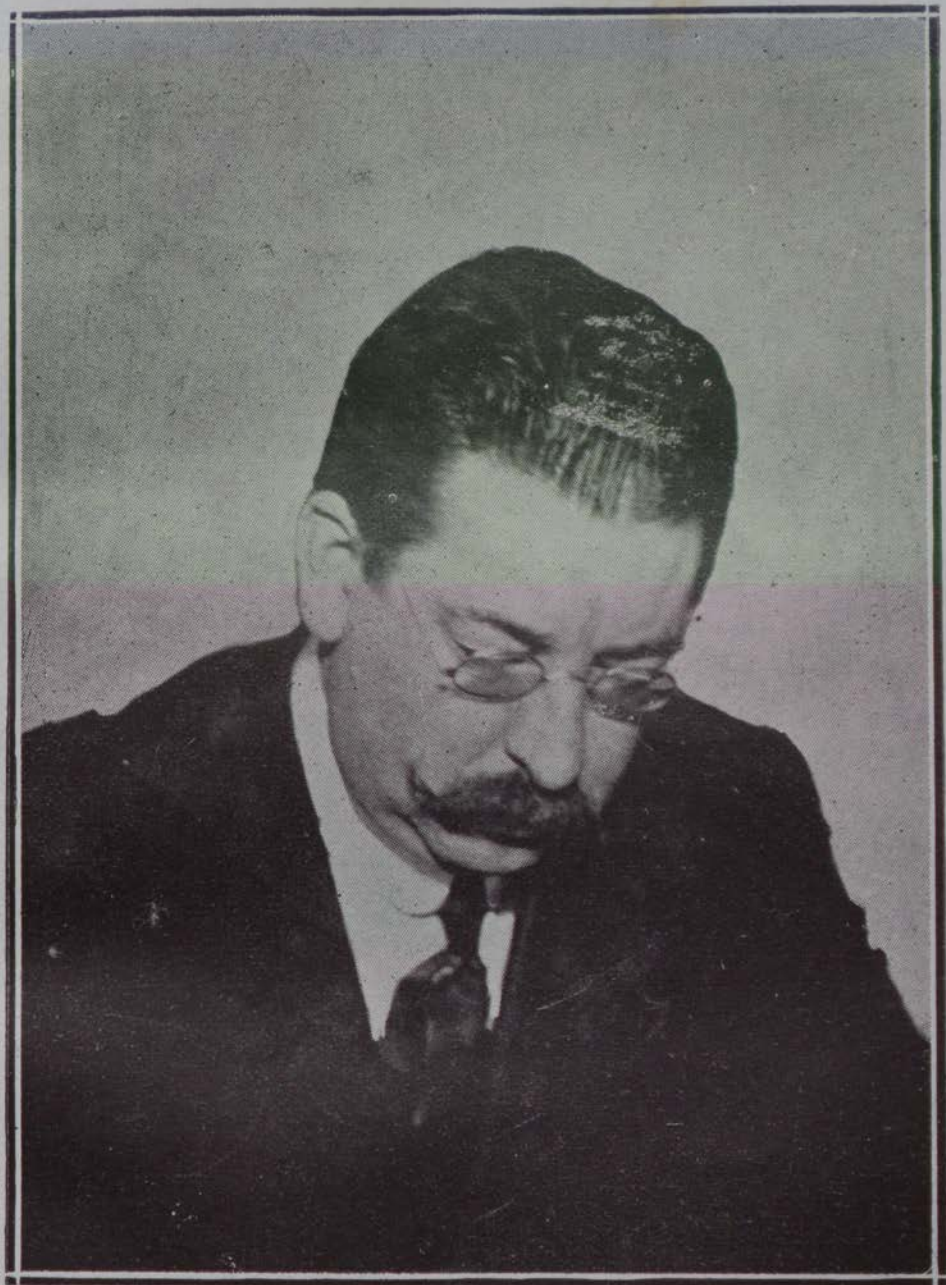


I

LA OFRENDA DE "ARIEL"

Reposan ya en tierra uruguaya los restos de José Enrique Rodó.

«Ariel» ha entendido que, porque no desmereciera su homenaje con obra que fuese acaso petulante o ingenua por demasiado juvenil, debía, como la ola que simboliza a Proteo, darse en sacrificio al movimiento innovador, sumergirse en la hondura y dejar sitio a otra onda más clara y eminente. Y así, por culto del ideal que persigue el perfeccionamiento en la renovación eterna, ha callado, en esta hora en que caben silencios augustos, para dar su palabra a más altos voceros, que digan la alta gloria del Maestro de América.



JOSÉ ENRIQUE RODÓ



1

1

1

Rodó

Conferencia pronunciada bajo los auspicios del Centro de Estudiantes "Ariel", en el salón de actos públicos de la Universidad, el 2 de mayo de 1918, por la señorita Luisa Luísi.

La obra de un escritor, alimentada con lo más sensible del corazón humano, no es, sin embargo, ni puede serlo, sino una parte de su personalidad. Los que han estudiado hasta ahora la obra de Rodó, se descartan, sin embargo, a menudo de lo escrito, que sólo puede ser lo duradero para analizar la personalidad viviente del autor. Más que críticos de su obra, han sido, generalmente, críticos del *hombre*. Demasiado cerca todavía de nosotros, su influencia *personal* es tan grande como su influencia literaria. Yo creo también que sea ésta la actitud justa y acertada del que estudia a un autor cualquiera; por cuanto la vida, el carácter, las pasiones mismas del escritor llevan mayor luz a la intención profunda y a la íntima esencia de la obra. Se escribe tanto con la pasión como con la inteligencia: y el hombre suele aparecer bajo las ideas expresadas. Pero, para los que no hemos tratado personalmente al gran uruguayo desaparecido, que somos hoy muchos, y que seremos muchos más aún a medida que el tiempo realice su trabajo incontrastable,

la obra escrita de Rodó será lo único que perdure y lo único que conozcan las generaciones que nos han de seguir. Porque el recuerdo que alienta fresco en el corazón de sus amigos y que habrá de materializarse en la biografía y en la anécdota, no será sin embargo, más que un reflejo más o menos deformado por el cariño, la admiración o, simplemente, por el sello propio que el alma viva imprime a lo que es solamente recuerdo...

Por esto he de concretarme a lo que él quiso dejar que perdurara de sí mismo en sus escritos y que no es más que una pequeña parte de su alma.

Rodó no es, en efecto, un escritor que realiza su obra en el caldear vivo y trágico de la pasión; que escribe con su sangre, como el pelícano, al decir de Musset, el doloroso y fecundo resultado de sus propias experiencias. No palpita detrás de sus frases pulcras y limadas un corazón atormentado y humano, con sus luchas, sus contradicciones, sus caídas y sus resurgimientos, que hacen más ardiente, más dolorosa, pero más palpitante y, sobre todo, más humana la obra de Arte, y por esto también más cercana a nuestro propio corazón. Y no creo, sin embargo, que ello sea porque el alma grande y pura del maestro no haya tenido también su hora de duda y de tentación; su atormentador Monte de los Olivos en el que él mismo se complacía en ver el momento más grandioso de la vida de Jesús... Como todas las almas, y como las almas más grandes, ha de haber existido también para Rodó la hora de la duda y del tormento. Sólo que él la ha velado celosamente a los ojos de sus amigos y de sus discípulos, acaso también caídos en un incompatible sopor...

De todas las parábolas que esmaltan la obra del autor de "Ariel" como delicadas filigranas, un vaso de líneas armoniosas, y en las cuales han querido sus comentado-

res verlo retratado, yo elegiría, más que aquélla tan poética y tan honda al mismo tiempo, de los siete peregrinos; más que la despedida de Gorgias, aquella otra dulcísima leyenda de sutil perfume arcaico, en que un rey de las fantásticas regiones de Oriente "en donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos", abre su mágico palacio a todos los diversos huéspedes de su reino y sólo reserva para sí la inviolable estancia en donde despliega Psiquis para él solo las blancas alas del pensamiento.

Dejemos, pues, en la altiva soledad de su sagrado, el alma esquivada y reconcentrada de Rodó, y acatando, acaso, su voluntad suprema, respetemos la última Thule de su alma... Y puesto que sólo quiso legarnos una parte de sí mismo, la que él plasmó en serenidad y en belleza soberanas, recurramos a ella solamente para conocerlo y para amarlo.

Pero, guardémonos de que nuestro amor sea el frívolo e inconsciente amor del que acata sin estudio y sin análisis las ideas y las sugerencias del Maestro: guardémonos del pobre, del mezquino amor de quien imita sin comprender y alaba sin discernir; guardémonos de formar, alrededor del Maestro, aquel coro de grajos laudatorios que un escritor argentino lamenta ser el único homenaje tributado a la memoria altísima de Almafuerte.

Admirar a un escritor es, ante todo, estudiarlo y comprenderlo. Ya lo había dicho hace siglos aquel espíritu omnisciente y omnividente que se llamó Leonardo de Vinci: "Amar es comprender".

Amar a un escritor es discutir sus ideas, penetrar sus intenciones, aceptar de él lo que nuestro espíritu asimile después de revisar el contenido y pasarlo por el tamiz de nuestra personalidad; es hacerlo nuestro por la reflexión y por la crítica, por el estudio sereno y pro-

fundo, por la honda compenetración de Ideales. Y es aun buscar sus errores o sus desviaciones; nó para complacerse en ellos, si no para buscar con él la nueva fórmula que amplíe o que corrija la doctrina. Y entonces lo amaremos verdaderamente: no porque neguemos sus errores, sino con sus errores mismos y a pesar de ellos, fermento inevitable de toda humanidad.

Yo no aconsejaría, pues, a la juventud de mi tierra, la ciega admiración, ni la servil imitación del Maestro; mas el estudio y la discusión de sus ideas; la aceptación de sus doctrinas previo análisis que las depure de ciertos elementos excesivos.

La obra de Rodó es múltiple y varia: desde la afli-granada música de ciertos trozos de pura y noble poesía en los que la forma es su mayor gloria; desde la propaganda cálida y viviente; desde la obra del político sincero, hasta la del crítico literario, honda, desapasionada, perspicaz, en la cual ve González Blanco lo mejor de su intelecto, para consagrarlo al hombre representativo de la crítica hispano-americana, o hasta su labor de Maestro, en el alto y noble sentido de un magisterio ideal en el cual ve Gonzalo Zaldumbide, ese otro grande espíritu sudamericano, la faz culminante de su personalidad, por su don sensorio, por la serena unción de su palabra, por el místico y alto vuelo de su espíritu.

Porque si el "Mirador de Próspero", en su varia y compleja serie de artículos, es de un alto valer para completar la obra total y definitiva de Rodó, en modo alguno hemos de ver en él, a pesar de los magistrales estudios sobre Montalvo, Rubén Darío, Juan M. Gutiérrez o Bolívar, lo mejor y lo más acabado de su obra. Mutilan, por otra parte, la personalidad de Rodó, los que sólo ven en él un artífice — por puro y delicado que lo sea — del lenguaje, un mago del estilo, un creador de

belleza pura, sin arraigo más firme ni influencia más honda sobre la conducta y el porvenir de las jóvenes generaciones americanas.

Ni como estilista solamente, ni como crítico puro veo, pues, en Rodó, a una de las cumbres de la literatura americana. Pero lo veo tal como Maestro, como conductor de juventudes a las que quiso señalar los rumbos que le inspiraron su sinceridad y su visión personal del porvenir. Y, como tal, ha influido Rodó notablemente sobre la literatura hispano-americana. No creando, sin embargo, una nueva escuela literaria al modo de Rubén Darío, no son discípulos puramente literarios los suyos. Maestro es en el alto sentido de la palabra; maestro de ideales, forjador de almas.

Es su preocupación constante por los destinos morales e intelectuales de hispano-América y su esfuerzo perseverante por realizar su destino luminoso; es su dolor frente al presente pobre, y su inmaculada esperanza en un mejor futuro, el título más alto de su gloria y el timbre más puro de su nobleza.

Ya con él y antes de él, el problema de América preocupaba a altísimos espíritus sudamericanos; con él y antes de él la pobreza intelectual y moral de los pueblos hispano-americanos, aun sometidos a la tutela incondicional de la madre Europa había hecho cavilar hondamente a talentos generosos y preclaros.

Con Manuel Ugarte en la Argentina, con Rufino Blanco Fombona en Venezuela, con Francisco García Calderón en el Perú, con muchos otros aún, Rodó encarna toda una falange de escritores preocupados y cavilosos, frente a la realidad de nuestra América, que sondean con mirada zahorí su nublado e incierto porvenir. Todos ellos han estudiado con mayor o menor profundidad, con más o menos espíritu científico y corazón

de sociólogo, las condiciones políticas, económicas y sociales de las naciones sudamericanas, y cada uno, siguiendo las tendencias peculiares de su espíritu, construyendo sobre las bases de su propia idiosincrasia, han trazado, con mano casi siempre maestra, la ruta diversa, tortuosa, recta, fácil o compleja que ha de llevarnos cuanto antes a la realización definitiva de nuestra personalidad social.

Pero si en todos ellos una grande y noble intención informa su obra; si en todos ellos la sinceridad y el amor al continente común los curva en actitud pensativa y dolorosa sobre la Esfinge del futuro, en todos ellos también, la tempestuosa ráfaga de sangre y' de horror que pasa envolviendo en su roja nube a casi toda la humanidad, ha oreado las ideas con impulsos nuevos, e iluminado con resplandores fugaces de relámpago las sombras desconocidas del porvenir de América. Sólo Rodó, inclinando tempranamente sus sienes sobre el regazo generoso de la Madre Implacable, no ha podido ver, en el nuevo cielo que se abre para la historia del mundo, la ruta inesperada que se ofrece a los profetas y conductores del destino de América latina.

Porque la marcha de la humanidad, que puede esquematizarse en una curva armoniosa, cuyas direcciones se encuentran ya condicionadas por las direcciones anteriores, se quiebra, sin embargo, en ángulos brutales imprevistos, en ciertos momentos de la historia humana. La guerra actual, como lo fué en su tiempo la Revolución Francesa, marca uno de esos ángulos violentos en los que la marcha armoniosa del progreso y de las ideas sufre de pronto un cambio inesperado de dirección. Ningún problema social, ninguna doctrina puede ser hoy juzgada con el mismo criterio ni a la misma luz que antes de la guerra. Fuerzas ocultas, desconocidas aún

por ellas mismas, han surgido de pronto, cambiando por completo el equilibrio más o menos estable de la sociedad, que vacila y se tambalea hasta encontrar la nueva estabilidad provisoria de otro régimen. La guerra social, implacable, dolorosa, levanta el estandarte de una nueva Justicia, en una tentativa desesperada y sincera de mayor felicidad para un mayor número de hombres.

El norte de nuestra brújula se ha desplazado de repente, y' al nuevo norte, incierto y cambiante todavía, todavía envuelto en las brumas oscurecedoras de la duda, debemos tratar de dirigir nuestra marcha fluctuante y desconcertada. Nada más curioso y sugestivo; nada que enriquezca con más cruel pero eficaz lección nuestra experiencia que el releer hoy ciertas páginas de política o de sociología escritas con la buena fe, con la credulidad y la confianza de antes de la guerra.

Asombra que hayamos sido tan ciegos frente al peligro que ya cernía sus alas sombrías y sus garras afiladas sobre la confiada e incauta humanidad; y cómo, al precavernos de peligros imaginarios, abríamos las puertas al insidioso y pérfido enemigo.

Me sugieren estas reflexiones las páginas de García Godoy' sobre el peligro del imperialismo yanqui, y las frases de segura confianza con que afirma que: "cuantiosos intereses empleados en Centro América, de procedencia alemana, trescientos cincuenta mil habitantes de esa misma procedencia (que fueron luego muchos más) esparcidos en dos o tres Estados del Brasil, no pueden ciertamente representar ningún peligro digno de tomarse seriamente en cuenta". Y esto lo escribía combatiendo ciertos conceptos de García Calderón, que señalaba tres peligros a la estabilidad política de Hispano-América: "la paulatina y pacífica invasión de tra-

bajadores japoneses y alemanes, y el metódico y potente desenvolvimiento del imperialismo yanqui”.

Rodó no escapa a la ley general de los acontecimientos. Su obra, como la obra de todos, está condicionada a la relatividad de un momento histórico que puede extenderse a una mayor o menor duración, según el fundamento más o menos firme de *humanidad*, que Guyan exigía para toda obra de arte o de literatura que quiera perdurar más allá de la vida de su autor.

Con admirable profundidad muestra Renán en el “Diálogo de los Muertos”, la fugaz relatividad de nuestra verdad, manifestada en las obras literarias.—“Triste, verdaderamente, es la suerte de nosotros los inmortales”, hace decir a la sombra atormentada de Boileau, mientras discurre bajo las palmas y los olmos de un jardín de ultratumba, en compañía de los grandes genios y de los grandes talentos. “Parecemos querer decir eternamente lo que sólo hemos dicho para un momento pasajero. El mundo cambia y nuestros libros no. Hay quien pretende continuarnos y ser más de lo que nosotros hemos sido, y combaten con nuestros propios escritos aquello mismo que hemos amado. Los que nos combaten suelen ser muchas veces aquellos a quienes hubiéramos sostenido, si nos fuera posible volver a la tierra de los vivos”.

Sin pretender aplicar estrictamente estas palabras a la obra de Rodó, demasiado fresca y reciente todavía, no hay duda de que si él pudiera, como lo deseaba Boileau volver al mundo de los vivos cambiaría él mismo más de una faz de su doctrina, para adaptarla a las nuevas condiciones en que se encuentra hoy la humanidad. “El mundo ha cambiado completamente en estos últimos cinco años; pero su obra, no”.

Y, precisamente, el problema social de las naciones

hispano-americanas, es tal vez uno de los que más graves cambios ha sufrido, por el nuevo e inmenso porvenir abierto a todas sus actividades. Frente a la bancarrota dolorosa del continente europeo, toca a la América Latina una parte importantísima en la construcción futura del nuevo edificio social. Y las jóvenes espaldas de Hispano-América son aún muy débiles para sobrellevar el peso enorme que la humanidad ha colocado sobre ellas.

Pasado apenas el período de formación y consolidación política de las naciones, durante el cual, como durante la infancia del hombre, se encuentran expuestas a mayores contingencias que conspiran en contra de su integridad, las naciones hispano-americanas, llegadas ya a una fuerte y lozana juventud, deben trabajar, enérgicamente en formar y consolidar su esbozada personalidad. El problema es complejo, como lo es siempre el de la formación de un carácter nacional.

Y tanto más complejo para las naciones hispanoamericanas, cuanto que su origen y modo de formación conspira activamente contra la consolidación definitiva de ese carácter. Toda solución que quiera darse a este problema debe volver los ojos a la conquista y colonización de América Latina para no desconocer ciertos factores de una importancia capital.

Los primeros conquistadores de América, salvo algunas muy honrosas excepciones, fueron, en efecto, hombres de pocos escrúpulos morales, ávidos de riquezas o de gloria, aventureros geniales algunos de ellos, que eludían en el lejano teatro de estas comarcas salvajes y aún casi fantásticas, los lazos demasiado apretados para sus ambiciones, de las leyes y las sanciones sociales.

Poco varió más adelante la clase social de los colonizadores. Aun a principios del siglo XVII, un poco más

de un siglo después de su descubrimiento, decía Cervantes, refiriéndose a las Indias, que era “refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los arzáculos, pala y cubierta de los jugadores, anagaza general de las mujeres libres, engaño común para muchos y remedio particular para pocos”... (“El celoso extremeño”).

Sobre esta sociabilidad primitiva se organizaron y desenvolvieron luego las ricas colonias españolas.

Lentamente purificado el medio social de tan humilde origen, por corrientes inmigratorias un poco más cultas y por la autoeducación que paulatinamente se iba desarrollando, por la cultura que surgía, por los elementos nativos que iban a beber directamente en la fuente natural de la madre Europa, por la llegada de libros, periódicos, y noticias verbales que traían, con las mercaderías necesarias, un hálito de civilización, los escasos y anhelados buques de la Compañía de Indias, surgió, con el siglo XIX, la Revolución Americana, dando existencia política a estas naciones. Si en el Virreinato del Río de la Plata y en la Gobernación de Caracas la revolución nació en la clase más culta y refinada de la sociedad; si los San Martín, los Belgrano, los Bolívar, los Miranda, fueron hombres superiores, instruídos en los avanzados principios de los filósofos de la Enciclopedia, cuyos frutos maduraron en la Revolución Francesa; militares distinguidos y hombres de mundo, en la generalidad de América la revolución, como la de 1789, fué hija legítima del pueblo. Y el pueblo, el pueblo criollo, sustituyéndose al fin a la pseudo aristocracia española, cuyos más claros pergaminos no eran muchas veces más que una fe de bautismo obtenida quizás de qué manera en alguna oscura iglesia de una perdida aldea española, título suficiente para desalojar de todo puesto administrativo y de toda consideración social al humilde criollo de

América, el pueblo, los criollos, los mestizos, los nativos, realizaron, magníficamente, soberbiamente, la hazaña de crear un continente próspero, de las agobiadas y exhaustas colonias españolas.

Una vez consolidada la existencia política de las naciones hispanoamericanas, la inmigración europea concurreó más aún con su rica savia a aumentar su crecimiento y desarrollar sus riquezas. Aquel primitivo núcleo de colonizadores hispanos injertado sobre las razas indígenas, constituyó, luego que lo hubieron seleccionado y afinado los años, la base firme y el cimiento estable y sólido, bajo la masa movediza, enorme y ondulante de la inmigración. Su solidez apenas consolidada, debió ser la roca dura sobre la cual se han edificado las nuevas nacionalidades, la que debe encauzar y asimilar la heterogeneidad de la masa humana, marea constante que aflúa y afluye sin descanso desde las playas europeas.

Esta heterogeneidad de nuestras poblaciones, hasta ahora no suficientemente fijada y asimilada por el fondo criollo, estable y homogéneo, es la causa indiscutible de la inferioridad actual de Hispano-América, frente a la estabilidad de tantos siglos de las naciones europeas. Inferioridad pasajera indudablemente; pues esa misma heterogeneidad es al mismo tiempo fuerza valiosa de trabajo, de iniciativa, de progreso, a la cual sólo falta una adaptación definitiva que lo transforme y le dé carácter nacional. Otra forma de conquista y de colonización; un marcado puritanismo moral y social caracterizan la formación de los Estados Unidos de Norte América, a los que la fuerza del carácter sajón, evolucionando en otros climas y en otras condiciones políticas, con un aprendizaje invalorable de libertad que Inglaterra permite a sus colonias, determinaron más rápidamente y con fuerza mayor el carácter yanqui, impuesto

casi en absoluto a la masa inmigratoria, no menos numerosa ni menos variada que en Hispano-América. El núcleo primitivo ha impuesto a la población flotante y cosmopolita la fuerza de sus aspiraciones y la energía de su voluntad. He ahí por qué Norte América puede hoy reivindicar su puesto de nación formada en el cónclave universal y aun imponer con sus puntos de mira y la preponderancia de sus riquezas, sus determinaciones en la política del mundo.

Lo que ellos han conseguido por medio de su voluntad, de su trabajo, de un tesón no quebrantado ni debilitado nunca, Hispano-América puede también conseguirlo por otros medios y con otras condiciones, puesto que nuestra raza, latina y entusiasta, si inferior bajo ciertos aspectos de constancia y de audacia, es superior en mil otros de fineza, de idealidad y de arte. El vicio de nuestra formación requiere de inmediato un remedio enérgico; tanto más urgente cuanto que el porvenir de la América Latina debe ser realizado cuanto antes. Y el remedio no puede ser sino uno: la educación.

La cultura intelectual, por la fácil transmisión del libro, del periódico, de la revista, pudo venirnos naturalmente de nuestra madre Europa que virtió pródigamente sobre nosotros el perfume exquisito de su cultura latina y el refinamiento de su literatura francesa, en donde ha bebido Hispano-América lo más firme y lo más delicado de su saber y de su arte, mucho más que de España, cuyo idioma, sin embargo, es el nuestro. Y a través de Francia, también el pensamiento filosófico germano y el sajón, la ciencia creadora y analizadora, nos ha llegado casi exclusivamente en el dulce idioma de Lutecia.

Y así se explica que el nivel de la cultura americana, por lo menos en cierta clase de la sociedad, pequeña es

cierto, haya subido bastante alto para hacer pensar a ciertos escritores que era llegado el momento propicio de independizar a América de la tutela intelectual europea, como un día, hace ya próximamente un siglo fué independizada políticamente. Sólo que la independencia intelectual es obra paciente del tiempo y del trabajo, y no se decreta en un motín, ni se sostiene por la fuerza de las armas. Ligada íntimamente a ella, y aun en cierto modo sojuzgándola, la independencia económica requiere antes ancho y abierto campo para la industria y el comercio. Y más alto aún que el pensamiento y' que la riqueza y que el trabajo, la conciencia del pueblo, oscura e ineducada, pide ser esclarecida en una cultura paciente y larga. Fruto de la heterogeneidad y de la inestabilidad de nuestros inmigrantes, el nivel de la moralidad popular en nuestra América, azotada por la inercia de las razas nativas vencidas, con el porcentaje asustador de su analfabetismo, es sensiblemente inferior al nivel intelectual de sus clases cultas.

Pero la educación es a su vez otro problema hondo y complejo. Habíamos cifrado todas nuestras esperanzas, toda nuestra fe en la escuela primaria, y ella nos dice hoy ya sin ambages, que hemos pedido a su organización más de lo que se encuentra en estado de dar. No, la educación de los pueblos hispanoamericanos no puede cifrarse únicamente en una cuestión de número de escuelas. Sería demasiado fácil el remedio si multiplicando el número de ellas pudiéramos solucionar tan complejo problema. La verdadera educación, la educación del carácter, la formación de la conciencia, la iniciación en la responsabilidad y en el deber, la pureza de la conducta, la altura de ideales, no la pueden dar por entero la es-

cuela primaria: ello es patrimonio casi exclusivo del hogar.

Y el hogar — o por lo menos la mayoría de los hogares — no la da, ni puede darla porque los hombres y las mujeres de nuestros pueblos no están capacitados para darla.

El problema, pues, se presenta con caracteres de casi insolubilidad. Y sin embargo, sólo es insoluble para aquellos que intentan resolverlo de inmediato. La educación del pueblo se efectuará de una manera lenta pero efectiva, por el ejemplo, por la acción, por la abnegación paciente y constante de los mejores, de los más cultos, sobre la masa desconocida e irresponsable. Ella, inculta y sin carácter, ama, sin embargo, los rasgos desinteresados, los gestos heroicos, los arrestos viriles; se apasiona por sus grandes hombres y rinde culto a los que saben imponerle su ideal. En medio de las miserias, de las bajezas, de las mezquindades de la lucha de cada día, busca un poco de belleza, un romántico vislumbre de sentimentalismo, un poco de desinterés y de bondad en la lectura de sus libros favoritos. Infantil e ingenua, se deja arrastrar muchas veces por las palabras huecas y sonoras que le hablan de justicia e ideales traficados como medios de lucro por los que explotan su sed de Bien y de Bondad; niño grande, no distingue generalmente el brillo engañoso de las falsas joyas, que toma a menudo por oro puro y macizo. Pero esa misma facilidad para ser engañado y explotado, prueba el fondo sincero e incontaminado de su alma, su sed de mejores días, su aspiración confusa de desinterés, que es preciso cultivar pacientemente y transformar en concretas normas de conducta, fecundas en realidades prácticas, por medio de la educación de unas clases sociales sobre otras.

La educación de nuestros pueblos no puede venirnos de afuera como la cultura; debe realizarse toda ella dentro de nosotros mismos.

Esta obra de autoeducación de los pueblos, reconocida como indispensable y urgente en América, es la médula viva, el significado profundo de "Ariel", eje principal, la más palpitante y trascendente parte de toda la obra de Rodó.

Es "Ariel" al mismo tiempo, el problema y la solución del problema americanista. En él se plantea la inferioridad real y la potencial superioridad ulterior de Hispano-América; y la norma más clara de desenvolver y realizar su excelencia. De la masa enorme de población americana, Rodó toma la parte más viva, el núcleo promisor que ha de realizar en el futuro el porvenir soñado; y a esa juventud, que es la virtualidad actual y la realidad de mañana, se dirige para plasmar en ella el futuro que sueña: sermón laico, oración lírica, breviario de íntimos consejos, manual de perfección, Rodó realiza en "Ariel" la obra de educación que acabamos de esbozar. Pero, no se contenta con señalar las normas; cultivo del ocio griego, amor a los ideales, alta mira de conducta en donde fijar los ojos como en una brújula celeste en medio del mar peligroso de la vida, desinterés absoluto, comunicación e intercambio intelectual entre todos los países de América, cultivo del genio latino frente a la invasora expansión del genio norteamericano. Expresamente, en forma bellísima, expone la necesidad de educar, por el ejemplo y la palabra. "Por otra parte — dice en este mismo "Ariel", que comento — nuestra concepción cristiana de la vida (¿por qué, solamente cristiana?) nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, *son principalmente un motivo de deberes*, y que todo espíritu superior se

debe a los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien''. He ahí sintetizado en esta bella frase todo el proceso de la educación colectiva de los pueblos. El día en que todos los hombres de cierta cultura, de determinado nivel moral se compenetraren de sus deberes para con las masas inferiores; el día en que las clases dirigentes reconozcan y acaten su deber de enseñar con la realidad viviente de su ejemplo propio, a la masa ignorante e impersonal, ese día la autoeducación de los pueblos será un hecho y el nivel moral de América nada tendrá que envidiar al de las más cultas naciones europeas.

Pero no se contentó Rodó con predicar y enseñar el camino de la propia cultura a los pueblos hispanoamericanos con la música inefable de su palabra ungida de sinceridad y de fervor: su vida entera fué también la realización práctica de sus ideales enseñados. Y no es éste menor título a su gloria, ni timbre menos alto de nobleza, ni florón menospreciado para su noble corona de Maestro. En la completa armonía entre su obra y su vida, hemos de encontrar el secreto de su influencia decisiva sobre la juventud americana. Reconociéndose de un nivel intelectual y moral superior al de la mayoría, puso en práctica su concepto de la superioridad moral que impone mayor número de deberes que de derechos. Por esa sinceridad absoluta de sus prédicas, por esa armonía tan pocas veces hallada entre la palabra y el acto, por ese amor desinteresado al continente, por la belleza serena de su frase muchas veces comparada a un mármol griego por la pureza de la línea y la ondulante curva de su música, Rodó es, sin disputa, el más alto Maestro de América. Ninguno de los otros notables escritores que con él se han preocupado de la salud moral de Latino-América, ha alcanzado, como el evangelis-

ta de "Ariel", tan eficaz influencia sobre esa misma América; ninguno ha penetrado tan hondamente en su corazón para imprimir en él el sello de sus altísimos y nobles ideales. Y es porque en "Ariel", junto a la belleza inmarcesible de su frase, junto a la poética evocación de las leyendas griegas, junto a la erudición de sus citas que habían de deslumbrar más adelante en "Motivos de Proteo" con la riqueza inagotable de una mina, la unción de la palabra, el convencimiento de su prédica, la sinceridad transparente de su fervor casi místico y de su amor encendido por el porvenir de la América Latina, tiene todo el contagioso entusiasmo de la palabra hondamente sentida y hermosamente expresada. "Ariel" es, por la suavidad de sus enseñanzas, manantial fresco y límpido que refresca las heridas del alma, sangrantes en la lucha implacable de la vida. Su lectura levanta el espíritu con la fuerza de una fe no contaminada por las bajas contingencias de la vida fecunda, pero amarga y dolorosa; y el refugio interior que enseña a la juventud demasiado tempranamente arrastrada a los materialismos necesarios, es el contacto vivificador de la madre Tierra para las fuerzas vacilantes de todos los tuteos. Si una religión positiva hubiera conquistado en su infancia el espíritu ya naturalmente religioso de Rodó, hasta convertirlo en sacerdote de su fe, la elocuencia persuasiva de "Ariel" hubiera sido fuerza incontrastable en el púlpito, y hubiéramos visto resucitar en nuestro siglo la palabra sagrada de los grandes predicadores religiosos.

La seducción inevitable de su verbo, hecha de idealidad y de belleza, arrastra y fascina el espíritu con la musicalidad fluida y transparente del período, y le quita a veces la serena independencia de la crítica. Hay tanto consuelo, tanta dulzura en la palabra inefable del

Maestro, que la inteligencia debe hacer un esfuerzo para librarse un momento del hechizo y analizar con imparcial actitud la eficacia verdadera de su prédica.

¿Es en realidad el cultivo del ocio, la vuelta en lo posible al "milagro griego", el idealismo ensoñador, la forma más eficaz de conseguir la realización definitiva del porvenir de América? ¿Son justos los reproches que dirige a la democracia *igualitaria* y *niveladora*, culpable según él, de haber ahogado las formas más refinadas y más altas del Arte y del Pensamiento? Frente a la maravilla de un monumento o de una estatua, ¿cabe olvidar la sangre derramada por los caprichos crueles de un Lorenzo de Médicis, protector de la Belleza y del Arte?

América, libre y abierta a todas las corrientes del pensamiento, campo fecundo en donde nacen y viven en fecundo consorcio todas las aspiraciones y todas las teorías; América, crisol donde se funden las razas más diversas para dar nacimiento a una raza futura libre y forjadora de su propio destino; Campo Elíseo en donde se refugian las miserias y los dolores de toda la humanidad para rehacer en el trabajo, en la energía de una vida de labor y de constancia el destino adverso en otros climas y en otras patrias, menos madre de sus hijos que la abierta y acogedora América, ¿vale menos que la Grecia del Arte, de la esclavitud y de la aristocracia, que la Florencia cruel y sanguinaria de los Médicis, la Florencia de la escultura, de la pintura y del crimen?

¿Y los Estados Unidos, pueblo recio y trabajador, pueblo de voluntad indomable, de energía triunfadora, pueblo de *self-control* y de desenvolvimiento de la propia personalidad, vale menos por su interesado amor a la riqueza, por el duro troquel de sus virtudes, a veces implacables, que nuestra América Latina, ensoñadora y

muelle, seducida fácilmente por la música engañadora de la palabra?

No, a pesar de sus aparentes inferioridades, la democracia no puede ser culpada de la falta de una floración definitiva de Arte americano. La chatura de su intelectualidad, la falta de Belleza de sus instituciones, la atmósfera espesa que ahoga a los espíritus refinados no son títulos suficientes para condenarla, frente a la inapreciable libertad que abre sus brazos a todas las criaturas y que reconoce también, si no con la misma generosidad que las viejas instituciones europeas, por lo menos con igual deseo de comprensión a los hijos predilectos del Arte.

“La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales a la serenidad y la independencia de la cultura intelectual. Pero a la manera de una bestia feroz en cuya posteridad domesticada hubiérase cambiado la acometividad en mansedumbre artera e innoble, el igualitarismo en la forma mansa de la *tendencia a lo utilitario y lo vulgar*, puede ser un objeto real de acusación contra la democracia del siglo XIX.”

Y en otra ocasión, agrega: “La concepción utilitaria como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre como norma de la proporción social componen íntimamente relacionadas la fórmula de lo que ha podido llamarse en Europa el espíritu de americanismo.”

En otro lugar encontramos esta frase que, por lo enérgica, lo contundente, casi diría lo lapidario, semeja un anatema de la Sagrada Escritura: “Sobre la democracia pesa la acusación de guiar a la humanidad, medio-crizándola, a un Sacro Imperio de utilitarismo”.

Seamos ahora, una vez siquiera, sinceros. Col



en uno de los platillos de la eterna balanza de la Justicia, esa "igualdad de semidioses" que, realizada en la antigua Grecia "sonrisa de juventud y de gracia de la humanidad niña y candorosa jugando sus juegos de niños sublimes sobre las playas azules del Atica", soñaba Rodó para nuestra América; coloquemos en ese mismo platillo las condiciones sociales y políticas que permitieron el maravilloso desenvolvimiento de esa floración espléndida de Arte y de pensamiento humanos: la atroz condición del esclavo, sobre cuyas espaldas de carne viva y dolorosa — igual a la de los ciudadanos libres de las libres ciudades de Grecia, porque era la suerte espantosa del vencido en las lides guerreras, — sobre cuyas espaldas, decía, de carne sensible y nervios doloridos se levantó en su implacable Belleza la civilización de la Hélade; y coloquemos en el otro platillo de la balanza nuestras despreciadas e igualitarias democracias, en donde el Arte y la Belleza pura son sacrificadas (espere-mos que sólo pasajera-mente) a esas clases inferiores, de quienes ya decía Renán "que no pueden aun ser libres y no deben ser ya esclavas", y digamos con la sinceridad de nuestro corazón del siglo XX, si no sacrificaríamos gustosos un arte y una civilización amasados con sangre y lágrimas humanas y conquistado a tan alto y tan duro precio.

Nó; a través de la historia y del tiempo, la poesía de lo desaparecido embellece las cosas pasadas con el velo encantador de la fantasía; pero nuestra sensibilidad, nuestra piedad, nuestra fraternidad humanas no podrían aceptar hoy las condiciones del "milagro griego" y al precio altísimo del Partenón, de la Venus de Milo, de la Victoria de Samotracia, y de todo el pueblo divino de las estatuas griegas, alzaríamos en nuestros brazos al

esclavo y pagaríamos con ellas el precio de su libertad invaluable.

Porque a pesar de toda su falta de Belleza, a pesar de su mediocridad, a pesar de la gris nivelación que la democracia ha impuesto al mundo, queda su título innegable de grandeza en el respeto y la consideración que exige a todos, por humilde, por oscura, por pequeña que sea, toda vida humana, por el solo motivo de ser la vida de un semejante nuestro. La más bella orquídea de Borneo, el más puro diamante del Transvaal, la perla más soberbia de Ceylán, no pagarán jamás con la exótica Belleza de su corola, con el brillo deslumbrador de sus mil facetas, con el oriente inimitable de su redondez aterciopelada, las vidas humanas, tan ricas en oculta belleza, sacrificadas implacablemente en su consecución.

Si aquel otro suave y helénico espíritu que se llamó Renán combatió la democracia con angustias y apasionamientos de convencido, no olvidemos que el ambiente en que vivía difería radicalmente del ambiente americano, y aquéllas instituciones de las nuestras. Se inspira Rodó muy a menudo en la palabra suave, armoniosa y llena de unción del autor de la Plegaria a la Acrópolis.

Pero no olvidemos que Renán escribía bajo el segundo imperio; y que si luchaba contra la posible implantación de la democracia era porque veía en el ejemplo de Inglaterra la suma más alta de libertad individual conciliada en una forma de gobierno en armonía con sus tradiciones seculares. Defendía Renán el derecho a vivir de una clase social que contaba en Francia siglos de existencia y que si reclamaba para sí derechos sumamente discutibles, había realizado en épocas pasadas la misión educadora que nosotros no tenemos aún a quien confiar. Anacrónica hoy en cualquier parte del mundo, la nobleza podía reivindicar en Europa su obra social

de siglos: guerrera, directora de los negocios públicos, educadora de las clases sociales oprimidas, en el arte, en la ciencia, en el refinamiento. Concluída su misión histórica, aun puede comprenderse que un espíritu refinado y superior, nacido y desenvuelto en ese medio, viera con pena su bancarrota definitiva; pero no se explica ni se admite que un espíritu libre de nuestra América, pueda echar de menos una forma social que sacrifica a la inmensa mayoría para realizar en un núcleo reducido un Ideal de Belleza, de Arte y de Pensamiento.

Y aún el mismo Renán, a cuyo aristocratismo de pensamiento repugnaba la mediocridad vulgar del "monstruo de las mil cabezas" tiene palabras de esperanza y de fe para ese mismo pueblo que había de ver entronizado en la tercera República Francesa. Cuando Calibán,—en el drama filosófico del autor de la "Vida de Jesús" — elevado por Próspero a la dignidad de criatura humana, como el pueblo fué elevado por la educación de la nobleza, que Renán personifica en el Duque de Milán, entregado a la investigación paciente de la ciencia, se subleva un día contra su maestro, del mismo modo que el pueblo se sublevó contra la aristocracia para conquistar sus derechos. Renán tiene palabras de fe para la redención definitiva del pueblo, y hace de Calibán, dueño al fin del gobierno de Milán, un hombre justo y moderado. Ciertamente es, que Ariel, espíritu puro, Ideal de la humanidad, muere en el drama, reintegrado a las fuentes primeras de la belleza eterna: color, perfume, canto, luz... Pero también es cierto que cuando Próspero abandona voluntariamente la vida conquistada, al fin su ciencia de eutanasia con la túnica empapada en cloroformo, renace Ariel por virtud del amor de Celestina y continuará viviendo por la magnanimidad de Calibán, de una

sinecúra: el cuidado del castillo de Sermione, inútil ya a la nueva República de Milán.

Profundo y sugestivo simbolismo que abre amplios e insospechados horizontes para aquellos que no han querido ver en Renán más que su tristeza por la aristocracia que él veía irse definitivamente; hondo simbolismo que entrega al pueblo-Calibán, el porvenir de la humanidad, y pone, al fin, bajo su protección y su custodia el Idealismo-Ariel, servidor hasta entonces de una clase única de la sociedad, la nobleza personificada en Próspero, Duque de Milán, reintegrado a su ducado después del largo destierro que nos narró Shakespeare en "La Tempestad".

Y este simbolismo, esperanza definitiva y fe inquebrantable en el porvenir del pueblo, del pueblo erigido en clase directora por virtud de la democracia, es también nuestra esperanza encendida, nuestra fe inquebrantable y el objeto final de nuestra vida.

América, depositaria del tesoro de libertad que soñaron los grandes pensadores para la humanidad entera, ha de realizar al fin el soñado consorcio entre la libertad y la cultura, entre la democracia y el Arte.

Pero sea cual fuere el camino que nos ha de llevar en definitiva a tan excelsa realidad, sea cual fuere la prédica de sus grandes pensadores, equivocado o real el medio indicado para conseguirlo, ha de quedar Rodó definitivamente como el más alto Maestro de la juventud americana, por la pureza de sus ideales, por la sinceridad de su palabra, por su dón de convencer y de seducir, por la belleza inimitable de su estilo, por la unción y el fervor de su alma enamorada de la Belleza y del Ideal.

La juventud uruguaya lo ha comprendido y lo ha amado; y recogiendo la enseñanza de su palabra y aco-

giendo la nobilísima tarea que él ha colocado sobre su frente tersa y limpia todavía, el Centro Ariel, representante de esa juventud entusiasta e idealista, nos congrega hoy en el claustro severo del templo de la ciencia para comulgar en este primer aniversario de la muerte de nuestro gran Maestro, en Belleza, en Bondad y en Ideal...

Permitidme, pues, señoras y señores, que al terminar, salude al mismo tiempo, y con la misma profunda reverencia, el espíritu luminoso del gran Maestro, que flota presente en esta reunión, congregada para recordarlo, y a esta juventud de mi patria, encargada de hacerlo carne en la obra de realización de las altas y nobles enseñanzas de "Ariel". Yo saludo, pues, en la generación que se inicia en las lides difíciles de la vida, a la materialización de los nobles ideales que el magno Maestro depositó sobre su frente como simiente de luz próxima a transformarse en constelación de astros; y creo que de ninguna otra manera puede conmemorarse más dignamente el primer aniversario de su muerte que levantando el corazón y la conciencia hasta las serenas cumbres de pureza, de idealidad y de belleza, en donde habitó el alma incontaminada de nuestro egregio compatriota desaparecido.

He dicho.

LUISA LUISI.

Mayo 2 de 1918.

Rodó, en la política

Tuvo, desde niño, según propia confesión, íntimas simpatías por el partido al que bien luego se incorporó, con la sinceridad de los convencidos, y sin ser un vehementemente, ni mucho menos, se apasionó por su credo, encontrando en el estudio de los acontecimientos que elaboraron el pasado doloroso y heroico, así como en los del presente, motivos de sobra para perseverar en las mismas orientaciones.

A pesar del silencio que la crítica ha observado a este respecto: ya, por deliberado propósito; porque, acaso, encuentra difícil conciliar las condiciones, tan extraordinarias como atrayentes, del hombre de letras con las del político, sujetas casi siempre al momento ocasional; o, porque la serenidad en el juicio y en la expresión, le preste un matiz demasiado suave al sentimiento que la dirige: el hecho cierto, corroborado por los incidentes de su vida, es, que no fué remiso a la acción, ni sordo al debate, cuando aquélla se encaminaba hacia un propósito elevado y éste se planteaba con la amplitud de una controversia de ideas.

En ambos casos, sin los aspavientos de relumbrón, sin esos gestos tribunicios, tan contrarios a su modo de ser y tan aplaudidos por el vulgo, aceptaba la lucha, afron-

tando todas las consecuencias y todas las responsabilidades. En ambos casos, el estilista irreprochable y el pensador profundo, amoldaba sus facultades a las exigencias del medio ambiente; preveía las objeciones y las rebatía, sin ofender jamás al adversario. Sabíamente le memoria que para éste, ni sus razonamientos serios, ni su indiscutible autoridad moral, ni sus generosas iniciativas, podían ser circunstancias determinantes.

Su política, no era la del éxito momentáneo, la de los acomodamientos personales, ni la del odio a cuanto no comulga en el altar de las concupiscencias vulgares, sino la del triunfo futuro, la de la comprensión exacta de todos los desniveles humanos y de todas las amarguras silenciadas: la de la tolerancia que explica, la benevolencia que disimula y la equidad que repara.

Por eso: dentro de nuestro ambiente reducido, por el espíritu de bandería y caldeado, siempre, con el atavismo de la revancha, cuando no con los apetitos voraces de los infecundos y de los improvisados, no tuvo éxito inmediato, ni fué considerado un hombre político, en la acepción criolla del vocablo.

Para haber merecido semejante calificativo y perpetuar su permanencia en el parlamento, donde dejó huellas tan luminosas como difíciles de igualar, carecía de aquella plasticidad de actitudes, susceptible de amoldarse a los sucesos y a los designios de los augures, sin contrariarlos jamás. Veía demasiado lejos y volaba demasiado alto, para preferir la complicitad del silencio a las salvedades de la conciencia.

Nunca, empero, desde la tribuna, lanzó, en el calor del debate, una sola frase hiriente u ofensiva; que su natural, ingénitamente bondadoso, se inclinó en todos los momentos a explicar con la tranquila persuasión del raciocinio el credo de la doctrina que defendiera, sin

estigmatizar despiadadamente la del contrario. Y no porque no se sintiera, más de una vez, indignado, especialmente, con la falta de sinceridad y de conducta; mucho más todavía, con aquellos a quienes, desde los albores de la juventud, sin más rumbos que los de la molicie adjuraban de la lucha, resignándose a vivir sin aspiraciones, sino porque la serenidad olímpica del juicio moderaba todas las vehemencias.

Enamorado del ideal, que en el alma del escritor y del filósofo exaltaba los más nobles de los sentimientos, ingenuamente supuso que los partidos se movían sólo por intereses fundamentales, de distinta orientación, unos de otros; pero, todos con propósitos patrióticos; creyó, asimismo que una vez terminado el período caótico de nuestras instituciones, luciera para la república una era de no interrumpida reparación, dentro de la cual el ejercicio del cargo supremo no podía ser desempeñado sino por el más justo y el más ilustrado de los ciudadanos, obligándose, en razón de su condición e investidura a auscultar, el primero, el corazón del pueblo; sometiéndose a los anhelos de la opinión y a servirse del poder, levantando el punto de mira, a fin de atemperar acritudes, limar asperezas, economizar conflictos y anticiparse al porvenir.

Su optimismo de iluminado, ante las realidades desnudas, apenas disimuladas con las excusas, tan encubridoras como falaces del interés partidario, sufrió el desencanto natural, producido por el contraste de las realidades; no, para hacerle olvidar el recuerdo de los primeros amores, sino para exaltarle, más aún, en el culto de los varones ilustres y volverle de nuevo, sin un ademán de protesta ni un acento de amargura, a las filas del pueblo que tanto amó.

En ellas, en unión de los compañeros de causa, se

proponía continuar la contienda, con la misma fe, con el mismo desinterés y el mismo entusiasmo de sus primeras luchas. En ellas, durante el dolorosamente breve intervalo de su actuación, disipaba sombras, aclaraba dudas y elevaba el debate hasta las alturas de la justicia. En ellas, ha dejado un vacío irreparable, que no se salva, sino muy relativamente, más que apelando al recuerdo de su ejemplar conducta política y persiguiendo esos ideales que dejó esbozados, en las obras literarias más perfectas y alentadoras que el ingenio uruguayo ha producido.

Tales fueron, en brevísima síntesis, las características del hombre público, calificadas como ingenuos lirismos por los simpatizantes de actitudes que no re-

sino el despecho de la vulgaridad y las inconsecuencias plebeyas; tales se manifestaron a nuestra observación durante los seis años últimos de su vida enaltecedora y apagada del correligionario, discípulo y amigo. pasaron en la Cámara popular.

El otoño que asoma y que fué la estación predilecta del llorado maestro, con la eclosión de las campanas azules como la esperanza, las riberas tranquilas y los días serenos, tiene el encanto incomparable y el atractivo de su intelectualidad: arrojadora, sugerente y profunda.

JOAQUÍN DE SALTERAIN

Montevideo, 17 de febrero de 1920.

José E. Rodó

Conferencia pronunciada al iniciarse los
cursos en el Instituto Normal de Señori-
tas, el 11 de mayo de 1917.

Señoras; señores:

La desolación de un gran dolor inesperado y la plena conciencia de una pérdida que de hoy más no podrá ser reparada, nos obliga a poner una franja de crespón y de duelo en la reanudación de nuestras conversaciones pedagógicas. Pienso que dondequiera existan aulas en las que se adoctrine a la juventud para la contemplación de la inmarcesible Hermosura, no ha podido pasarse en silencio tan infausta desdicha; y la coyuntura casual de que no tenga voz, por una incidencia fortuita, la cátedra universitaria que él desempeñó e ilustró, refuerza, me parece, el deber de rendirle, de ahora, la justicia que a todos nos incumbe. Con la frente nublada en el capuz de esta enorme tristeza que en vano osamos disipar entre los lampos de su gloria; con el corazón desgarrado en la congoja de no haber podido recoger como un precioso dón, su última voluntad, su último aliento; con la mente turbada ante el malogro de esta gran fuerza de belleza y de bien, aliada inevitable de toda justa empresa y todo noble empeño; — recojámonos tímidamente en la hermandad de este dolor universal y levan-

tándonos a la noción de este desastre inopinado, lloremos sin consuelo, frente al ara desierta, no sólo la desaparición irrevocable de este magno pontífice que se nos va en una hora tan trágica de la historia del mundo, sino también el desconcierto de tantos adeptos que le reconocían por su mentor, y que esperaban con una fe celosa para la nueva era que todos anhelamos, su palabra de reparación y de amor, por la vasta extensión de todo un continente!

No para los que le conocimos y le amamos, pero sí para la vulgaridad, ignara y torpe, ha sido menester que la muerte tocara con su dedo fatídico la envoltura terrena de José Enrique Rodó, para elevarnos a la cumplida consideración de su primiceria significación intelectual y moral. Pocas veces la naturaleza ha dado de sí una más completa contextura mental, un orden moral y estético más armonioso y puro, en el voltario azar con que reparte virtudes y defectos entre cuantos seres alberga la ancha esfera del mundo. Hombres ha habido, que gozaron de predicamento e influjo en los campos del arte y la historia de su tiempo y que, maravillosamente dotados para concitar la parte estética y sensible que hay en el instrumento del lenguaje, carecieron de ideas, o cuando las tuvieron, pensaron con la vulgaridad de todo el mundo; y a esta raza de espíritus, pertenecen escritores de tan glorioso fuste literario como Gautier o Víctor Hugo. Hombres ha habido, en estadios no iguales pero fronteros de éstos mismos, y en los que ejercieron de consuno prestigio y valimiento, que, nacidos para barajar los conceptos o sistemas más soberanos y dispares, fueron capaces de exponerlos con propiedad y donosura, sin hallar nunca, empero, la forma de arte luminosa con que perduran en las claras glorias del mundo; y a esta casta de ingenios se asimilan pensadores

de tan alto relieve intelectual como Montesquieu y Mme. de Stael. Hombre ha habido todavía, — esta nueva familia es necesaria, — a quienes actuando acaso, en planos menos eminentes, pero aún extraordinarios y gloriosos, les fué otorgado conciliar la expresión prestigiosa y rutilante con el pensamiento perdurable: pero cuyo vivir — hipócritas falaces — fué una total derogación de cuanto predicaron y exhibieron: esta laya de autores reconoce por antepasado remoto al gran Cayo Salustio, historiador de Roma, tan corto de escrúpulos morales como celoso en la sinceridad de juzgar. Y bien: José Enrique Rodó no perteneció a ninguna de estas familias de escritores; atesoró en su espíritu, concertándolas en inconfundible realce, las calidades y virtudes de esas tres maneras de ser: el pensamiento vasto y noble, el dón del estilo princeroso, la rectitud indeficiente del pensamiento y de la acción; por modo tal que en las magnas exequias que todo un continente se apresta a tributarle el día en que volvamos a la tierra natal sus despojos queridos, será incompleto el homenaje si no le brindamos en él las triples ofrendas debidas al talento ideal, a la magistral aptitud que esculpe en formas eternas las ideas, y a la voluntad sin claudicación que es capaz de traducir generosamente en conducta tanta belleza y verdad tanta! Belleza que no finca en Verdad es deleznable; Verdad que no finca en el Bien nunca dura: he ahí la incommovible razón por la cual la obra entera de José Enrique Rodó tienen ya, a despecho de pasajeras apoteosis, la dureza y persistencia del mármol!

Artífice magnífico en una era como pocas soporosa y baldía del arte hispanoamericano, él quiso unir su nombre, desde el comienzo juvenil, a la empresa de rehabilitación del castellano arcaico para adaptarlo a la expresión de nuestra civilización contemporánea; y al-

canzó el más alto galardón a que puede aspirar un escritor: logró formarse un estilo. Poseyó como nadie la noción personalísima de cuanto puede dar de plasticidad o eufonía, aparte su significado ideal, la sola forma del vocablo, junto con la pasión que, sin retorcimientos retóricos, acicala encarnizadamente las obras; y si de él puede decirse que no esgrimió jamás la pluma sino en cada ocasión que tuvo un pensamiento que comunicar, también ha de añadirse en justicia que no dió nunca tregua a su afán expresivo hasta no hallar a sus plantas rendidas y jadeantes, las palabras imperecederas en que se consuma de vez en vez y para la más grande gloria del arte, el abrazo perpetuo del concepto cabal con las formas de la sempiterna Hermosura! ¡Ardua faena la suya y sólo condigna de tan esforzado paladín: no dejó día de sacrificar a su culto; no ideó concepto que no fuese entrañable; no escribió frase que no fuese obra estética! Nutrido a los pechos de la cultura francesa y clásica española, acaso y en el tiempo, aquella antes que ésta, pero sin salto brusco, pues de un principio venía como contenido en su espíritu todo lo que fué en su apogeo, pueden mostrarse dos períodos, me parece, o si no, dos maneras características de su quehacer literario, sólo del punto de vista de la forma desde las filigranas y morbideces verbales de "Rubén Darío" y "El que vendrá" hasta la perfección robusta e imponente de sus "Motivos de Proteo", en que acabó a la postre la viril y marmórea estructura de su estilo. Pero, en todas partes y ante todo, ¡qué señoría más asombrosa y como de real prosapia en lo hidalguesco, del léxico y la expresión literaria! ¡qué cambio más estético, como de ajustarse a las oportunidades de asunto, público o lugar en el número, el ritmo, o el entono de la cláusula!, ¡qué concepción más pulera y clara al mismo tiempo que más noble

en el ideal filosófico o artístico! ¡qué ahincado ardor, como desatentado y formidable, en el buril inquieto con que remata, en largas noches de ajetreo, el hallazgo de la forma absoluta e imperecedera! Porque José Enrique Rodó, a este respecto, es de los grandes creadores, como hay pocos: escritores para quienes el númen no es ya sólo la inspiración, con ser ésta en ellos generosa, sino la faena operosa del trabajador; forjadores tenaces cuya obra se muestra, por igual, como el resultado de la gracia divina y la constancia del operador: por eso cada frase o período, sin repetirse nunca, forma su propio estilo, para decir tan sólo lo que quiso expresar, y el adorno que los realza a cosa hermosa y firme, no se ajusta nunca de afuera, como gala obsoleta o chisme pegadizo: concepto y expresión surgen desde el comienzo del alma del artista, como en la criatura humana viene desde el nacer la piel unida al músculo. Pero “yo procedo del helenismo”, apuntó él en cierta ocasión, refiriéndose a su filiación ideal: verdad igualmente aplicable en lo que respecta a su estilo, no sólo por su soberano conocimiento de todas las formas magistrales del arte, sino también por el ancho espacio concedido en su alma y su obra a la devoción por la Grecia inmortal. Y así, en medio de aquella prosa poderosa, no por la pesadez, sino por la magnitud fuerte y recia, aparecen de vez en vez, no por azar de los aciertos inspirados, sino cuando su incontestado señorío del estilo lo consiente, esos trozos de mármol antiguo, por la pulcritud firme y tersa, que decoran, serenándolo, el lento aventurarse de la línea métrica por los más intrincados meandros del pensamiento y la especulación filosóficos y que recuerdan esos bajorelieves de la Hélade imperecedera que suele revelar dormidos siglos en la oscuridad de la tierra, la piqueta del labriego o del sabio, en una exhumación inesperada y triunfal!

En una obra original y como suya interesante y curiosa, apunta Emilio Faguet la observación que tengo por atinada y penetrante, que aún los grandes filósofos, al tiempo que exponen su sistema, no pueden menos que ofrecernos por la realidad de las cosas, la explicación de su temperamento o carácter, principio que cuadra igualmente a aquella progenie de espíritus que, como nuestro Rodó, se desdennaron, acaso por sutilidad de inteligencia, de crear nuevas y vanas hipótesis metafísicas. Más que la especulación libre y pura, que yo no condeno, pues acaba siempre por ser el *substratum* y como la raíz de toda actividad grande y seria, antes importa para pueblos como los nuestros no definitivamente estructurados, una filosofía de la acción que, sin rehusarse alguna vez a excogitación sobre lo trascendente, no se encastille en fórmulas abstrusas ni herméticas ideologías. Con tal propensión de ánimo y ansioso por hallar en el objeto de su amor las perfecciones de su anhelo, Rodó miró en su torno, y solo halló inspiraciones fragmentarias en las vastas llanadas de América: volvió los ojos a su interior de gérmenes y lampos, y dió con que la clave del perfeccionamiento social no existe fuera del propio individuo. Su fe estaba en sí mismo! Erigió en sistema, pues, las inclinaciones de su idiosincracia personal, incorporando, de su experiencia y su saber, a la sustancia de su espíritu, todo lo que era semejante a sí propio. El optimismo sano y fuerte que halla en la primera decepción, resorte y acicate para el redoblado ejercicio de la voluntad doménadora; el cultivo ahincado de la personalidad, gobernado por este imprescriptible canon: el perfeccionamiento en el cambio de que fué él mismo un ejemplar tan elevado y típico; la creencia fanática en la omnipotencia de la voluntad, fuerza de bien y enderezada al bien, principio que él sintió y adoptó después de ex-

purgar de él cuanto tiene de disolvente y opresivo en la surgente original; la pasión entera de su patriotismo sudamericano, que él predicó a los vientos de América, en sus veinte años de magistratura continental; su culto sin desmayo, y sin el cual estos pueblos no serían más que muchedumbres, por los indeclinables intereses del espíritu, que él puso en una tarde inolvidable, bajo la égida inmarcesible de Ariel... tales son los postulados cardinales de su evangelio personal y social, útil para todas las razas, presto para todas las latitudes, pronto para todos los hombres, apto para todos los tiempos! Acerisolado al rojo vivo, en la retorta ardiente de su personalidad y su acción, desde su cátedra de Montevideo, para él quiso buscar un adepto en cada joven de América; y si es cierto que podrían desentrañarse, en insignes ingenios, los componentes de su nuevo precipitado personal, Rodó concilió todo en la unidad de una doctrina más amplia, troquelándola en el cuño de su idiosincracia espiritual, y nadie se le allegará, entre cuantos ejercieron cura de almas o adoctrinaron a la multitud en este continente, ni en la significación de su enseñanza, ni en la persistencia de la obra, ni en la unción apostólica de la predicación! En nuestras tierras vírgenes, nadie pugnó como él por la unidad moral de la América, enmarañada aún por antagonismos y marasmos; y en punto a esta obra prócera, Rodó complementa a Bolívar: a través de un siglo de distancia, la centella de la espada del Libertador se trueca sin desmedro glorioso en el puro esplendor de la pluma de Ariel!

Pero en un instituto docente, como éste en que se alberga, hoy más que nunca desvanecida e incolora mi palabra de suyo tan insuficiente, el elogio de nuestro gran muerto sería incompleto, si no agregáramos todavía que fué, en la estricta plenitud de los términos, un grande

hombre de bien. De su vasto comercio con cuantos escritores y sistemas han agitado el campo de las especulaciones ético-metafísicas, no trajo a la arena de su actividad y su conducta, el diletantismo ligero como fruto de tanta contradicción indeficiente e tanta estéril controversia, ni mucho menos el amaño vulgar de algunos espíritus sapientes, de excusar con una ciencia que saben, una moral que no cumplen. En la idiosincracia personal, como en la dignidad de las ideas, como en los miramientos de su acción, caballero de punta en blanco! Hizo el bien por el respeto a la ley moral; hízolo por generosidad de corazón; lo hizo por pulcritud aristocrática: todavía lo practicó por adhesión y reverencia a la misión de la que se sentía como el insustituible portavoz. Y persuadido de que el más grande acto del predicador es darse en holocausto de su propia doctrina, cuando la ocasión fué llegada, se entregó al sacrificio sin vacilación, desdenando pretericiones e injusticias, en medio de la mediocridad pululante, y sin que asomara a su labio la gota de hiel agria con que se venga habitualmente el alma limpia y noble de la torpe y reptante bajeza del mundo!

Tanta belleza y altitud en el pensamiento y en la acción aparejaron para José Enrique Rodó la dignidad de una verdadera magistratura continental. Desde el Méjico septentrional a este Río de la Plata, en que parecen avanzar hasta el corazón de todo un continente las aguas portadoras de la civilización occidental, una grande y frondosa vegetación intelectual ha brotado bajo la advocación de su palabra magnetizadora y de bien; y en las flores de arte, con que se exornan, aquí y allá, los vergeles de América, se reconoce de otra época a estos tiempos que corren, la savia nutricia de su predicación.. De años atrás y por el solo imperio de su obra, pues él no salió casi de su pueblo, todas las almas pen-

santes de Hispano-América, convergían a Montevideo como su centro, donde José Enrique Rodó presidía sin contestación el cenáculo de las superioridades del continente. De todas partes, homenajes; en todas partes, ditirambos; por todas partes, pleitesías. El fallaba litigios estéticos, armaba caballeros del arte, descubría o suscitaba vocaciones adormidas. Y si es cierto que levantó más que otro alguno, el nombre de su pueblo natal a la altura de las demás naciones cultas del orbe, no es menos por eso, como Bello, Sarmiento o Martí, el ciudadano de la intelectualidad hispanoamericana; por manera que el día — y ha de llegar acaso pronto — en que todas las patrias de América, deponiendo rivalidades y prejuicios, se remonten a la consideración y homenaje de los hombres en que se expresó, con más noble resalte, la conciencia de todo el continente, el nombre de José Enrique Rodó, arraigado por siempre en el pensamiento general, encenderá en universidades y cenáculos los arrobos de la juventud, y su culto preferirá, sobre otras glorias menos puras, en el panteón de las superioridades continentales!

En un periódico estudiantil y por tanto de los tiempos dichosos de la mocedad, invitando a los jóvenes de todo el continente para las labores definitivas y gloriosas, les decía yo una vez, tan lleno de fogoso entusiasmo como de impertinencia juvenil, que Próspero esperaba envejeciendo la fructificación de su enseñanza, en los campos por él señalados para la obra de aquella augural generación. Muerto es ahora el irremplazable Maestro!... Está hueca y sin lumbre aquella noble frente, albergue acrisolado de tan altas ideas; está trozada y yerta aquella pluma prócera, mejor que muchas apta para exaltar los arrequives del lenguaje; está mustia y sin savia aquella mano honrada, diestra más que otra alguna

en enseñanzas, a una juventud ansiosa, el derrotero de las definitivas consagraciones! Mientras tanto son yer-
mas las tierras que él marcó para el esfuerzo común, si
por acaso no han brotado en su torno cardos, cizaña, or-
tigas... Sólo la pampa gris y triste, triste y fría, fría
rasa y desnuda, permanece inalterada y eterna, bajo un
cielo inexorable y de plomo! ¿Será, por desventura, que
todavía está todo por hacer?... Mordamos de una vez,
con dolor y con rabia, la arista áspera y fuerte en que
brotará luego, con agua de los ojos y polvo de los vien-
tos, la cosecha futura; no sea que el viejo enjuto y lí-
vido, que es la fuerza inmanente que transforma las co-
sas en la suprema alegoría del autor, en un arranque
airado, plante su pie cenceño sobre nuestra cerviz y opri-
ma el cuello tímido hasta sangrar los labios en la este-
rilidad, pétrea y desnuda, de la imponente pampa de
granito!

JOSÉ PEDRO SEGUNDO.

Algunas reflexiones sobre la moral y la estética de Rodó

I

La literatura de Rodó presenta siempre profunda entraña moral; por temperamento o por sistema, o, tal vez, por ambas cosas, huye Rodó de lo bello inmoral, y cree que si bien lo bello y lo bueno tienen caracteres específicos que los diferencian, su raíz es común, y la educación debe tender a fundirlos para que llenen una función más perfecta y satisfagan una tendencia más elevada.

Rodó es un griego por la armonía de su espíritu, por la inalterable serenidad de su prédica, lo que no perjudica, en modo alguno, a la firmeza de sus conceptos, ni es óbice a que nos deleite con páginas de intensa sensibilidad a través de la línea flexible, sin sobresaltos, de su prosa fluida.

Su manera es orgánica, intelectual, si así puede llamarse a una forma de arte, — por oposición a otra más desarreglada, más pasional, más vitalmente desenfrenada, pero menos vitalmente armonizada. Es la templanza, es la moderación que pone un espíritu racional en la sensibilidad ruda y salvaje.

Y esta tendencia concierta un orden, un equilibrio, en el fondo y en la forma, y provoca siempre una sensación de altura que caracteriza constantemente a este eminente pensador artista.

En nuestra época, la claridad puede parecer un defecto y un vicio, a ciertos espíritus que por sentimentalismo, intuitivismo, o misticismo, se resisten a salir de las oscuras regiones de las fuerzas vitales, y que, como si un enceguecimiento se hubiere producido en ellos por la negación o el continuo vivir en las tinieblas de lo irracional, condenan toda luz, toda razón, toda idea clara, toda nitidez de espíritu.

Los que buscan en un misticismo más o menos confesado, de carácter filosófico o religioso, la tendencia verdadera del alma, no se satisfacen con esta transparencia de agua cristalina, sedientos, por naturaleza, por snobismo, o por sectarismo, de las vaguedades de un vitalismo romántico, impreciso por esencia, que tiene por característica, según la expresión de un filósofo, subordinar y explicar lo claro que hay en el hombre por lo oscuro que en él existe.

Se me ocurre que Rodó, por la manera de encarar los problemas artísticos, morales y sociales, propia de su idiosincrasia, ha escapado aun a aquellas tendencias que en Spencer se advierten por su interés de conciliar términos opuestos, y que produjeron en su doctrina una mezcla entre cierto romanticismo que le inspirara Coleridge, el gran propagandista de Schelling en Inglaterra, y las convicciones de su liberalismo radical procedente de la escuela benthámica.

Tal vez compartía Rodó en sus lineamientos más extensos aquella conciliación; quizás tenía su aprobación íntima, y con seguridad su admiración y respeto, aquel eclecticismo que echaba un puente entre la religión y la ciencia, admitiendo en su base la existencia, y aun la adoración, de una fuerza inaccesible e ininteligible.

Pero, en sus libros, de los que están excluidos los problemas primeros, esta potencia incognoscible no tiene por qué advertirse en el desarrollo de los temas tratados por Rodó.

En su moral, tampoco necesita acudir a fuerza alguna con el aspecto romántico que se encuentra en Spencer, quien al lado de sus admirables desarrollos de naturaleza racional y mecanista, acude a una fuerza involuntaria, a una espontaneidad irreflexiva, de origen específico, y todavía en gran parte misteriosa, para constituir y explicar la potencia de su imperativo.

Estos problemas de orígenes, y aun todos los de la moral teórica, no ocupan la atención de nuestro pensador que se ha esforzado solamente en fijar las líneas generales de una moral práctica. Sus ingénitas y bien cimentadas inclinaciones a lo artístico, lo llevaron, sin esfuerzo, a estudiar tan sólo el aspecto artístico de la ética.

Y en la base de su doctrina se encuentra sólo la energía voluntaria, consciente, tutelada por la razón.

Si es forzoso admitir como un hecho la fuerza misteriosa de la vida, hay que convenir en que ella no sirve a Rodó de medio explicativo, y sí solo de punto de partida, de realidad constantemente dirigible y modelable por la acción de poderes racionales.

En esto se acerca más a Guyau, que tal vez le ha inspirado su hermoso y valiente individualismo; pero, por las causas indicadas más arriba, tampoco necesita apelar al caudal de romanticismo que en el gran pensador francés se encuentra, para construir su arte de la moral.

Puede decirse, pues, de toda la obra de Rodó, que es un homenaje a la influencia constante de un razonamiento mesurado, que pone orden en nuestros impulsos indisciplinados; que es un esfuerzo intenso y valiente para construir un ideal superior de acción propia, independiente de todo lo que puede esclavizar la volun-



II

Quiso refundir lo ético y lo estético, como un perfeccionamiento, para facilitar el culto de lo bueno. Su ideal, en este punto, consiste en que la alegría y la gracia vivan en estrecho abrazo con el deber.

"Considerad al educado en el sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia". "Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirlo como una imposición, lo sienta estéticamente como una armonía". (1) Y es que ha dicho en otra parte que "la moralidad es siempre un orden, y donde hay algún orden hay alguna moralidad". (2).

Lejos de su ánimo rechazar las formas anestéticas, o antiestéticas de la virtud. No se necesita recordar su alto espíritu de tolerancia para comprender su pensamiento. Sería excederse hacer su defensa en este caso. Por lo demás, él lo expresa con toda nitidez, con su nitidez habitual: "Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede él, indudablemente, realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar a la sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela trasmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto: porque ella añade a sus dones un beneficio más, una dulce e inefable caricia que no se sustituye con nada y que realza el bien que se concede, como un toque de luz". (3).

(1) "Ariel", pág. 43.

(2) "Motivos de Proteo", pág. 363.

(3) "Ariel", pág. 43.

Para llegar a amalgamar estas tendencias, es preciso empezar por convencerse de que, aunque diferentes, no son enemigas, y que si la obligación debe sentirse como bella, lo bello ha de considerarse como deber. No es que lo bello sea el único y exclusivo camino para comprender y realizar lo bueno, ni tampoco que lo hermoso deba desterrarse considerándole “con el criterio de un estrecho ascetismo, como una tentación del error y sirte engañosa”. (4).

Ni un extremo, ni el otro: “Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia”; pero es cierto también que “la virtud es un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente a las Gracias”.

Aproximando estos dos caminos llegamos a que “una enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber, como la de la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía”. (5). Y así, “a medida que la humanidad avanza, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará como el placer de una armonía”. (6).

Esta síntesis educativa de lo bello y lo bueno se extiende luego y llega a una amplísima concepción de la vida, que preludia la que Rodó desarrollará más tarde en “Motivos de Proteo”.

Le parece un modelo imperecedero, el que nos legara Atenas fundado “en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez

(4) *Ibídem*, pág. 45.

(5) *Ibídem*, pág. 44.

(6) *Ibídem*, pág. 45.

el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro fases del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantaré la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda”. (7).

Pero este fué “el milagro griego”, y’ le duele decir a nuestro Rodó que en la creciente complejidad de la civilización actual es imposible restaurar armonía semejante. Pero, si ello no es dable por la enorme diferencia de los ambientes, “cabe, sin embargo, salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantenga la unidad y el concierto de la vida, — en ciertos *intereses del alma*, ante los cuales la dignidad del ser racional no consiente la indiferencia de ninguno de nosotros”. (8). La aspiración de todos debe ser “desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud del ser. No os encojáis de hombros, agrega, delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atenciosos allí donde no podáis ser actores”. (9)

Alza especialmente su voz potente contra la tiranía triste y oprobiosa de dar a la vida “un objetivo único e interesado”, contra el espíritu estrecho y la cultura

(7) Ibídem, págs. 30 y 31.

(8) Ibídem, págs. 31 y 32.

(9) Ibídem, pág. 26.

{ En el ejemplar destinado
{ a Juan Antonio Rodríguez.

El valor de un libro se forma en los grandes momentos de la vida. El libro verdaderamente intenso y eficaz es aquel que se recuerda en la hora de los grandes dolores, ó de la suma felicidad, ó de los supremos entusiasmos.

José Enrique Rodó
MOTIVOS DE PROTEO

Montevideo, 1916

PENSAMIENTO AUTÓGRAFO DE RODÓ



unilateral, resultado de la tendencia dominante, en nuestros tiempos, a la utilidad material y al bienestar. “No entreguéis nunca”, dice elocuentemente, “a la utilidad o a la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material hay posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu”. (10)

Esta defensa de “los intereses del alma”, lejos de caer, en esta equilibrada mentalidad, en el extremo censurable del exceso individualista, en la exclusiva apología del santuario de la conciencia, de la torre de marfil, en la que, presa el hombre de una especie de ascetismo del pensar, del soñar, del admirar, olvida las virilidades de la acción, olvida que también se debe a los otros,—se mantiene en su punto justo, pues “si el ocio noble era la inversión del tiempo que oponían los antiguos, como impresión de la vida superior, a la actividad económica”, — “el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna ciencia en la dignidad del trabajo útil: y' entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno insistir”. (11). Y “toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza debe estimular en cada uno de nosotros la doble actividad que simboliza Cleanto que, obligado a emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino,

(10) *Ibídem*, pág. 33.

(11) *Ibídem*, pág. 38.

concedía a la meditación las treguas del quehacer miserable, y trazaba, con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón". (12).

No se entiende bien a este preclaro ingenio, por lo tanto, si se interpretan algunas de sus frases, entre ellas las de su maravilloso cuento del rey patriarca de Oriente, (13) en el sentido de que Rodó sólo busca ensalzar el ocio refinado del dilettante, egoísta superior, que vive para sí, para satisfacer únicamente una tendencia de divagación, de ensueño, llenando su vida de goces infecundos por exclusivamente personales y que en mi sentir ni siquiera son verdaderamente estéticos, por carecer de una de las condiciones fundamentales de lo artístico: la comunión de las almas.

No es eso lo que quiere Rodó: su esfuerzo tiende a hacer más extensa y eficaz la vida humana, porque no hay fecundidad sin libertad, y toda inclinación unilateral "es una mutilación de la naturaleza moral"; su concepción claramente establece que todo hombre, por su condición de tal, debe aspirar "a la armoniosa expansión de su ser en todo noble sentido"; y en cuanto a esa *vida interior*, que, en la vertiginosa vida moderna vuelta casi toda al exterior, desea para todos, es un oasis de reposo y de meditación, donde "tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas, nobles que, a la intemperie de la realidad, quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscribire"; (14) esa vida interior es el abrigo necesario y el escudo de todo es-

(12) *Ibidem*, pág. 39.

(13) Raúl Montero Bustamante. "José Enrique Rodó", págs. 9 y 10.

(14) *Ibidem*, pág. 40.

píritu que quiera mantener incólume su libertad contra todas las tiranías exteriores e interiores que la asaltan constantemente, y de ella ha de salir el alma retemplada, con nuevos bríos, dueña de sí misma, moldeada al calor de buenos y bellos ideales para volver con mayores energías y más intenso deseo de acción a la lucha inaplazable de la vida.

El escepticismo sobre lo que toca a la verdad y a lo moral, que es la real esencia del sibaritismo artístico e intelectual del *dilettanti*, está lejos de surgir de las páginas de la obra de nuestro inmortal pensador-artista, que es en su conjunto un himno a la acción, a la voluntad tenaz e indomable, a “la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano”, a la fuerza inmensa simbolizada en el viejo de “La pampa de granito”, capaz de extraer la vida, y los frutos más opimos de la vida, de la entraña estéril de la roca bruta.

III

Penetra Rodó en el terreno en que se debaten ardientemente las excelencias y defectos de la democracia, y su altísimo criterio no se desmiente un instante, ni revela la debilidad de una vacilación.

Expone las críticas, en un desarrollo admirable que descubre una larga meditación de tan arduo problema: la acusación de fomentar el desborde del espíritu utilitario, “de guiar a la humanidad mediocrizándola, a un Santo Imperio del utilitarismo”; el juicio de Renán de “que una alta preocupación por los intereses ideales de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia”; o la opinión de Bourget: “que el triunfo universal de las instituciones democráticas hará perder a la civilización en profundidad lo que la hace ganar en extensión” y “llevará a un desenvolvimiento

progresivo de las tendencias individuales y a una disminución de cultura”. (15)

Reconociendo “que hay imperfecciones en la forma histórica actual”, Rodó trata de injusticia que se la juzgue severamente por estas apariencias transitorias, en lo que ese régimen tiene de definitivo y de fecundo, y no vacila en tildar de paradojas injustas los juicios definitivos de Renán sobre el principio fundamental de la democracia, la igualdad de derechos, que este pensador “cree irremisiblemente divorciado de todo posible dominio de la superioridad intelectual”.

Y rompe aquí con el maestro, para quien su pluma no escatima elogios en otros momentos, porque cree que hay error completo en atribuir a males transitorios y subsanables, el carácter de lo definitivo, de lo inapelable. “Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque, aún no terminada, no ha llegado a conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale a desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretada con el criterio estrecho de una escuela, ha podido dañar alguna vez al espíritu de religión o al espíritu de poesía”. (16)

Rodó es un convencido de la obra de la Revolución “que en nuestra América se enlaza además con las glorias de su Génesis”, (17) y al afirmar que “la democracia y la ciencia son los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa” y que “*en ellas somos, vivimos, nos movemos*”, (18) — no duda,

(15) *Ibídem*, págs. 58 y 59.

(16) *Ibídem*, pág. 73.

(17) *Ibídem*, pág. 60.

(18) *Ibídem*, pág. 23.

hasta "por instinto, en la posibilidad de una noble y selecta vida espiritual que en ningún caso haya de ser sacrificada su serenidad augusta a los caprichos de la multitud". "Insensato" le parece, pues, "pensar como Renán, que sólo se obtendrá la consagración de las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad, por la *destrucción* de la igualdad democrática". (19).

Lo que hay que hacer es reformar la democracia por *la educación*, desde que debemos aceptarla por ser el ambiente y uno de los capitales sostenes de la sociedad moderna. Hay que educar al pueblo, y por eso, en nuestra América, es insuficiente la fórmula de Alberdi: Gobernar es poblar. Esta fórmula es verdadera, si se la completa: "Gobernar es poblar, asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después". La multitud, el número, la masa anónima no es nada por sí misma: ella "será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral". (20).

Esa educación debe ser orientada en un sentido determinado de fondo realmente aristocrático: "Cabe pensar que progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica a los ojos de la razón, la cifra del valor humano". (21).

En esta concepción se evita el escollo del antiigualitarismo de Nietzsche, que "negando toda fraternidad,

(19) *Ibídem*, págs. 60, 73 y 74.

(20) *Ibídem*, pág. 63.

(21) *Ibídem*, pág. 74.

toda piedad, pone en el corazón del superhombre, a quien endiosa, un menosprecio satánico para los desheredados y los débiles" y "llega a afirmar que la sociedad no existe para sí sino para sus elegidos".

Ha de huirse de "esta concepción monstruosa"; pero ello no significa caer tampoco en el otro extremo de "un falso igualitarismo que aspira a la nivelación de todos por la común vulgaridad. Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz, — es decir, siempre, — la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar". (22).

Vuelve de este modo Rodó, a la idea madre de toda su filosofía: la acción dinámica y espiritualizante del amor.

Concebida así, racionalmente, la democracia constituye el terreno más apto para la consolidación de este ideal, porque ella admite en principio un elemento aristocrático, la superioridad de los mejores, asentada sobre el consentimiento libre de los asociados, sin pretender inmovilizarlo en clases impermeables, con el privilegio exequible de la casta, y en esta superior forma "renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuerzas vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor". (23)

La ciencia contribuye a esclarecer este concepto y a consolidar esta obra de conciliación que fundirá "los dos impulsos históricos que han comunicado a nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida. Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por

(22) *Ibídem*, pág. 79.

(23) *Ibídem*, pág. 77.

cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas nacen el sentido del orden, de la jerarquía, y el respeto religioso del genio, viciado por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugerencias en una fórmula inmortal. La democracia, entonces, habrá triunfado definitivamente. Y ella que, cuando amenaza con lo innoble del rasero nivelador, justifica las protestas airadas y las amargas melancolías de los que creyeron sacrificados por su triunfo toda distinción intelectual, todo ensueño de arte, toda delicadeza de la vida, tendrá, aun más que las viejas aristocracias, inviolables seguros para el cultivo de las flores del alma, que se marchitan y perecen en el ambiente de la vulgaridad y entre las impiedades del tumulto!" (24)

He aquí de nuevo, en Rodó, un fuerte ideal racional de acción reflexiva, inaplazable y constante, que está bien lejos de ser el blando, inactivo o anodino que han querido hallar en él algunos críticos. En las bellísimas páginas que dedica a este punto no he advertido la menor vacilación, ni las imprecisiones o fluctuaciones que otros han creído hallar en ellas. (25).

Ese ideal, por otra parte, es el mismo a que llega Rodó en la solución del problema general de las tendencias que han de primar en el dominio de la vida individualmente considerada. A través de ella ha de correr como idea directriz ese nobilísimo fin que a cada paso se encuentra en la obra de nuestro Rodó, de salvar, de intensificar, de dar el lugar preferente que merecen los altos "intereses del alma".

(24) *Ibidem*, págs. 80 a 83.

(25) Montero Bustamante, *op. cit.*, pág. 13.

Esta fusión del espíritu aristocrático con el de la democracia viviente, es opinión que hoy aceptan muchos autores, y no resisto a la tentación de recordar aquí para que sean comparadas con las de nuestro pensador, algunas de las frases con que un distinguido escritor francés, en un libro notable por la forma y por el fondo, resume los lineamientos de la solución del mismo problema: "Una democracia pura es tan imposible como una pura teocracia, porque al fin somos hombres y no entidades. Si se miran bien las cosas, siempre hay crisis en la vida de una sociedad como en la de un individuo, y es por eso que al lado de las asambleas de fiscalización es preciso siempre un jefe y una clase superior dirigente. Toda democracia es una aristocracia. Es en vano ir contra la naturaleza de las cosas, y es preciso desear una democracia bastante inteligente para comprenderlo". (26).

Y más adelante aún: "El acto de fe, cuando es necesario hacer un juicio de valor y conjeturar el porvenir de las sociedades, he ahí en último análisis a lo que llegamos. Debemos reconocerlo sencillamente. Se podrá, si se quiere, triunfar de esta confesión, y hablar de una nueva "quiebra" de la ciencia, allí donde la ciencia nada tiene que hacer. Más que nunca, como decía M. Bouglé, al fin como al principio de este estudio "la vía es libre". Pero, a falta de certidumbres, hay probabilidades y ensueños. Es una probabilidad que la democracia no es incompatible ni con una cierta aristocracia, ni con una cierta cultura. Dependerá del esfuerzo de los hombres hacer de él una realidad". (27).

(26) Guy Grand. *Le procès de la démocratie*, pág. 268.

(27) *Id. id. id.*, pág. 316.

IV

En el terreno del arte, la misma idealidad, la misma ponderación, el mismo eclecticismo superior, circula en la concepción de Rodó.

En “El que vendrá” y en “La novela nueva”, su altísima crítica, huye de todo exclusivismo y separa, con escalpelo sutil y maravilloso, en las diversas formas del arte, lo que el tiempo ha decretado caduco, y lo que de ellas ha de permanecer como el legado de la vida que se transforma para resurgir más intensa y fecundante.

Y aunque el primero de estos ensayos expresa las ansias de una especie de culto mesiánico, — producidas por el estado de confusión de las doctrinas estéticas en el momento en que nuestro pensador escribía, — asevera intensamente que “su Duda no es un abandono y una voluptuosidad del pensamiento, como la del escéptico que encuentra en ella curiosa delectación y “blanda almohada”. (28). Esa duda conduce a la esperanza, y a una esperanza en un arte que refunda en sí las más opuestas tendencias, en el que quepa todo lo grande y noble que el hombre haya producido y sea capaz de engendrar en el futuro.

No es sólo duda y ansia de creer, lo que contienen estos magníficos ensayos de nuestro eximio prosista, sino también el germen de toda su doctrina, estética, moral y política, que había de proporcionar la substancia íntima de sus libros futuros, y había de ser el primer motor de su vida ejemplar de hombre, de artista y de ciudadano.

Respecto al arte que nos ocupa ahora, no deja dudas sobre el carácter afirmativo y concreto del pensamiento

(28) “El que vendrá”, pág. 27.

de Rodó, el párrafo que corona el bello juicio que le merece "la obra de grandeza adusta y sombría", "del iniciador que asombró con el eco lejano y formidable de sus luchas, nuestra infancia, del maestro taciturno y atlético":

"Y como un símbolo perdurable, sobre la majestad de la obra inmensa se tiende, señalando al futuro, el brazo del niño que ha de unimismar en su alma las almas de Pascal y de Clotilde; personificando acaso, para los intérpretes que vendrán, el Euforion de un arte nuevo, de un arte grande y generoso, que ni se sienta tentado como ella, a arrojar a las llamas los legajos del sabio, ni como él, permanezca insensible y mudo ante las nostalgias de la contemplación del cielo estrellado...". (29).

Todavía es más claro y definitivo nuestro Rodó, sobre este punto, en "La novela nueva", como lo demuestran los párrafos que entresaco y transcribo.

Sobre el principio de constante renovación, el "reformarse es vivir" del arte: "Sólo el arte indiferente y glacial puede aspirar a ser el arte inmóvil. Como la renovación incesante del oleaje sobre los abismos del mar, tal la inquietud de las ideas sobre la profundidad constantemente removida del espíritu". "La fórmula de la verdad artística no ha de ser como el ritual inmóvil en que pretenda legarse al porvenir la revelación del procedimiento definitivo e invariable". (30)

Nada de lo que ha vivido muere completamente: "Ninguna idea, ninguna aspiración, ningún sentimiento, que hayan marcado el ritmo de una hora a la marcha de las generaciones humanas, debe morir en la profundidad de la conciencia que un día estremecieron como la piedra lanzada a la superficie de las aguas serenas, sin que el

(29) Id. *id.* *id.*, pág. 17.

(30) "La novela nueva", págs. 38 y 39.

arte divino los llame a su regazo y recoja de ellos la confianza que luego recibirá de sus labios el soplo de otra vida y durará como el relieve de la cera que se convierte en el relieve del bronce”.

Las escuelas no se excluyen, se complementan: “La obra de los que nos han precedido es una indispensable condición de la que presenciamos”. (31). “Para quien las considera con espíritu capaz de penetrar, bajo la corteza de los escolasticismos, en lo duradero y profundo de su acción, las sucesivas transformaciones literarias no se desmienten: se esclarecen, se amplían; no se destruyen ni anulan: se completan”. “Quedó del clasicismo para siempre el sentido de la medida plástica e ideal, el amor de la perfección, la noción imperatoria del orden. De la protesta romántica quedó, también para siempre, su dogma de la relatividad de los modelos, su adquisición de libertad racional. Y de la escuela de la naturaleza quedarán la audacia generosa y la sinceridad brava y ruda, el respeto de la realidad, el sentimiento intenso de la vida; pero no quedarán, ni las intolerancias, ni las limitaciones”. (32).

Lo esencial en el arte, como luego lo dirá de los ideales de la conducta en general, es la sinceridad: “El género de verdad que al arte importa es, ante todo, la sinceridad que le hace dueño del espíritu. De la sinceridad adquiere al mismo tiempo su encanto y su poder: ella es su fuerza y su gracia”. (33).

En fin, el principio individualista unido estrechamente al de la conciliación, que es ya tolerancia en el sentido amplísimo con que la formuló Rodó: “Como en la

(31) Id. íd., pág. 40.

(32) Id. íd. íd., 1896, pág. 42.

(33) Id. íd. íd., págs. 38 y 39.

obra de aquellos que la precedieron, se discernirá en la de la fe que hoy agita, vaga e in formulable, nuestras almas, la teoría deleznable y el mármol y el pórfido que duran. Ella no viene a señalar, como el verbo de verdad eterna, el solo camino de salvación. Saben bien sus Pontífices que el Arte no es más que un huésped transitorio bajo el techo nuevo que alzaron. Ellos saben bien que su morada única digna entre los hombres sería la ciudad en que Schiller soñó verlo rendir a la Verdad y a la Belleza un solo culto; la "ciudad ideal" a la que debía llegarse por la armonía de todos los entusiasmos, por la reconciliación de todas las inteligencias. (34).

V

Exaltó Rodó la personalidad y su independencia, y, pensando, tal vez, que de ella tienen que partir y a ella llegar todos los progresos sociales, — se empeñó en determinar los elementos y el proceso de la propia transformación en el sentido de un alto ideal de perfeccionamiento.

Mas esa tendencia centrípeta, si se extrema, trae el peligro de fomentar el exclusivismo, la excesiva afirmación del sí, el egocentrismo, en que un espíritu equilibrado y razonante como el de Rodó no podía caer. De ahí nació, en mi sentir, su tolerancia doctrinaria, como su tolerancia personal; de la necesidad de oponer un dique al individualismo extremo.

Es que la tolerancia es la virtud social por excelencia y la gran virtud de los tiempos modernos, sobre todo en la forma especial en que la entendía y la practicaba Rodó.

En Nietzsche la afirmación de sí mismo, en su exal-

(34) Id. íd. íd., pág. 43.

tada unilateralidad, aliada a la concepción de un darwinismo social absurdo e inconexo con su pragmatismo integral,—no permitía poner límites a la personalidad y a su voluntad de poder, procedentes de una sociedad de débiles y esclavos;—y, por tales caminos, fácilmente llegó este filósofo a una hipertrofia monstruosa del yo, sin vallas para su acción. De ahí, también, la transformación absoluta de todos los valores morales, como obra propia y dominante del superhombre.

En Guyau, análogo individualismo es orientado a lo social y limitado por él, gracias al principio de que en el fondo de nuestro mismo ser se encuentra la necesidad de su expansión, y así se concilian el egoísmo y el altruismo en la raíz común del impulso inconsciente. El organismo más perfecto es el organismo más social, y la conciencia y la razón, al tomar las riendas del perfeccionamiento individual, hacen cada vez más social al hombre.

Esta es también una de las inspiraciones capitales que impera en la moral de Rodó. Admitiendo que la sociedad obra poderosamente sobre el individuo, que el medio es factor importante para explicarnos muchas de sus modalidades, lo que debe al spencerianismo objetivo, y sin penetrar en el problema genético sobre este punto, pues ya hemos dicho que deliberadamente parece dejar de lado todo problema de esta índole,—nuestro Rodó reconoce en el hombre un poder propio de acción, una fuente perenne de originalidad artística y moral capaz de modificar poderosamente su propio carácter y con él la constitución social.

De este punto de partida nace su optimismo del omnímodo poder de la voluntad. “En realidad, ¿qué es lo que dentro de nosotros mismos se exime en absoluto de nuestro poder voluntario, mientras el apoyo de la voluntad no acaba con el postrer aliento de nuestra existencia ”—Ní fuerzas parecen sustraerse a su acción, pero

"esta maravillosa energía que lo mismo mueve una falange de tus dedos, que puede rehacer, de conformidad con una imagen de tu mente, la fisonomía del mundo, se agrega u opone también a aquellas fuerzas que juzgamos fatales; y cuando ella se manifiesta en grado sublime, su intervención aparece y triunfa; de modo que da vida al amor o lo sofoca, anonada el dolor; enciende la fe; compite con el genio que crea; vela en el sueño; trastorna la impresión real de las cosas; rescata la salud del cuerpo o del alma, y levanta, casi del seno de la muerte, el empuje y la capacidad de la vida". (35).

No es posible resumir las estupendas páginas que sobre este tema desarrolla Rodó en su obra capital, y sí sólo dar una pálida idea de su esencia.

Este concepto de la voluntad omnipotente, orientaba ya a Rodó en su "Ariel": "La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo". (36).

Este enérgico motor ha sido extraído de la experiencia; no fluye de una metafísica preestablecida. Si es fuerza, lo es en cuanto obra; lo es como acción eficiente, y juzgamos de su capacidad y de su potencia por lo que realiza y ha realizado en el mundo, como juzgamos en física del poder de otras fuerzas por lo que experimentalmente son capaces de dar y producir.

Hay que establecer desde luego que en Rodó este concepto es una fe, una creencia, una confianza que aunque partiendo de la experiencia la supera; y ella es la fe, la creencia que está en la base de toda ciencia, de toda inducción, como la que se halla asimismo en el convencimiento de todos los ideales.

(35) "Motivos de Proteo", pág. 457 y siguientes.

(36) Ibídem, pág. 23.

La moral de Rodó es práctica solamente; saca sus preceptos de la observación de la realidad psicológica y social; es una moral independiente de toda concepción metafísica o religiosa. Le bastaba su fe en la omnipotencia de la voluntad para que el esfuerzo humano realizara lo demás.

Este es todo su dogmatismo, si así puede llamarse su entusiasmo sincero y firme en la todopoderosa acción de la energía voluntaria humana. Es el dogmatismo del progreso indefinido.

Por eso carece de las rigideces del dogmatismo de las religiones positivas, fijado definitivamente en cánones inmutables e insalvables.

Al lado de este punto cardinal, de su firme confianza en la bondad humana y en su poder sin límites, coloca la facultad moderadora de la tolerancia. Es la razón ordenando, jerarquizando, escogiendo de entre la turba multa de las inclinaciones que pretenden mover la acción, las que a su juicio tienen títulos para ello y son conformes a un ideal noble y digno. Ese ideal es el de una mayor verdad, un mejor bien, una más completa perfecta belleza, desde que la tolerancia es en esta doctrina, virtud que busca y encuentra lo mejor, aun en las tendencias que pueden parecer más contrapuestas, y se esfuerza por amalgamarlas en una síntesis superior.

Hemos dicho antes que éste es su ideal en el arte, ahora vemos que es también su ideal moral: un esfuerzo continuo hacia lo más perfecto, que se realiza atrayendo, para soldarlas íntimamente en el seno de un espíritu amplio y flexible, toda partícula de belleza, de bondad, de verdad que pueda haber alcanzado la mente humana, bajo cualquier forma y por cualquier doctrina, escuela, secta, capilla o esfuerzo individual aislado. Todo debe tratar de ser comprendido, para ser asimilado.

Existe, pues, una completa unidad en los principios que animan todos los libros de Rodó, como una absoluta

consecuencia a ellos se observó siempre en la conducta del hombre recto y tranquilo que los formuló.

Nótese que las doctrinas que preconiza el eximio pensador jamás constituyen un determinado sistema, fijado una vez para siempre; no es nunca una petrificación, es un ideal en movimiento, un progreso continuo, un devenir. No es una fe estancada la que debe mover al hombre; es una creencia que se va creando, salvando siempre nuevos límites, modificándose sin cesar, reformándose, viviendo.

Nuestra convicción ha de ser “dinámica”, “ha de ser modificable y perfectible”, dice en su monumental “Motivos de Proteo”.—¿En qué sentido?—En el de la suprema tolerancia, que “es amor caritativo llevado a la relación del pensamiento”, que “es transporte de la personalidad al alma de todas las doctrinas sinceras”. El motor de la acción ha de vivir de este amor “porque la idea que se relaciona y comunica con las que divergen de ella, por una activa tolerancia, es idea que sin cesar está plasmándose en manos de una infatigable simpatía”. (37).

Así la suma de ideas que reúne y concilia en determinado instante “no ha de ser considerada nunca como un orden definitivo”, “sino como un hito con cuya ayuda proseguir una *dirección* ideal”. (38).

Mas para que nuestro pensamiento cumpla “esta ley de su desarrollo vital, y no se remanse en rutinario sueño”, necesita no solamente de la actitud tolerante, sino “del hábito *de la sinceridad consigo mismo*”. (39).

Esa honda y fecunda sinceridad nos lleva “a saber de sí cuanto se pueda y con la claridad y precisión que se

(37) Ibídem, pág. 374.

(38) Ibídem, pág. 375.

(39) Ibídem, pág. 375.

pueda, celando las mil causas de error que comunmente nos engañan sobre nuestros pensamientos y actos, y ejercitándose cada día en discernir lo que es real convicción en nuestra mente, de lo que ha dejado de serlo y dura sólo por inercia y costumbre, y de lo que nunca fué en ella sino eco servil o vana impresión''. (40).

Esta elaboración perpetua no está exenta de dudas, desmayos y reanimaciones; pero, por este esfuerzo varonil de la personalidad sobre si misma, "la idea que resiste, y triunfa de cuantas armas se le oponen, se fortalece, acicala y magnifica" (41)

Sano, purísimo, vivo, es este ideal de la acción en todas sus manifestaciones. Está formado por los mejores elementos que bullen en el alma: por los espíritus del amor, de la caridad, de la alegría, de la gracia, que, presididos por una sinceridad incommovible, son impulsados a fundirse constantemente en nuevas formas a través del tiempo indefinido, por el poder nunca gastado y siempre renovado de una voluntad capaz de vencer todos los obstáculos y el despotismo de los hábitos inveterados y de las pasiones malsanas o exageradas, — todo ello ilustrado y dirigido por los superiores dictados de una razón serena, en continua comunidad y concierto con las demás potencias anímicas.

VI

Conviene traer a la luz de un primer plano, un punto interesantísimo de la doctrina moral de Rodó: las relaciones entre el bien y la verdad, en términos de no ser

(40) *Ibidem*, pág. 375.

(41) *Ibidem*, pág. 376.

confundidos totalmente como móviles en el arte de la recta conducta, y de admitir que un error y una ilusión pueden regir legítimamente la actividad, si llenan la condición de ser sinceros.

Algunos escritores, con nobilísimo empeño, se exceden en la investigación de lo verdadero, aplicado a la ética, y llegan hasta combatir los sistemas morales, metafísicos, religiosos o naturalistas,—que por su índole atañen no sólo a la verdad, sino también a lo real concreto al arte de vivir,—estudiándolos y criticándolos respectivamente del único punto de vista de lo verdadero, buscando si en su armazón se contemplan los puros preceptos de la lógica.

El cargo de unilateralidad que a dichos sistemas ha venido haciendo de un tiempo a esta parte, no es fundado en otro criterio.

Construídos como están muchos o casi todos los sistemas morales sobre una sola piedra y por más que pueden ser de enorme magnitud, como la inclinación, el sentimiento, la utilidad, el deber, la expansión de la vida, etc., parece efectivamente que ella fuera insuficiente fundamento y escaso basamento para tan grande y complicado edificio.

Los sistemas religiosos, por su parte, se asientan sobre una revelación divina, lo que aparece incconciliable con la verdad, y hacen imposible la prueba y justificación de tan capital sostén por medios racionales.

Y aun aquellos sistemas que buscan conciliaciones quieren abarcar un conjunto de grandes sillares para elevar su cúpula, siempre adolecen de un relativo exclusivismo,—y observamos que, si bien no sería perfectamente justo acusarlos del vicio de unilateralidad en sentido estricto de la palabra,—hay que rendirse a la evidencia de que no consultan, aun los más complejos, todas las tendencias, todos los impulsos, todos los móviles que por su nobleza, pureza o fuerza inmanente se

dignos de admitirse como capaces de servir de guías a la recta conducta del hombre actual, en las continuamente renovadas complejidades de la vida moderna.

Es claro que, así planteado el problema de la moral, pueden caer todos los sistemas bajo la crítica de que la fundamentan sobre arenas movibles e inseguras, pues si han de constituir la pauta de las acciones, el ideal, el guía seguro, la regla de vida de todos los hombres sin excepción. — no ha de satisfacer una armazón que necesariamente tiene que eliminar de su interior algunos o muchos de los móviles racionales, sentimentales, especulativos o religiosos que pueden conducir y conducen eficazmente al bien a tantos hombres.

Y digo que necesariamente esto ha de ocurrir, pues los sistemas,—y aún me refiero a los más amplios, concertados, armónicos, orgánicos en cierto modo, con jerarquías y subordinaciones de preceptos los más trabajados,—tienen que excluir de su seno las tendencias que pugnan más o menos abiertamente con las adoptadas para la construcción.

En los sistemas racionalistas es forzosa consecuencia de su lógica interna que sean eliminados totalmente los instintos, las fuerzas irracionales o arracionales de los sentimientos o de la intuición. Y cuando alguno ha querido hacerlos entrar en línea, como Spencer, por ejemplo, con su instinto moral, le ha sido vehementemente reprochado como una inconsecuencia.

Inversamente, dentro de un sistema capitalmente sentimental, o místico, claro es que,—si en ellos se parte de la premisa que se ha fundado o pretendido fundar previamente, o que anida en el corazón de la doctrina: la incapacidad de la razón para proporcionar la verdad,—no ha de tener cabida en tal conjunto lo razonado, y hasta lo razonable, pues en este caso la razón es el enemigo, el demonio desterrado deliberadamente de este mundo que tiene por exclusivo fin lo verdadero.

No se entrevé en estos criterios extremos la posibilidad de que el error, la ilusión, la falacia, que tan caros son muchas veces al hombre, puedan tener un sitio, como factores apreciables, en doctrinas en las cuales, confesada o inconfesadamente, se hace de la verdad el quicio único sobre que debe moverse la moral humana.

Olvidan la diferencia que media entre bien y verdad, que es forzoso establecer cuando del arte de vivir se trata.

Mientras una doctrina filosófica no penetra en el campo de lo moral y se limita a una explicación del universo, o a contestar aislada o inconexamente la interrogación de algunos de sus misterios, cabría ser juzgada con el exclusivo criterio de la verdad, porque a resolver un problema de existencia se ha consagrado, por más que esa existencia pueda sobrepasar en algún caso la que la experiencia alcanza.

Mas cuando el sistema abarque lo moral y quiera dar reglas a la acción, no será aquel criterio el único idóneo para resolver tal problema, pues éste penetra en el terreno diferente de los fines, de los ideales, que son el norte de la actividad, que carecen de la impersonalidad de lo que la ciencia admite como real y verdadero, que son profundamente personales, por estar muy mezclados a la íntima esencia de lo humano.

La ciencia vive y se constituye de lo abstracto y lo general; es la razón buscando un orden en la realidad de la materia y de la vida.

En la moral y en el arte, como que de hacer se trata, — y no de hacer de cualquier modo, sino conforme a una pauta, a un principio creado dentro de lo subjetivo mismo, aunque a lo objetivo alcance y busque imponérsele,—claro es que estará fuera de sitio el uso único del criterio de la verdad, con que se aquilata el valor de los resultados científicos.

Tratándose, así, de valores diversos, de origen y natu-

raleza diferente, la piedra de toque para juzgarlos no ha de ser idéntica.

En consecuencia, si en la ciencia no cabe tolerar el error y no pueden permanecer mucho tiempo coexistiendo las opiniones contradictorias, — pues la experiencia, ajustada a los cánones de lo verdadero, resuelve en breve la contienda y patentiza la exactitud de una de entre las muchas soluciones,—no pasa ni puede pasar idéntica cosa con los fines o ideales de la acción humana, precisamente porque mantienen la complejidad de lo real concreto, porque no hay experiencias cruciales en tales dominios, porque se constituyen en buena parte por el juicio personal, con lo más profundamente individual, con lo que es susceptible de apreciación, mas no de determinación objetiva.

Cabe el error y la ilusión en las disciplinas normativas, del arte y la moral, por consiguiente, si ellos se ajustan a los cánones de un sano criterio moral o artístico. Es decir, que puede haber, no ya arte, lo que es fácilmente aceptable, sino moralidad, cuando guían la acción preceptos falaciosos.

Este es uno de los aspectos que hacen más admirable la doctrina de Guyau y que, en mi sentir, constituye uno de los capitales fundamentos que debe contemplar toda crítica de los sistemas morales.

¿Qué importa que tal hombre tenga la cabeza llena de errores crasos o de ilusiones inexplicables razonablemente, si sus intenciones son buenas y realiza buenas obras? La intolerancia, en estas materias de moral o de política, procede de una incomprensión de la verdadera psicología del acto humano.

Todos creemos estar en la verdad y que por la verdad debemos luchar. Mas esta verdad, si ha de llamarse así, es diferente de la otra, la científica; no es un resultado, es un fin; no es una cosa hecha, es una cosa a hacerse; no es fría, abstracta, objetiva, y por lo tanto comprobable

por todos; está, por el contrario, unida a las raíces más hondas de lo individual; es, tal vez, y sin tal vez, fruto de un trabajo consciente o inconsciente de todas las potencias del ser; y no sólo la creemos buena, sino que la amamos apasionadamente, a veces, como cosa la más propia y personal; y, el mismo lenguaje.—por ser ya obra de la ciencia objetiva, — en su natural tosquedad, no acierta siempre a traducirla fielmente, o sirve más bien para encerrarla en lo recóndito de lo interno.

*
* *

Pues bien; en Rodó hallamos análogos principios consagrados en las esculturales páginas de "Motivos de Proteo". El individualismo se plantea en ellas con el principio de que cada uno ha de construirse su propia dirección, su ideal, con arreglo a sus tendencias y aspiraciones. No hay autoridad exterior capaz de imponerse al hombre, porque eso sería una forma de esclavitud. Se consagra una completa libertad, sobre la base de la razón ponderadora.

"A través de todas las transformaciones necesarias de nuestra vida moral perdure en ella, renaciendo bajo distintas formas, manifestándose en diferentes sentidos, nunca enervada ni en suspenso, una potencia dominante, una autoridad conductora; principio a un tiempo, de orden y de movimiento, de disciplina y de estimulación.

En la esfera de la voluntad, tiene ella un propósito que realizar, un fin para el que nuestras energías armoniosamente se reúnan. En la esfera del pensamiento, una convicción, una creencia, o bien un anhelo afanoso y desinteresado de verdad que guíe a nuestra mente en el camino de adquirirlas." (42).

(42) "Motivos de Proteo", pág. 317.

“Esa potencia ideal, númen interior; sentimiento, idea que florece de sentimientos; amor, fe, ambición noble, entusiasmo; polo magnético, según el cual se orienta nuestro espíritu, valen para nosotros tanto como por lo que valga el fin a que nos llevan (y en ocasiones más), por su virtud disciplinaria del alma; por su dón de gobierno y eficacia educadora.” (43).

Y tiene valor este ideal como orden, como organización, porque impide que seamos tironeados y esclavizados por las influencias exteriores cambiantes sin cesar, y por los tiranos interiores, propensiones viciosas, resabios mal encadenados, primeros ímpetus de nuestra naturaleza, “todo ese contradictorio y complejo (y ¡cuán miserable, siempre, en gran parte!) contenido de un alma”. Y luego: “Dondequiera que lo elijamos y aun cuando nos lleve en dirección de algo vano, equivocado o injusto, con su poder de disciplinarnos, ya encierra en sí un principio de moralidad que lo hace superior a la desorientación y al desconcierto...” (44).

Esa potencia ideal ha de ser empujada por el amor en su acepción más alta y más noble. Nótese bien que “lo que importa es, no tanto la calidad del objeto, sino la calidad del amor; y más que de la semejanza con el ser real del objeto, ha de nacer la belleza de la imagen, de la virtud del amor sincero, generoso y con sazón de idealidad”. Es por tal virtud que podrá “trocar el oro en barro, en bálsamo el veneno; fecundizar lo vano, mundificar lo inmundo; poner en el corazón del amante la sal preciosa que le guarde de la corrupción, y en sus labios el asena ardiente que depuró los del profeta.” (45)

Insiste Rodó en la necesidad de esta idea o alto sen-

(43) *Ibidem*, pág. 361.

(44) *Ibidem*, págs. 362 y 363.

(45) *Ibidem*, pág. 367.

timiento ordenador, para aprovechar los mil pensamientos o imaginaciones que cruzan por la mente y que se perderían sin remedio volviendo escaso el caudal disponible para la acción.

Y esa fuerza no sólo atrae, sino que vivifica y fecunda a esos fugitivos haciéndoles dar de sí nuevos órdenes de ideas o sentimientos. (46)

“Un supremo objeto para los movimientos de nuestra voluntad; una singular preferencia en el centro de nuestro corazón, una idea soberana en la cúspide de nuestro pensamiento...; no a modo de celosas y suspicaces potestades, sino de dueños hospitalarios y benévolos, a cuyo lado hay'a lugar para otras manifestaciones de la vida que los que ellos tienen de inmediato bajo su jurisdicción; aunque, indirecta y delicadamente, a todas las penetren de su influjo y las usen para sus fines.” (47)

No ha de constituir, pues, la idea directriz un sistema despótico hecho por otros o concertado por sí mismo, sino un núcleo grande y noble que sea el móvil propulsor y alrededor del cual se congreguen y giren en dócil y consentida servidumbre el número más grande posible de ideas, sentimientos, imágenes, juicios, tendencias que con aquél armonicen.

Y dentro de esa libertad, aun los espíritus “tallados una vez para siempre”, los que poco cambian, el concepto de perfección que inspiró el ideal lacedemonio “disciplinado férreamente en beneficio de un único e idolátrico deber”, la inmovilidad de abstención y resistencia que se predicó en el pórtico de Stoa, la tendencia de un cristianismo ascético y adusto que ansía modelarse a imitación de la absoluta permanencia de lo divino, inmutable y perfecto por naturaleza,—no encuentra en Rodó

(46) *Ibídem*, pág. 369.

(47) *Ibídem*, págs. 372 y 373.

una condenación moral que estaría en desacuerdo con la esencia real de su doctrina. (48)

Afirma que hay grandeza en estas y otras formas análogas del ideal personal; pero no olvidemos sus palabras. La encuentra “en el magnetizado por una idea o pasión de calidad sublime, en el fanático superior, en el iluminado o visionario, en el monomaniaco de genio: en todas esas almas que, yendo en derechura a su objeto, cruzan, como quien anduviese por los aires, sobre los tortuosos senderos de la vida real”. (49)

Admira los caracteres de una pieza que llegan a veces a lo sublime. “La igualdad perenne, yendo unida a un dón superior del alma; la alteza trágica de esa despiadada inmolación de todas las pasiones a una sola, dan de sí una sublimidad, ya estática y austera, como la del desierto y la montaña: la de la abnegación altiva y silenciosa, la de la voluntad firmísima acompañada de poco ímpetu de sensibilidad; ya dinámica, violenta como la del huracán y el mar desencadenado: la de una formidable pasión en movimiento; la del alma en perpetua erupción de amor o de heroísmo.” (50)

No se le escapa que el secreto de la eficacia del genio es, a menudo, la avasalladora obsesión, “la fuerza implacable de una idea que ha clavado la garra en una conciencia humana”.

Lejos de su ánimo, no obstante, hacer de este éxito, el punto de arranque de su entusiasmo.

Es la conciencia de un sacrificio que puede ser enorme, en aras de una alta idea o sentimiento puro, lo que constituye la base de su admiración.

(48) *Ibídem*, págs. 297 y siguientes.

(49) *Ibídem*, pág. 299.

(50) *Ibídem*, págs. 301 y 302.

Se dirá, y es exacto, que aquí, tal vez, no es sino un sentimiento estético lo que se despierta en Rodó ante estos temperamentos monolíticos que podrían parecer hechos contrarios a su principio de "reformarse es vivir".

Pero, fuera de que en él lo estético está estrechamente asociado a lo ético, ya en su entusiasmo se advierte que aprueba esas vidas consagradas a una idea o una pasión cuando hay en ellas nobleza y sinceridad, aunque la falacia o la ilusión alienten en su substancia propia.

Podrá insistirse sin error, en que su sentimiento no significa compartir, sino comprender y respetar.

Bien; pero el conjunto del armonioso "Motivos de Proteo", nos conduce a la seguridad de que nuestro pensador, profundamente individualista como Guyau, como él evitó ceñir la varia y múltiple conducta de los hombres a un modelo único, a un ideal predeterminado, fuera del cual toda moralidad quedara excluida.

"Hay dos especies de almas sinceras y entusiastas,—dice,—la austera e inflexible, monocorde, y la que consiente otros objetos de atención y deseo que el que preferentemente se propone".

De unas y otras, es decir, de las perseverantes, de las entusiastas, de las creyentes, y sólo de ellas es el secreto de la acción; pero, agrega: "la más alta forma de la perseverancia, del entusiasmo y de la fe, es su aptitud para extenderse y transformarse, sin diluirse ni desnaturalizarse." (51)

Esta es la intensa significación de su admirable parábola de los seis peregrinos. La obsesión que corre arrebatada es buena y puede ser sublime según la magnitud del fin; pero es más perfecta y no daña a la acción la vocación que no desdeña las voces de la caridad, del

(51) *Ibidem*, pág. 303.

arte, del trabajo, de la naturaleza, que "forman alrededor del sueño del alma, un cortejo de ideas..." (52)

Su resistencia a dar preferencia a un único ideal de la acción, y su tolerancia con los que él no comparte, resultan bien clara y concretamente de estos párrafos: "Vano sería que, con menosprecio de la complejidad infinita de los caracteres y destinos humanos, se intentara reducir a pautas comunes cuáles han de ser tal propósito y tal convicción: (esto es, los que más arriba indicara: el fin para el que nuestras energías armónicamente se reúnan, y la convicción, creencia, o anhelo afanoso por la verdad que debe haber en nuestro pensamiento) hástenos con pedir que ellos sean sinceros y merecedores del amor que les tengamos". Y aún agrega: "No juzguemos tampoco de la realidad y energía de estos principios directores poniéndoles por condición la transparencia, la lógica y la asiduidad con que aparezcan en la parte de vida interior de cada uno." (53)

VII

Merece capítulo especial el factor de la tolerancia que en la doctrina de Rodó tiene muy encumbrado sitio y caracteres de verdadera originalidad.

Si la justicia fué, en la filosofía griega, la virtud predominante y una a modo de síntesis de las demás virtudes, podríamos decir que la tolerancia es el punto culminante, a la vez que radical, el sumun de la virtud, en esta doctrina esencialmente moderna.

"Hagamos del amor que comunica fuerza y gracia a cuantos inspira, y engendra en el pensamiento la noble virtud de comprenderlo todo, el gran principio de nues-

(52) Ibídem, pág. 316.

(53) Ibídem, pág. 317.

tra filosofía literaria. Comprender es casi siempre tolerar; tolerar es fecundar la vida, — dice Rodó en el lema de su primera obra "El que vendrá".—"Término y coronamiento de toda honda labor de reflexión, cumbre donde se aclara y engrandece el sentido de la vida", — afirma en "Motivos de Proteo", (54) llevando aquel concepto al arte de la conducta en general.

Su extensión es amplísima: "Nuestra capacidad de comprender sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos. Ser incapaz de ver en la Naturaleza más de una faz; de las ideas e intereses humanos más que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz". (55).

Este enorme espíritu de amor hasta el intolerante alcanza: "La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica obsesión de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación y aún simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas". (56).

Hasta aquí, hallamos una inmensa amplitud de horizontes, un amor que ensancha y rebasa indefinidamente las fronteras del alma y la enriquece de goces superiores de los más variados y aún opuestos matices.

Semejante capacidad de comprender y de amar, en el fomento inagotable del cual insiste Rodó en todas sus obras, lleva, forzosamente, por la impulsión del sentimiento inspirador, a la tendencia conciliatoria, al eclee-

(54) Ibídem, pág. 373.

(55) "Ariel", págs. 27 y 28.

(56) Ibídem, pág. 28.

tismo, a la fusión fecunda de opuestas doctrinas, y, cuando a tanto no alcanza, al menos esa comprensión es fuente de copiosos bienes, pues proporciona innúmeras posibilidades a la acción, hace al espíritu flexible, luminoso, y le permite dignificarse, orientarse mejor y obtener una serenidad que es altísimo valor en el eterno combate de la vida.

Quien lea atentamente "Motivos de Proteo", notará que la reforma constante, — que es ley de la existencia y que debe modelarse incansablemente por una autoeducación sin otro término que el de la misma vida, — no es realmente posible si no preside a esa labor un alto espíritu de comprensión y de simpatía por todo lo que signifique un franco esfuerzo hacia un mejoramiento moral, a hacer más completo el dominio de la inteligencia y más fecunda y sana la determinación de la voluntad. La tolerancia es el medio indispensable de ese perfeccionamiento. Por eso, tolerar es fecundar la vida.

Así, la tolerancia mueve toda la obra de Rodó.

Su gran entusiasmo por Juan María Gutiérrez se cifra, tal vez, en reconocerle esta gran virtud en "el horizonte altísimo en que se dilatan sus admiraciones y entusiasmos no limitados nunca por exclusivismos de gusto personal, ni por la intolerancia de escuela, en su capacidad para comprender todas las formas de lo bello dentro del arte literario e identificarse con los más diversos estímulos de inspiración".

En "Ariel" se formulan las doctrinas de análoga tendencia que hemos recordado anteriormente.

En el opúsculo "Liberalismo y Jacobinismo", como en la admirable carta intitulada "El sentimiento religioso y la crítica", circula y enaltece todos sus pensamientos, esa hermosa fuerza de respeto y alta conciliación. Dijo en "Motivos de Proteo" que no entraba a averiguar la lógica y la transparencia de una doctrina, desde que fuese trasunto sincero y entusiasta de un al-

ma noble y pura, y aquí insiste, aclara y concreta, aún más, si cabe, su pensamiento, bajando a la región ardiente de las contiendas religiosas: "Crea usted que nada me inspira más respeto que la sinceridad religiosa, dondequiera que ella se manifieste, cualesquiera que sean los dogmas a que viva unida. Ante el fervor que brota del recogimiento del corazón, y presta alas de inspiración al pensamiento y trasciende a la conducta en caridad y amor, respeto y admiro. Jamás me sentiré tentado a encontrar objeto de desprecio o de burla, en lo aparente y literal de un dogma, si por bajo de él, enfervorizando al espíritu que lo profesa, percibo un hon-do y personal sentimiento del impenetrable misterio de que son símbolos o cifras todos los dogmas". (57).

Juzga a la luz de este criterio lo que hay de flaco e imperfecto en las religiones positivas, pero reconoce que la preocupación del misterio infinito es inmortal en el alma humana.

"Nuestra imposibilidad de esclarecerlo no es eficaz más que para avivar la tentación irresistible con que nos atrae, y aun cuando esta tentación pudiera extinguirse, no sería sin sacrificio de las más hondas fuentes de idealidad para la vida y de elevación para el pensamiento.

"Nos inquietará siempre la oculta razón de lo que nos rodea, el origen de donde venimos, el fin adónde vamos, y nada será capaz de sustituir al sentimiento religioso para satisfacer esa necesidad de nuestra naturaleza moral. Si las religiones tuvieran la noción clara de sus límites, nada faltaría para sellar por siempre su convivencia amistosa con el espíritu de investigación positiva y con los fueros de la libertad humana". (58).

(57) "El sentimiento religioso y la crítica". . .

(58) *Ibidem*. . .

Y entusiastamente declara que son grandes pensadores Goethe, Spencer, Comte, Renán, Taine, Carlyle, etc., porque levantaron la tolerancia a la altura de una visión olímpica, porque tratando la ciencia y la religión en una esfera superior, hicieron que se nos aparecieran como dos fases diferentes, pero no inconciliables, del mismo misterio infinito, o, porque son ejemplo del más alto respeto por el cristianismo aun creyéndolo fruto humano y no divino. (59).



Muy insuficiente sería lo anteriormente expuesto, para dar una noción, aun somera, del carácter especial que reviste la tolerancia en Rodó. Debo insistir, pues, sobre punto tan importante, escudriñando algo más su pensamiento.

La característica de esta tolerancia es que, manteniendo su sello social propio, excede, sin embargo, del terreno del derecho, para adquirir un aspecto individual en cierto modo más libre y abierto, el de la caridad. caridad.

No significa sólo que carezcamos del derecho a imponer una fe, y que, por lo tanto, se funde así un orden jurídico en que cada fe defiende su ideal en lucha leal con las demás. Rodó va más lejos; para él, la tolerancia no es únicamente una doctrina de derecho, una defensa del propio pensamiento, una limitación de la acción, en vista de una mayor libertad y capaz de hacer posible una convivencia más extensa y mejor para el desarrollo individual y social.

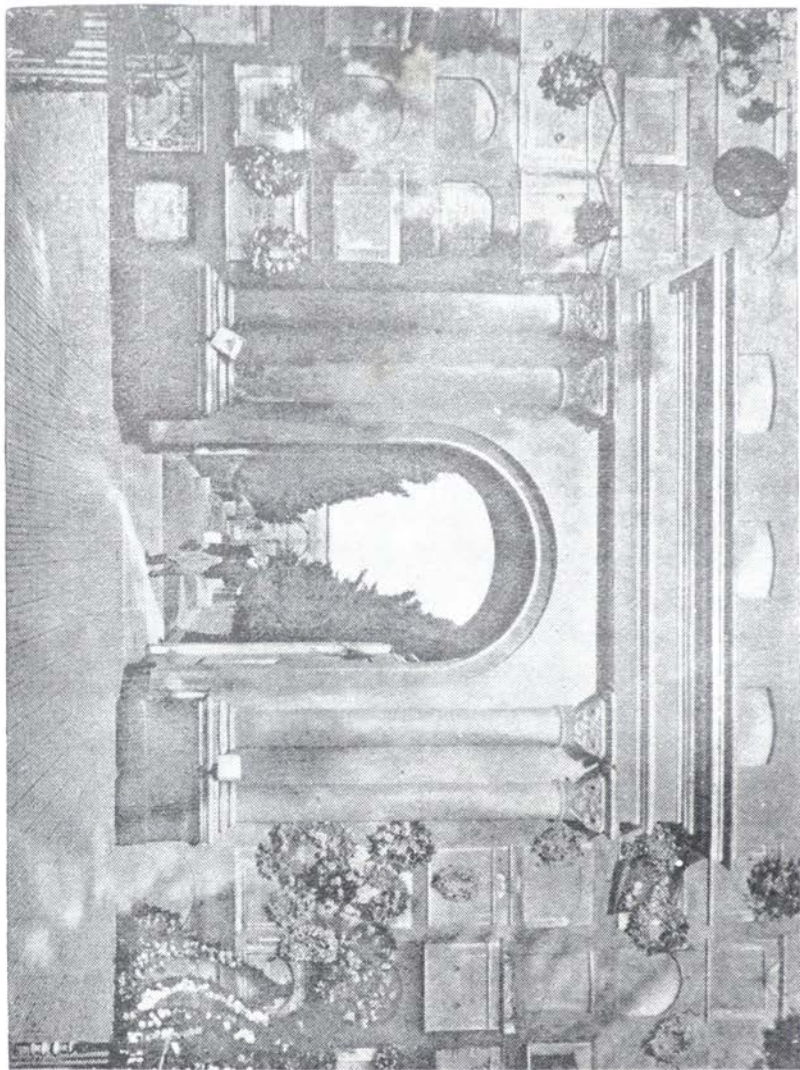
(59) "Liberalismo y Jacobinismo", págs. 15 y 16.

Es precepto de caridad; trasciende la esfera del derecho; es un amplísimo deber que impulsa a un gran perfeccionamiento del hombre porque lo lleva a sobreponerse a pasiones aun nobles, pero que, miradas desde un plano en que deberían ceder algo de sus pretensiones demasiado exigentes, podrían parecer un tanto inferiores.

Ese amor, que busca la compenetración de las mentalidades, no es, ni puede ser, exigido como un derecho. Y la tolerancia en el concepto vulgar es exigible; es sólo el respeto al derecho ajeno, garantido por la sociedad, de la libertad de pensamiento, una de las bases en que reposa el orden social moderno. Esta tendencia, ya aproximadora de los hombres, en nuestro gran literato va más allá de mantener distancias, de limitar actividades, de respetar el derecho de otro.

"Comprendámosla cabalmente: no la que es sólo luz intelectual y está a disposición del indiferente y del excéptico, sino la que es también calor de sentimiento, penetrante fuerza de amor". Es "la tolerancia que afirma, la que crea, la que alcanza a fundir, como en un bronce inmortal, los corazones de distinto timbre..." (60).

Bien claramente se comprende el alcance de tan hermosa concepción. Esta tolerancia no es un mero acto de inhibición ante el derecho de otros de afirmar su existencia; no una simple negación: no atacar el derecho ajeno: no es solamente un límite a la actividad; inspirada por un intenso sentimiento de amor, es activa, es afirmativa, es ilimitada; no es simplemente correlativa de un derecho; tiene la inexigibilidad exterior del deber más extenso, el perfume especial de lo que emana de lo profundo del alma y no ha sido encasillado aun en los moldes sociales.



Montevideo,
 Interior del
 Cementerio
 Central.

*Vencer a la muerte es siempre
 grande y generoso; pero nunca lo es
 tanto, como cuando se la vence en el
 niño, porque la muerte del niño es la muerte
 injusta: es una culpa de la Naturaleza.*

droher, Hnos., Editores. *Tras, Luvique. Rodó.*

Mas tampoco hay que confundirla con el puro amor a la sabiduría; no es sólo ansia inextinguible de **saber**, pues éste directamente sólo compete a la inteligencia; aquel amor está hecho de viva acción también y es enérgica y derechamente social, pues tiende a **fundir**, a unir, a encontrar lazos aún donde pudiera parecer que sólo un abismo existiera.

“No es el eclecticismo pálido, sin garra y sin unción. No es la ineptitud de entusiasmo, que en su propia inferioridad tiene el principio de una condescendencia fácil. No es tampoco la frívola curiosidad del *dilettante*, que discurre al través de las ideas por el placer de imaginarlas; ni la atención sin sentimiento del sabio, que se detiene ante cada una de ellas por la ambición intelectual de saberlas. No es, en fin, el vano y tornadizo entusiasmo del irreflexivo y veleidoso...”. (61).

Está constituida, pues, no por una, sino por todas las potencias del alma, en plano elevadísimo; imposible su nacimiento en inteligencia incapaz de suficiente comprensión; imposible si a esa comprensión no se une una simpatía tan delicada, a la vez que poderosa, que lleve a la mente hasta lo que reputamos más opuesto a nuestro pensamiento y nuestra creencia, y que mueva y acerque hasta lo que parece más lejano, porque en los más opuestos polos del entendimiento, por estar éste infiltrado de razón en algún grado, ha de proporcionar siempre alguna parcela de verdad, de bondad o de belleza, capaz de aumentar el acervo humano, contribuyendo a que el hombre y la sociedad sean más perfectos y mejores.

(61) *Ibídem*, págs. 373 y 374.

VIII

Ha llegado nuestro Rodó a la doctrina ética y artística de que son exponentes todos sus escritos, — y deficientísimo bosquejo los anteriores capítulos, — por el estudio atento y amante de todo lo que en nuestra época contemporánea es obra del pensamiento, o arranque sano del corazón, — y en el estupendo alambique de su poderosa organización estética y moral ha destilado lo que llega a lo más íntimo del alma, tocando a lo esencial de la personalidad, a lo más duradero, lo hondo, lo que sólo se transforma en el largo período de una época.

Sus dudas no son vanas, ni fruto de ausencia de convicciones firmes, únicas fuerzas capaces de mover enérgicamente la acción en la vida real, de sacar las ideas de lo especulativo y encaminarlas al efectivo dominio de lo práctico. Sus dudas son, tan sólo, medios de alcanzar una esfera más elevada donde señorear su espíritu.

Su ambición es volar siempre más alto, como dijera Dante de Homero: "*sovra gli altri com'aquila vola*".

Pero si quiere volar siempre más arriba, y lo predica, como norma de conducta, con la unción propia de la ternura de su alma, no es por espíritu de utilitario predominio, no para gozar del vértigo de la altura o para dominar autocrática y orgullosamente sobre los otros; vuela porque tiene sed infinita de conocer y de ser bueno; se alza siempre a planos superiores para saber más y sentir mejor, para permitir que su razón doblegue más fácilmente el arrebató y encegrecimiento natural de las inclinaciones, y, así perfeccionado y sublimizado, entregar a sus contemporáneos el fruto sazonado de obras perfectas por su forma y por su fondo: para poder predicar el evangelio más impersonal posible y el que más se parezca a lo inmutable, el más puro, el más firme para la acción,

Esta es, en mi sentir, la esencia de su enseñanza, viva, enérgica. Y por eso se me antoja que no han comprendido bien a Rodó, los que arrancan de esa tolerancia suya, doctrinaria y profundamente personal. — que a mi juicio es lo que en él tiene mayor precio. — para significar que es enemiga cordial de toda acción eficiente y que conduciría, si fuese practicada, a un indiferentismo, a una especie de fakirismo estéril.

Esta opinión se expone, en un libro que es en su conjunto una calurosa apología de Rodó, en los términos siguientes: “Por pensar así, aparecía Rodó como un espíritu sereno y contemporizador, — y a las veces intangible. Sobre todo el turbión de sus semejantes, que pasan su existencia polemizando y combatiendo por ideas políticas, religiosas y sociales. él surgía, tal vez, como el único intangible. Mas, si todos hubieran pensado como él, ¿dónde quedaría el progreso, dónde el desenvolvimiento de las ciencias? No es el indiferentismo contemplativo quien engendra la evolución de los seres y de las instituciones: es la lucha de las ideas, el choque de las pasiones, el combate de los hábitos y costumbres. El pueblo que cristalizara toda su especulación espiritual en un gesto de indiferencia hierática, sería un pueblo muerto para la eternidad. En vez, la evolución y el progreso son las obligadas resultantes de la integración y desintegración de las ideas más opuestas: la verdad surge siempre del choque de dos afirmaciones contrarias, como la luz del choque de dos piedras”. (62).

Que me perdone el ilustrado crítico, si repito que en esta parte tal vez no ha comprendido acabadamente a su amigo. Se olvida de que el alma máter de la doctrina de Rodó, no es un “dilettantismo” estéril, ni la idea

(62) “Rodó”, por Víctor Pérez Petit, pág. 221.

abstracta, ni la divagación del ensueño, sino un motor vigoroso: el sentimiento de amor, que lleva al hombre a la lucha, al esfuerzo vívido para el triunfo de su ideal.

No suprime, pues, la lucha; ni la serenidad que en las alturas del pensamiento se alcanza es sinónimo de frialdad, de inacción, de contemplación, de verdadera ataraxia.

La ataraxia fué renunciamiento, fué un verdadero ascetismo pagano; en tanto que en la moderación respecto de ciertas pasiones en pugna, que preconiza Rodó para llegar a un ideal más alto, en una mayor comprensión que es ya un goce, vive un sentimiento de convicción que es activo y muy profundo porque abarca muchas conexiones con ideas, recuerdos, juicios, imágenes, etc.

La contemporización no significa debilidad, ni claudicación, desde que fluya de un espíritu de crítica, capaz de levantarse sobre los apasionamientos ambientes, agudos o crónicos, para analizar de nuevo los conceptos en oposición, en un plano elevado y al abrigo de tales factores que puedan ser perturbadores de un juicio bien constituido. ¿No hay, así, más probabilidad de obtener la verdad y el bien, o de estar más cerca de ellos?

Para negarlo fuera preciso llegar hasta desconocer el valor superior de la razón; y a sostener que el principio de la templanza de los impulsos ciegos de la naturaleza, que se admite como inconcusos en la moralidad elemental, carezca de la misma virtud llevado a cumbres más prominentes del espíritu humano.

Ahora bien; el pensamiento más trabajado por un juicio sereno y ecuánime ¿sale por eso debilitado de aquella prueba? ¿Se vuelve por ello frío, glacial, inapto para la acción? Error, profundo error. En semejantes espíritus ese trabajo de elaboración suprema produce

un convencimiento intenso y hondo, y por eso una fe en su verdad o en su bondad capaz de empujar vigorosamente al triunfo de una idea que no es adherencia superficial, ni accidente pegadizo, ni adhesión ligera interesada o irreflexiva o ni siquiera poco reflexiva.

La convicción así adquirida es propiamente un dogmatismo, no de origen simplista, unilateral, puramente pasional; pero es creencia y creencia firme, sólida, porque tiene mucho de la certeza científica: una gran suma de objetividades, pues ha tenido que salir del propio círculo de pensamiento y sentimiento para auscultar las palpitaciones que en otros revelan también una vida, y ha llegado, hasta por definición, a una gran complejidad, ordenada y unificada orgánicamente, que es la característica de la verdad científica.

Es lo que Rodó ha resumido admirablemente en otros términos: “una convicción que adquirimos con los afanes y vigiliass de nuestro entendimiento es como hacienda que allegamos con el sudor de nuestra frente: trabajo acumulado”. (63). Y la creencia debe adquirirse siempre así, por la visión clara de las cosas, y de los propios estados psicológicos, criticados constantemente por el propio instinto razonante.

Es un prejuicio sostener que quien así consolida, renueva o modifica sus opiniones y certezas, empleando un esfuerzo incansable de auto-crítica, exponiéndose menos a error ó a ser injusto o inhumano, llegue por eso a un indiferentismo contemplativo, a “cristalizar toda su especulación espiritual en un gesto de indiferencia hierática”. En mi sentir, por el contrario, es prepararse mejor, más sólidamente para la vida intensa y expansiva con que se sueña; es afinar sus armas, es hacerse más apto para la lucha y para el triunfo.

(63) “Motivos de Proteo”, pág. 391.

No se niega la necesidad de la lucha; se afirma que si forzosa es la contienda, todavía hay más necesidad de cooperación, de acuerdo, de simpatía solidaria entre los hombres.

¿Cuál es siempre el término de la discordia? ¿No es, acaso, el triunfo de una coordinación nueva, de una unión más fuerte y extensa entre los hombres?

Y si en el ilustrado crítico a que me refiero, no hay sino elogios para las afirmaciones de Rodó; si, cuando afirma, le "aparece como un vidente, como un apóstol" (64) ¿no hay hasta real y verdadera contradicción en mostrar su doctrina como conduciendo a indiferencias o cristalizaciones muertas?

¿Por ventura, Rodó no practicó sus enseñanzas? Su crítico, a pesar de afirmar que fue "el discípulo de sus propias doctrinas", (65) parecería querer admitirlo cuando asevera que "el dogmatismo que en tal circunstancia combatiera arrogantemente nuestro escritor, fue no obstante, practicado por él en su ulterior predicación moral, y casi siempre en sus juicios y escritos literarios". (66).

Hay aquí, sin duda, un malentendido, una confusión.

Nadie como Rodó es el ejemplo más acabado de la unidad perfecta, entre sus doctrinas y sus actos. Combatió los dogmatismos de las intolerancias, vinieran de donde vinieran, de cuño religioso o racionalista, de origen literario, moral o político; pero al luchar, al combatir lo hacía siempre por una fe, por una convicción que era fuerza viva, aunque esa fe estuviese em-

(64) Pérez Petit, op. cit., pág. 222.

(65) Ob. cit., pág. 325.

(66) Op. cit., pág. 222.

papada de conciliaciones previas, de crítica reposada, de razonamiento trabajado con el propósito más altamente humano que pueda soñarse: el de acercar, el de unir.

Su doctrina, por el hecho de ser, era fe: no escepticismo condenado fatalmente a la inercia, a la muerte, sino destinado al combate, aunque informado en su más íntima médula por el deseo de hacer la vida mejor y la contienda más digna de hombres, de acuerdo con la evolución que conduce a una simpatía cada vez más intensa. A nadie debería extrañar, por lo tanto, su calor de apóstol, de vidente.

Dice el distinguido escritor citado, que "la evolución y el progreso son las obligadas resultantes de la integración y desintegración de las ideas más opuestas: la verdad siempre surge del choque de dos afirmaciones contrarias, como la luz del choque de dos piedras". (67).

Cierto es esto y el insigne Rodó jamás lo había negado, y no sería por eso infiel a su doctrina de suprema tolerancia. ¿Acaso obsta, la aceptación de tales principios, a que se sostenga que el hombre trate de fundir la verdad en el hornillo de su propio pensamiento, y que el choque de las afirmaciones más opuestas busque la unión en su cerebro para luego comunicar a los otros, y luchar por él, ese producto que se reconoce mejor y fruto evolucionado sólo cuando es consecuencia de una contienda previa entre hombres?

Hay más; la luz no resulta del choque de dos piedras cualesquiera; es preciso una elección anticipada y un análisis y estudio razonado y cuidadoso para llegar a encenderla, aun en la materia inorgánica.

Y la luz tampoco surge del choque de dos ideas contrapuestas, si la oposición es estimulada o constituida

(67) Op. cit., pág. 221.

por apasionamiento que excluya la reflexión serena, propia del hombre, y cada vez más serena en el hombre más civilizado. En este caso, la luz emerge después, cuando las exaltaciones se calman, y el intelecto replantea tranquilamente el problema, o cuando desaparecen los hombres que creyeron con la enorme fuerza de lo unilateral, y vienen otros que hallan puentes donde aquellos vieron abismos insalvables.

La concepción de Rodó no anula la lucha; lo que quiere que desaparezca es su aspereza, su dureza, y la intolerancia ruda del que cree poseer definitivamente la verdad.

No hay apatía, ni indolencia, ni indiferentismo en una doctrina conformada con estados psicológicos reales y no puramente formales, impulsada por un ideal de amor, y, por lo tanto, de acción, con raíces en la naturaleza humana, y no en la esperanza de un más allá inaccesible e indemostrable.

Es profundamente individualista, por ser ideal íntimo de perfección propia, realizado perseverantemente por un intelecto que salva barreras y se hace más fecundo, por virtud de sentimientos que no por sobreponerse a otros más violentos pero inferiores, pierden su potencia para mover la voluntad así más múltiplemente estimulada por tantas fuerzas venidas de todos los ámbitos del espíritu.

Y es profundamente social porque acerca a los hombres, pues los eleva sobre impulsos que separan; porque consolida el valor de la razón; porque fomenta los sentimientos desinteresados y generosos; porque utiliza la acción de mil fuerzas ideales que se perderían en la lucha salvaje de las pasiones irracionales, o del torpe apetito de los intereses; porque así expande y fecundiza la vida, llenándola de claridades más transparentes, de goces más elevados, de sentimientos más puros, y, por lo mismo, de acciones mejores.

IX

En resumen, porque la suya es doctrina de doctrinas, porque fija los jalones más esenciales para que el hombre pueda alcanzar indefinido perfeccionamiento, es por lo que considero eficiente y duradera la enseñanza que nos lega Rodó. Por eso es que no comprendo un ideal más alto que el suyo.

Todas las críticas que se le han dirigido, y las que concebimos por ahora, como posibles, han partido de abajo: de una escuela, de un sistema, de un sectarismo, de algo que puede ser noble y sincero, pero que, por su naturaleza misma, obra dentro de los siempre estrechos límites de un aspecto de las cosas, de una faz de lo real, y no tiene acabada conciencia de su imperfección, por ser una paralización del tiempo y una limitación que se pretende definitiva de lo indefinido.

Verdaderamente no se concibe la crítica y negación de una doctrina del esfuerzo humano, en perpetuo devenir de perfeccionamiento, dirigido por un ideal inmanente de tolerancia que es respeto y que es amor, doctrina que sólo excluye lo insincero, lo desleal, lo mezquino; y que, aun con semejantes altísimas guías, todavía proclama que no se la ame "sino mientras no se haya inventado fanal más diáfano".

Y la fe en eso más hondo del alma humana, es también y tiene que ser un dogmatismo. un dogmatismo básico, porque es substancia de vida, porque sin esos principios cardinales el progreso individual y social nos aparecen como imposibles.

Por eso, declaro simplemente, que me cuesta tomar la copa de Leucipo para asociarme a su brindis de la despedida al maestro: ¡Por quien te venza con honor, en nosotros!

JOSÉ P. MASSERA.

Marzo de 1920.

Rodó

Abarcar, en el espacio de una conferencia, la universal personalidad de Rodó, es tarea imposible. Fueron tantos, y tan diversos los rasgos del pensador que acaba de morir, que se requerirían muy largas disertaciones para reflejar, en la palabra fugaz, la amplitud y la multiplicidad de contornos de esa insigne figura intelectual. Por escasamente difundida que esté, hoy por hoy, la obra de Rodó, en lo que tiene de mejor y más hondo—si por difusión se entiende la lectura atenta de sus libros—es indudable, por lo demás, que los principales aspectos de su talento y de su espíritu han trascendido en general, de tal manera, que quien hoy se limite a señalar fases determinadas de la obra de Rodó, puede abrigar la certeza de que quienes lo lean o le escuchen, perfeccionan e integran, en su pensamiento, la obra incompletamente trazada o esbozada, lo que importa una tranquilidad apreciable para el conferenciante o el escritor.

Dicho está, pues, que yo no voy a encerrar, dentro del plan rápido—y que procuraré exento de toda aridez—de esta conferencia, la producción multiforme y genial de Rodó. Rodó continuará desbordando la ancha eficacia de su espíritu sobre los límites, forzosamente estrechos, de una disertación, después de ir dejando, prendido en la frase, en algunas etapas de esta amable conversación que quiero sostener con vosotros, algún rasgo de su pensamiento, alguna culminación de su estilo, alguna

de aquellas su imágenes—llenas de sustancia y de luz—que solían brotar de su pluma, y semejan el vaso pleno de un elixir tibio y confortador.

Voy a hablaros un instante del primer libro de Rodó, y empiezo por él no tan sólo por sujetarme a un vano orden cronológico—que sería, al fin y al cabo, un discutible método—sino porque quiero detenerme unos minutos en ese libro pequeño, ya lejano, que de la obra del escritor es probablemente el menos conocido, o el menos leído en el día. Y es, sin embargo, esa obrita de hace veinte años, un conjunto de páginas admirables, raramente armoniosas, que ya hablan del Rodó futuro, dominador supremo de la forma, privilegiado intérprete de “Ariel”, y filósofo sutil y profundo de “Proteo”. Y quiero aquí señalar una característica, para mí indiscutible, en Rodó, y que bien merece señalarse en un estudio sintético de su personalidad, siquiera para contribuir a reforzar el concepto de la excepcionalidad singular y altísima de ese maestro del pensamiento y del estilo. Y es que en Rodó no había ensayos. El primitivismo de la expresión, el manejo difícil de la frase, la limitación de la idea sobre las tierras trilladas, no fueron inconvenientes o defectos que sea dado anotar, ni siquiera en la iniciación literaria de Rodó. Por mucho que el Rodó en su primer libro no ostente la riqueza interior, oriental y magnífica, de “Ariel” o de “Motivos de Proteo”, presenta ya el sello, que fué esencial e insuperable en él, de la amplitud preciosa de la forma, de la firmeza armoniosa del período, de la alta selección del concepto, de la teoría o de la aspiración. Y si hay algo que tal vez lo distingue en ese primer libro, es el romanticismo de la concepción, en que se traduce el reflejo que el ambiente intelectual de la hora provocaba en un espíritu de veinticinco años, ya rebosante de los dones más altos. “La vida nueva” fué el título genérico que el joven pensador dió a su primer opúsculo,

título que debía comprender aún realizaciones ulteriores de Rodó, y que de hecho comprendió luego el juicio crítico sobre "Prosas profanas" y el insuperable "Ariel".

"La vida nueva"... — Recuerda invenciblemente el título, aquella poética obra del Dante, en que fuera expresado su amor inmortal, y en que surgieran, para el conocimiento de los siglos, el encanto y la gracia de Beatriz Portinari. Por un instante, pues, ante el libro cerrado, puede el espíritu divagar, pensando en aquel amor del poeta florentino, que hoy vive todavía en su poesía doliente y perdurable. Pero, demás está decirlo, no es el libro que vamos a abrir un libro de amor, ni siquiera de amor a la manera del Dante, mezcla de sentimiento intenso y de idea pura, ni encontraremos en sus páginas aquellos sonetos hechizados con que Dante hablaba a la ciudad entera de su amor, y provocaba la respuesta simpática de Guido Cavalcanti y demás poetas de la época. No obstante, siempre podrá definirse, en favor del libro nuevo—tan lleno de sustancia noble—el prestigio histórico del libro antiguo. Y así como el poeta de Florencia, ante la visión luminosa de Beatriz, no encontró fórmula más expresiva que aquella de: "empieza la vida nueva", el joven pensador que era Rodó en 1899 no hubiera podido obtener, para su intento de reflejar las impresiones de su espíritu, ante la compleja inquietud del final del siglo XIX y de los años que siguieron, fórmula más sugerente que aquélla, análoga, que abarcó las producciones primeras de su ingenio. Y sus libros, si no son de amor, si no se dirigen a poetizar sentimientos recónditos de su espíritu inspirados por el eterno femenino, son al menos de amor al espectáculo universal de la idea, a la lucha ambiente de la inteligencia, al porvenir espiritual iluminado por la esperanza.

"El que vendrá"—primero de los artículos de "La vida nueva"—y que ya había aparecido en una revista

nacional, es una invocación al nuevo dominador de la poesía y del arte que iría a ocupar la cumbre desierta. Rodó, a los veinticinco años, estudiaba el aspecto de la época literaria, y encontraba vacío el sitio superior del maestro. Todas las escuelas y todos los cenáculos le parecían sumergidos en el crepúsculo, y su numen clamaba por el innovador futuro, por el sembrador del nuevo ideal, por el artífice de la tendencia nueva. Y sus páginas parecen tocadas por una inspiración profética. El acento es a la vez de himno y de elegía—de elegía por la tristeza de la hora contemporánea, y de himno, cuando dirige su llamado, entre inquieto y solemne, al revelador de los nuevos rumbos... Y no creais que el escritor suspira simplemente por el creador de la nueva escuela literaria, entendiendo por tal el innovador de procedimientos o de técnicas. Para él, quien señalara la nueva orientación habría de poner en ella nuevas y altas energías de espíritu. Por eso, su frase transfigura al esperado dominador en el campo del arte, y los períodos lapidarios lo señalan por adelantado al amor de los hombres. Escuchad:

“¡Revelador! Profeta a quien temen los empecinados de las fórmulas caducas y las almas nostálgicas esperan! ¿Cuándo llegará a nosotros el eco de tu voz, dominando el murmullo de los que se esfuerzan por engañar la soledad de sus ansias con el monólogo de su corazón dolorido?... ¿Sobre qué cuna se reposa tu frente, que irradiará mañana el destello vivificador y luminoso; o sobre qué pensativa cerviz de adolescente bate las alas el pensamiento que ha de levantar el vuelo hasta ocupar la soledad de la cumbre? O bien, ¿cuál es la idea entre las que iluminan nuestro horizonte como estrellas temblorosas y pálidas, la que ha de transfigurarse en el credo que caliente y alumbre como el astro del día;—de cuál celestial centro temerán los de los nacedores de obras buenas ha de surgir la obra genial?” Y luego: “Pero sólo contesta el

eco triste a nuestra voz... Nuestra actitud es como la del viajero abandonado que pone a cada instante el oído en el suelo del desierto por si el rumor de los que han de venir le trae un rayo de esperanza. Nuestro corazón y nuestro pensamiento están llenos de ansiosa incertidumbre... Revelador! revelador! la hora ha llegado!... El sol que muere ilumina en todas las frentes la misma estéril palidez, descubre en el fondo de todas las pupilas la misma extraña inquietud; el viento de la tarde recoge de todos los labios el balbucear de un mismo anhelo infinito, y ésta es la hora en que "la caravana de la decadencia" se detiene, angustiosa y fatigada..."

Estas páginas, estas líneas, mejor dicho, tienen para mí un especial encanto. Y acaso esta incursión por la obra de Rodó ha hecho bien en iniciar su jornada transportándonos un instante a aquella hora del pensamiento de Rodó en que éste, apenas otra cosa todavía que un espectador aunque iluminado, en medio del tráfigo intelectual, señalaba la muerte de distintas escuelas literarias y evocaba la dominación del que vendría. Acaso haya algo de afectuosa curiosidad en el espíritu de todos nosotros cuando peregrinamos un momento por las primeras páginas, delicadas y sobrias, de Rodó, para reconocer en ellas el destello pristino de su talento, el vigor inicial e insuperable de su pluma, la prosa impecable, acariciadora y ágil que debiera contener luego, en su estructura luminosa y flexible, el hondo pensamiento filosófico del maestro.

De un salto podríamos pasar, de "El que vendrá", al prodigioso estudio que Rodó realizara sobre Rubén Darío. No voy a detenerme un solo instante en el aspecto puramente crítico de la obra, pero nuestro rápido paso por aquel su segundo libro de "La vida nueva" nos brinda oportunidad para señalar alguna otra de las características esenciales de Rodó. Y es que la tendencia filosófica del maestro armonizaba ampliamen-

te con la imagen coloreada, con el símil sugestivo y exacto, con la metáfora luciente y hermosa. Algunas de las páginas del estudio sobre Rubén Darío enseñan cuál era el poder descriptivo del escritor, cuál la riqueza inusitada de su imaginación, cuál la matización varia y apropiada de su estilo. Rodó no fué, en la vida, hombre de salón ni espíritu a quien llevaran mucho tiempo las exigencias de la sociabilidad mundana. Pero, aplicado al análisis de un libro como "Prosas profanas", en que el poeta conduce a escenarios refinados y galantes, su pensamiento rimó admirablemente con los versos del poeta. Muy conocida es la poesía inicial de "Prosas profanas", en que Rubén Darío trajo, en el final del siglo XIX, el eco arrullador de una fiesta del siglo XVIII. Y ved cómo amplifica Rodó el escenario de esa fiesta:

"Una noche de fiesta. Un menudo castillo de Le Notre, en el que lo exquisito de la decoración resalta sobre una Arcadia de parques. Los jardines, celados por estatuas de dioses humanizados y mundanos, no son sino salones. Los salones, traspasados por los dardos de oro de los candelabros, arden como pastillas de quemar que se consumen. Un mismo tono, delicado y altivo, femenino y alegre, de la Grecia, triunfa por todas partes, en el gusto de ornamentación, en los tintes claros de las telas, en las alegorías pastorales de los tapices, en las curvas femeninas de las molduras... Las Horas danzan festivas. Se está en el siglo del ingenio y la conversación ha desatado en leves bandadas sus trasgos y sus gnomos. Declaraciones, risas, suspiros. Pueblan el aire los pastores acicalados de Watteau, repartidos, en grupos que se eclipsan y reaparecen, en los planos de seda de los abanicos, que conversan en el lenguaje de las señas. Se oyen las sinfonías de las telas lujosas. Tañe la seda su pífano

insectil, el gro rezonga su voluptuosidad, los encajes tiemblan azorados... Cruzan la sala las mujeres de Marivaux. Por allá pasa Sylvia, por allá Araminta, por allá Angélica y Hortensia. Los rostros que semejan de estampas, y que parecen pedir, sobre las mejillas consteladas de lunares, la firma de Boucher, llevan, ellos también, esa nota de amaneramiento querido que surge de todas partes en el siglo de la artificialidad. El baile luego. Una orquesta de Italia deslía en el aire la música de un repertorio voluptuoso. Los tacones de púrpura dibujan sobre la alfombra florida la Z del minué o se abandonan a la fugacidad de la gavota, o hacen la rueda en la pavana. Oro, rosa, celeste, sobre los paniers de las danzantes y en los trajes de sus caballeros. Todo el ambiente es una caricia y todo lo que pasa parece salir de la aljaba de la voluptuosidad."

Y no hay sólo en Rodó, la compatibilidad armónica de la expresión y el pensamiento filosófico, y el lenguaje lleno de animación y de color. Aun es imperiosamente necesario señalar en él una armonía más substancial todavía. Y es que Rodó brillaba, a la vez, en el arte de la realización objetiva, estatuaria y nítida, que campea en sus descripciones impecables, y en el arte de la expresión de sentimientos, aún los más confusos, y los más difícilmente precisables, expresión que aparecía sutilmente impregnada del alma del prosador, de manera de quitar toda fría impassibilidad a la forma. Y la tendencia a subjetivizar su obra es, por lo demás, habitual y frecuente en Rodó. Rara vez transcurren decenas de páginas, aún en libros como "Motivos de Proteo", sin que la concepción filosófica aparezca traducida bajo la forma subjetiva de una impresión personalísima. Tales, por ejemplo, las páginas de este último libro en que el recuerdo de las vocaciones perdi-

das, trae a la imaginación del escritor el de aquellas estatuas olvidadas para siempre en el fondo del mar o en las entrañas de la tierra y que provoca una sentida y melancólica lamentación.

¿Y qué decir de “Ariel”, tercer libro de “La vida nueva”, cuya fama llegó rápidamente a países lejanos, palabra llena de fe y de unción, y que señala a estos países nuevos, el peligro de no ver en la vida sino las exigencias tiránicas del utilitarismo, y de olvidar el aspecto ideal de las cosas y el fin ideal de los esfuerzos y las aspiraciones? ¿Cómo podría yo pretender hincar el fino acero del análisis en obra tan breve en páginas pero de tan indudable vastedad en su espíritu dentro de los pocos minutos de que puedo disponer para su examen? Rápido es nuestro viaje al través de la obra espiritual de Rodó, y, por momentos, es tan extenso el paisaje que nuestros ojos descubren, que debemos renunciar a otra cosa que a fijar sus contornos amplios, luminosos y magníficos. Para que la hermosura de sus particulares aspectos pudiera quedar en nuestras inquietas pupilas de viajeros, sería necesario que nuestro coche detuviera su marcha, la hiciera más lenta al menos, permitiéndonos recoger, para lo íntimo de nuestra memoria, la varia impresión de la zona inmensa que pasa, y nos muestra su belleza insólita, bajo una claridad solar, propicia y generosa. “Ariel” es la enseñanza de un maestro que concibió la vida ajena a toda unilateralidad injusta, y que quiso reivindicar, para la causa del espíritu, el más alto prestigio y el más alto esfuerzo de la humanidad. Es una enseñanza de sublime idealidad, que procura mostrar, a los pueblos jóvenes, y que todavía no han plasmado en líneas firmes su fisonomía moral, el valor de las cosas superiores, que un mercantilismo vulgar podría llevar a la

inexistencia o al desprecio. Y es una enseñanza sólida, vasta, impregnada de filosofías sabias. No creáis, sin embargo, que hay alguna aridez en sus páginas. Rodó era artista cuando pensaba, y pensador al hacer obra de artista. Figura el libro, como sabéis, la lección de un viejo y venerado maestro, Próspero, que enseñaba junto al bronce de Ariel, símbolo de la parte noble y alada del espíritu y cuya voz tenía, como recuerda la primera página del libro, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en la tela o de la onda en la arena. Ello puede suministrar la idea de cómo desarrolla, Rodó, el pensamiento idealista y generoso que hace un instante indiqué como la esencia misma de la obra. Si la idea tiene los atributos de nobleza que habéis podido apreciar, el desenvolvimiento de la misma se os ofrece en una peregrinación amable al través de páginas perfectas. La selección de estas páginas es, en sí misma, una protesta contra toda nivelación vulgar. Señalaba Rodó que, en las democracias, no por serlo, se debería llegar a una vulgaridad igual en los dominios de la inteligencia, del espíritu, de las costumbres. Y abominaba de esa posible vulgaridad. Y, simultáneamente, ponderaba la excelencia y la virtud de los espíritus armónicos, en los individuos y en las colectividades, de tal manera que es dable afirmar que, tanto como un libro contra las concepciones puramente utilitarias, es "Ariel" un libro contra los espíritus que sólo saben de un aspecto de la inteligencia o de la vida. Y él establece una relación íntima contra las facultades superiores del espíritu, procurando demostrar su armonía profunda y la justicia consiguiente de que todas ellas sean cultivadas, sin perjuicio de que algunas predominen sobre las otras.

Habla Rodó, en "Ariel", de la gran democracia del Norte, en la cual, según él, encarna una fuerte y perturbadora concepción utilitaria, pero a la cual consagra, no obstante, admirativas páginas, antes de entrar a la crítica de lo que ella tiene a su juicio de negativo. Y el estudio de los Estados Unidos de Norte América forma una parte principalísima del libro.

Pone Rodó su confianza en la juventud, precisamente porque la juventud es la esperanza, y la esperanza bastaría, según él, para mantener la animación y el contento de la vida, aunque nunca hubiera de encarnarse en la realidad. Y no le preocupa la lentitud con que su ideal irá haciendo camino entre los espíritus, conquistando hoy uno, otro mañana, en un lento pero continuado adelanto, porque sabe que toda conquista moral empieza así, por aisladas victorias, por individuales convencimientos, hasta que el grupo va ensanchando sus límites y se convierte, un día, en mayoría y en multitud. Y aquella confianza en la juventud, y aquel alentarla a mirar varonilmente hacia las cumbres, y aquella su expresión de optimismo definitivo, provocan en "Ariel" páginas sonoras, en que se respira un encanto de primavera, y en que se creyera escuchar, a ratos, el sonido argentino de un clarín de victoria, o la voz fuerte y gozosa de quienes vieran ya, desde la comarca cercana, la cima dorada a donde dirigen sus pasos y en qué reposarán del largo caminar.

Alguna página de "Ariel" quisiera yo leerlos, ya que he leído algunas líneas de los libros a que me he referido anteriormente. No existe la página representativa, si por tal entendemos aquella que concentra, por excelencia, el pensamiento esencial del escritor, porque ese pensamiento está en todas ellas, difundido a lo largo de las cien hojas del libro, agitando su inquietud simpática bajo la imagen y la frase. Voy, pues,

a leerlos solamente la última página de "Ariel", aquella que sigue a la enseñanza luminosa de Próspero.

"Así habló Próspero. Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. De su suave palabra, iba con ellos la persistente vibración con que se prolonga el lamento del cristal herido, en un ambiente sereno. Era la última hora de la tarde. Un rayo del moribundo Sol atravesaba la estancia, en medio de discreta penumbra, y tocando la frente de bronce de la estatua, parecía animar en los altivos ojos de Ariel la chispa inquieta de la vida. Prolongándose luego, el rayo hacía pensar en una larga mirada que el genio, prisionero en el bronce, enviase sobre el grupo juvenil que se alejaba. Por mucho espacio marchó el grupo en silencio. Al amparo de un recogimiento unánime se verificaba en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente a la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero. Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió a la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y' la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra, triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un sople tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban a dar a su azul el tono oscuro en que parece expresarse una serenidad pecadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito; Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de

un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos, se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...

Y fué entonces, tras el prolongado silencio, cuando el más joven del grupo, a quien llamaban "Enjolras" por su ensimismamiento reflexivo, dijo, señalando sucesivamente la perezosa ondulación del rebaño humano y la radiante hermosura de la noche:

—Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador."

"Motivos de Proteo" es, como sabéis, un estudio de las vocaciones humanas, de la aptitud intelectual, de las mudanzas de esta aptitud, de la eficacia precisa de aquellas vocaciones. Rara vez la inteligencia del realizador, ha fijado para su labor tan ancho campo, y aún, por momentos, campo tan abstruso y difícil. Rodó no ha detenido su observación en tal o cual inclinación de las aptitudes mentales, ni se ha limitado a estudiar génesis de las vocaciones que pertenecen a una categoría determinada. Su espíritu ha paseado por todas las orientaciones, y ha querido desbrozar la marcha interior y progresiva de las aptitudes más distintas, en su realidad intrínseca y en el tiempo. Desde cierto punto de vista, podríamos ver, en "Motivos de Proteo", la obra continuadora de "Ariel", desde que se aplica a infundir la esperanza y la fe en la eficacia de las aptitudes, a veces ocultas, del espíritu, y aspira acaso a colaborar, como un mentor ilustre y ponderado, en la acertada elección de las vías que se abren al esfuerzo y a la energía de las inteligencias. Yo podría decir, de "Ariel", que es lienzo armonioso en que el pensador artista ha

trazado las grandes líneas de su cuadro inspirado y puesto los colores fundamentales, ricos en sugestividad y en vida. Está en él la imagen céntrica de su espíritu, y quienes se detienen un instante ante su armonía de luces y colores esenciales, reciben el encanto de la inspiración fundamental y altísima del maestro.

Proteo, en cambio, es el cuadro en que aquel pintor se ha complacido en intensificar el estudio de cada parte armónica del mismo, en que el dibujo de cada pequeña zona del lienzo ha reclamado consideración atenta y especial, y en que los grandes rasgos sintéticos se han visto sustituidos por un trazado sutil y cuidadoso, producto de una inspiración ordenada y perseverante. Y, permitidme insistir una vez más en ello,—y en este instante a propósito de "Motivos de Proteo", nada hay en sus páginas que produzca el cansancio, o que incite a abandonar el libro en algún estante inaccesible de las bibliotecas. Si no bastara el interés fundamental del tema, la magia del estilo bastaría para mantener nuestros ojos inclinados sobre las líneas en que la imagen brilla, y el pensamiento encuentra la metáfora justa y la frase desenvuelve su estructura feliz como un acorde musical, y la parábola vierte la sugestión de cosa vivida para sostener la atención alejándola un momento de las cosas puramente abstractas. La unidad de Rodó escritor, que pudiera encontrarse, genéricamente expresada, en su predilección por las direcciones nobles del alma y la prodigiosa uniformidad de su estilo, se manifiesta aún, en "Motivos de Proteo", encerrada en páginas hermosas y penetrantes. A cada instante, en el transcurso de su "divagar"—como él lo llama,—siente el espíritu poético de Rodó la tentación irresistible de la descripción armoniosa, de la enseñanza parábólica y no directa y simple, de la narración serena y viva, de la animada figuración de épocas, de ambientes, de escenarios históricos. ¿Queréis una más amable concepción, y una realización más amable de una

obra que es, en su fondo, toda pensamiento, toda enseñanza, toda estudio filosófico, sutil y profundo?

Y Rodó no está todo—lo sabéis acaso mejor que yo—en “La vida nueva”, ni en “Ariel”, ni en “Motivos de Proteo”. Hay fuera de ello, aquellas páginas de “Liberalismo y Jacobinismo”; hay, fuera de ellas, la profusión de artículos y estudios—muchos coleccionados en el “Mirador de Próspero”, sobre todos los temas, históricos, sociales, políticos, cuyo examen, aun a vuelo de pájaro, sólo cabría dentro de disertaciones más prolijas que una conferencia de unos cuartos de hora. Y bien sabéis que Rodó ponía pensamiento y creaba belleza en cada uno de sus artículos. Y escuchad, para convenceros de su ininterrumpida labor de artista, este final de página, que hoy nos resulta un poco melancólica, y que inspirara a Rodó la contemplación de las estatuas, ya que la serenidad de su espíritu, aun dentro de un continente conmovido por la guerra, encontró una hora para meditar, en la “Sala de la Niobe”, en la forma armoniosa que solía.

“¡Formas divinas, arquetipos de mármol! Si la gota de agua que se desploma confundida en la curva del Niágara mira, al pasar, las inmutables rocas de la orilla, no las verá con otro sentimiento que el que yo, gota de agua que se desploma confundida en la curva del os consagro a vosotras, inmutables en vuestra ideal serenidad. Devorará el tiempo su periódica ración de cosas nobles. Se apagará el color en las telas donde fijó el Renacimiento sus visiones radiantes, y ya sólo vivirán en la copia y el recuerdo. Dejarán de hablarse los idiomas en que hoy se expresan los hombres; y así, de la palabra del poeta no restará sino la idea mutilada en sus connaturales alas de armonía. Pero para vuestra juventud no habrá desmedro, para vuestra gloria no habrá

ocaso. Hombres nuevos, cuya concepción de la vida y de las cosas nos produciría, si alcanzáramos a vislumbrarla, el vértigo de lo incomprensible, se detendrán ante vuestra hermosura, que es la hermosura humana en su más genérica y simple idealidad, y la sentirán cabalmente, como sentirán la belleza de la puesta del sol, y la del mar, y la de la montaña.”

Saludemos, pues, en Rodó, al pensador luminoso y noble, sereno en la idea y en la frase; a quien supo expresar, manejando la palabra con insuperable maestría, y haciendo de ella la arcilla maleable y dócil en que encerrar la inspiración, tendencias superiores del espíritu, destacando su belleza pura sobre la vulgaridad de las cosas ambientes; a quien se aplicó a señalar derroteros concretos a la juventud de América, preocupado siempre del cultivo necesario de las cosas de la inteligencia; a quien supo interpretar, en prosa a un tiempo palpitante y marmórea, la inclinación alada de “Ariel”, genio del aire; a quien desbrozó el estudio de aspectos innúmeros de la aptitud intelectual, en el deseo de llevar a todos la simiente de la esperanza invencible, pródiga y generosa; a quien supo arrancar sus más ricos dones al ancho filón del idioma, belleza inexhausta que no espera sino al espíritu que la extraiga y la modele armoniosamente; a quien encantó el alma del continente nuevo con la magia nueva de su palabra y aspectos nobilísimos de su prédica; a quien supo, a la vez, ser vigoroso y delicado, profundo y amable, filósofo y poeta; saludémoslo como a una gloriosa insignia del florecimiento intelectual de estas tierras, insignia que acaba de abatirse de pronto, en el país de los paisajes serenos y de los mármoles antiguos, que guardaban con su espíritu una concordancia rítmica e inviolable.

Y ha muerto Rodó. Ha muerto el obrero de todas esas cosas bellas, nobles, superiores, de que hemos conversado

unos cuartos de hora y cuya gentil espiritualidad ha engarzado, por momentos, en la prosa de esta conferencia. Acaso él guardara cierto escepticismo cuando, hace apenas unos meses, se detenía ante los apolos inmóviles, en la hora recordada, y comparaba la impresión de su espíritu ante la eternidad de la estatua, al sentimiento que pudiera experimentar, ante la roca inmóvil de la crilla, la gota de agua que cae en el torbellino del Niágara y marcha hacia la descomposición y el olvido. Pero el olvido no cabe sobre José Enrique Rodó, mientras la geografía universal mantenga las lindes del continente nuevo y el habla castellano se oiga, sonora y triunfal, en la inmensidad de sus dominios. Ha muerto Rodó en el país radioso, en que el sol pudo descubrir y avivar optimismos inagotables en su espíritu, y en que la serena visión de las grandezas de la arquitectura, y de aquellos sus mármoles tranquilos y graves, pudo llevar frescura y alivio a su espíritu, que fué también el de un esforzado luchador. Acaso terminó su existencia, en el declinar de la tarde, mientras un rayo de sol llegaba a su frente, como en sus páginas a la frente de Ariel. Acaso ha muerto en la calma de una hora nocturna, mientras, afuera, el movimiento de las estrellas continuaba esparciendo sobre la tierra, la simiente ideal e invisible.

El orgullo de América mantenía, como un enhiesto mástil, en lo alto, el pensamiento y la labor de Rodó, bandera por los cuatro vientos, y cuyos colores emblemáticos, respetados dentro y fuera del continente simbolizaban una culminación radiante de la inteligencia. La bandera ha caído, a lo largo del mástil desnudo. Y sobre la heráldica prestigiosa de sus signos, el país entero vierte hoy su dolorida meditación.

Y es forzoso terminar estas reminiscencias tan rápidas

sobre la obra y el espíritu de Rodó. Hemos llamado a la puerta de un palacio encantado, y, desde el umbral, armonioso y sereno, hemos recibido la sensación de la nobleza y de la hermosura de las cosas que en él se guardan. A lo largo de las suntuosas salas, hemos advertido el brillar de las piedras preciosas, y lo sugestivo de la tela que habla desde los muros sólidos, y la impresión artística de las estatuas multiplicadas hasta en los rincones menos visibles, y la magnificencia de un tesoro pródigo e insuperable, y la disposición armoniosa y genial de una luz maravillosa y pura. Pero ha debido ser forzosamente tan breve nuestro paso por el palacio luminoso, que apenas si hemos podido detenernos ante cada una de las realizaciones maestras allí puestas, y no hemos podido permanecer, un instante siquiera, ante el objeto de arte semiperdido en una extremidad cualquiera de la sala. No obstante, al sentir, tras de nosotros, el golpe de las puertas que se cierran, podemos afirmar que había, en este palacio tan incompletamente visitado, suprema plenitud de belleza, y que las telas simulaban—por prodigio del arte—la vida real y activa, y que los broncees estaban modelados por manos hábiles, y que eran auténticos los tapices y las perlas. Y si os parece impropio el símil del palacio, del recinto cerrado, para la obra de Rodó, hecha para extenderse y difundirse, permitidme que vuelva al símil que ya me ha servido alguna vez. Hemos viajado, vertiginosamente — es cierto — a través de un paisaje admirable, en que se multiplicaban los panoramas diferentes, y las suaves colinas, y la plata de los arroyos y los ríos, y el misterio elocuente de las selvas, en una extensión amplia y hermosa. Y el movimiento incesante de nuestro coche no ha querido que nos detuviéramos, más de un momento, en cada uno de los

encantadores aspectos del paisaje, y apenas si, a veces, en una fugaz detención, no ha permitido refrescarnos en el agua clara de las venas generosas que surcan la extensión inmensa. Pero al final del viaje, recordamos que era graciosa la colina, y llena de rumores sugestivos la selva, y grata el agua del arroyo y del río, y el panorama espléndido, y grandiosa la amplitud del paisaje.

Y sea, esta impresión, la impresión final y única de nuestro viaje espiritual.

HUGO ANTUÑA.

Cómo ha de ser el Monumento a Rodó

Montevideo, 27 de Enero de 1920.

Señor Presidente de la Comisión N. de Homenaje a José E. Rodó, doctor don José Scoseria.

Señor Presidente:

Desde que nació, en el alma colectiva de la Nación, el propósito de consagrar un grandioso y perenne testimonio de gratitud al recuerdo clarísimo de José Enrique Rodó, estuve yo decidido a concurrir con lo mejor de mis energías, a la prosperidad de aquella idea.

Pero, si bien mi voluntad quedó, desde luego y sin reservas, atraída por ésta: en cambio, la forma que para la realización material de la misma se buscaba no alcanzó nunca a ejercer sobre mi espíritu tan imperiosa fuerza de seducción.

Diversos factores intervenían para aplacar mi entusiasmo y para apartarlo de la orientación hacia la cual convergía y converge el de los demás, orientación que conducía a perpetuar, directa o alegóricamente, en el mármol o en el bronce domados por la mano de un artista escultor, los rasgos característicos de quien fué artista supremo de la palabra: de la palabra que él modelaba para infundirle las más conspicuas determinaciones del alma.

Factores de distinto orden eran éstos. Los unos decían relación con la específica índole de la personalidad rememorada; los otros la tenían con la condición inexpresable del contribuyente heterogéneo y múltíime que es la población de un país entero.

Responde el tercero de estos factores, a una personal prevención de alcance general y doctrinario contra la hoy tan extendida tendencia que atribuye a las estatuas una eficacia completa para exteriorizar y hacer tangibles los valores morales, de cuya exaltación se pretende sean índice y cifra.

Y yo me apresuro a convenir en que a veces logran serlo, mas me urge también afirmar que a menudo no llegan a cumplir tal desiderátum.

Confiar en que las rigideces de la piedra o del metal sabrán decir, ante los hombres venideros, la exégesis de otro hombre que fué grande, casi exclusivamente, por 'la sagacidad y el primor de 'la inteligencia y por 'la exquisitez austera del sentimiento; entregar la memoria de tanta y tan variada vibración noble y preciosa a la guarda muda, atónita, muerta, de la estructura escultural, es librar al albur la alta ejemplaridad del homenaje programado, o, cuando menos, reducir su amplitud y emoción.

La contraproducente vanidad del realismo inquisidor y tiránico que aspira a prever todas las posibilidades mediante la persecución del detalle prolijo, ha quedado definitivamente denunciada, ya, ante muchos geniales innovadores modernos, quienes, con desdén para semejante rémora del vuelo, han acudido a la sugestión y al símbolo como medios de recoger, sintéticamente, cuanto hay de insólito y significativo en cada realidad particular.

Y ahora, yo, profano, a la zaga de ellos—y colocándome dentro del más vasto de los simbolismos — que-

ría, para perdurable conmemoración de Rodó, no aquella forma atónita, muda y muerta, sino un cuerpo palpitante de renovada vida inextinguible: un monumento que pensara y que hablase, que llorase y cantara, como canta, en flotantes acordes angélicos, la bóveda del maravilloso bautisterio de Pisa, al transfigurar las tres o cuatro vulgares notas con que el visitante ocioso la hiere; que cantase como cantaba, según milenaria tradición, la piedra faraónica, cuando el sol naciente le daba calor de existencia.

No se crea que me acojo a la vacuidad sonora de una fantasía, para disimular incoherencias o imprecisión en el pensamiento.

He de confesar, sí, que antes de sentirme dominado por un ideal constructivo, sólo se ofrecía a mi mente la negación de cuanto se había acordado respecto a las honras, la rebelión contra ello. Comprobaba, únicamente, que la visión fría de la estatua aislada se había disipado para mí; que yo era enemigo de la estatua misma.

Me costaba convencerme de que, para glorificar a quien fué, dentro de nuestro ambiente, tan original figura—toda ella titilación superiorísima de la quintaesencia humana—nos sometiésemos a las pragmáticas de la rutina; de la rutina que, en ocasiones, obliga a reverenciar un icono hermético donde el artífice más o menos hábil ha vertido la personalísima noción suya relativa a determinada super-alma: siendo así que, mientras tanto, esa super-alma, proteica e incoercible, no se ha dejado capturar en las minucias de la piedra tallada.

De todos esos afanes nació en mí, pues, la aspiración de ofrendar a Rodó el templo laico que su culto merece.

A modo de laboratorio sería éste, donde las artes todas estuvieran bajo la advocación del nombre serenísimo, en gestación perpetua, en “perpetuo devenir”; donde

todos los hombres, el ciudadano como el peregrino, que tuviesen un pensar bello capaz de superiorizar la condición del semejante, lo difundieran desde aquella tribuna, como dentro de hogar propicio. Un a manera de aquel "exedra" alejandrino, desde cuyo alto sitio los estetas y los sabios decían, al recogido concurso, la verdad investigada por cada uno de ellos o la belleza por cada uno de ellos suscitada.

¿Cómo imaginar oblación más elocuente y mejor, para la memoria egregia, que la de un edificio semejante a éste — laboratorio, exedra, templo, auditorium — desde donde partiera toda predicación enaltecedora y que lacónicamente llevase, como gallarda pluma cimera, el nombre de "Rodó"?



Falta, sin duda, en la ciudad nuestra, un edificio que: menos suntuoso y complejo y, por tanto, más simple e íntimo que un teatro, haya sido concebido y ejecutado de acuerdo con las normas de distribución orgánica particulares y privativas de una sede de conferencias literarias y de audiciones musicales.

Pues bien. ¿no habría alcanzado un triunfo póstumo el nombre de Rodó, si, al conjuro de su prestigio, se congregaran, casi espontáneamente, los caudales requeridos para alzar tal fábrica, grave y sobria como el Panteón de Agripa y aislada, dentro de la perspectiva general y del general bullicio, por la guardia montada de árboles que protegieran, allí, vigiliias laboriosas?



Mi proyecto contempla, según entiendo, otra cuestión interesante: y es aquella a que aludí en los comienzos de

esta nota, cuando dije que era necesario señalar, en el pueblo portador de óbolos, diversas categorías y, por ello, criterios distintos.

En efecto: integrarán la suma recaudada, los dineros de cada cual, y, con ellos, los dineros de las instituciones nacionales, que son los dineros de todos. Justo es, pues, prever la opinión de todos, también, sobre la aplicación que haya de darse a esos mismos dineros.

No vacilo al suponer que el proletario, sin fe muy honda en la inmediata acción educativa y en la utilidad material de las estatuas callejeras, tuviese, llegado el caso, frente al alarde ostentoso de ésta, un gesto de resentimiento o de sarcasmo donde quedara envuelto el nombre tutelar del Maestro bondadoso.

En cambio, cierto estoy de que concedería a ese nombre, simpatía y afecto fáciles, si lo viese sobre el frontis de una “Casa de las Artes” (o como hubiere de ser llamada), donde él en persona o sus hijos fuesen a beber el aun no gustado vino de la erudición amable.

Y, así, no quedaría, sin embargo, abandonado el propósito de recoger sobre materia indestructible la estampa misma del Maestro: una pequeña efigie, como la insuperable de Voltaire, que sonríe eternamente en la “*Comédie Française*” por la virtud evocativa de Houdon, mantendría a aquella presente, con mayor sinceridad aún que pudiese tenerla el abultado mausoleo de una plaza.

Bien estaría éste para rememrar al guerrero que defendió con la espada el patrimonio colectivo, al clarovidente industrial que lo engrandeció, al obrero abnegado que, para hallar las riquezas, horadó la mina, taló los bosques, excavó canales o capturó la fuerza de las cascadas.

Todos esos héroes, al fin, tradujeron su esfuerzo en hechos accesibles a los sentidos o universalmente inteli-

gibles; hechos que el cincel y el martillo pueden fielmente representar mediante superficies recias y vastas, en el ámbito ilimitado de una plaza pública y que un contemplador cualquiera interpretará, allí, cumplidamente.

Muy lo contrario ocurre con los próceres de la estirpe de Rodó: lo que en ellos es dinamismo sutil del puro pensamiento o acción moral intensa aunque recatada, no resulta igualmente susceptible de exteriorización clara y eficaz y, menos aun, por instrumento de ingentes bloques estatuarios, ni bajo la luz cruda ni la algarabía de las intemperies.

Conviene más a las imágenes recordatorias de tales hombres, el amparo de una biblioteca o un pedagogio, donde la luz discreta sólo alcance a destacar la comba de las frentes o la línea del labio, y donde el silencio invite a meditar. Ese es, para ellos, el edículo insustituible.

*

* *

Se me objetará que un edificio semejante, por sencillo y desnudo que fuese, exigiría desembolsos mucho mayores que los reclamados por la estatua.

Preciso es que así sea.

Mas yo replicaré, a mi vez, que la estatua jamás devolverá nada de cuanto haya insumido, mientras que el edificio sí; y lo hará abundantemente, indefinidamente, mientras perdure en su inevitable lucha con los tiempos.

Y, aseguro, bajo mi fe, que los peculios responderán con mayor generosidad al llamado del último que al de la primera.

Abrigo la esperanza de que, construído el local, la Comuna, su propietaria, lograse obtener una renta casi

continua mediante el alquiler alternativo del mismo a todos los trabajadores intelectuales, ya fueren ellos uruguayos, ya extranjeros: tanto a los oradores que aspiran a divulgar conceptos de sabiduría, de virtud y de belleza, como a los músicos que — individual o colectivamente y desde una misma latitud mental — han logrado ya atraer numerosísima grey de fieles para el grave rito que practican entre nosotros y a quienes faltó, hasta ahora, un refugio coadyuvante.

Presumo que el Municipio pudiera concurrir con el terreno adecuado al fin propuesto. El Parque que hoy lleva el nombre glorioso no vería desvirtuada su finalidad si se engalanara con tal Instituto, al cual podría buscársele ubicación en algún punto resguardado de los vientos marinos y al que se accediese rápidamente desde el centro de la ciudad. Ese sitio se hallaría, a mi ver, en el solar periférico conocido como "Parque del Pueblo".

* * *

Reconozco que este plan fascinante no es susceptible de realización tan inmediata y cómoda como pudiese tenerla el ya aprobado de la estatua. Por su propia entidad, él entraña varios problemas y demanda plazos. Pero, como la inmortalidad no es avara en concederlos, creo que, si recibiese sanción favorable, podríamos incorporarlo, en calidad de número preferente, al vasto programa de urbanización concebido por nuestro compañero de tareas el doctor Alejandro Gallinal para solemnizar el Centenario de la Independencia. En ese caso, no debería preocuparnos el término dentro del cual el "Auditorium Rodó" o "Casa de las Artes" pudiese entrar en actividad funcional. Habilitado antes de la fe-

cha o en la fecha misma, él importaría siempre, el más expresivo homenaje de la ciudad al gran escritor y el regalo que la memoria de éste hiciese a la ciudad, en el día máximo de la República.

Y, todavía, dado que esta concepción dejase de ser mía solamente para pertenecer a todos, yo propondría — a fin de asegurar la felicidad de su ejecución — se requiriese la opinión de los profesionales de la Arquitectura y la Edilicia que, como representantes de ambos Continentes, Montevideo ha de ver reunidos en Congreso Pan Americano, durante el mes de Marzo próximo.

Así, las dos Américas se juntarían en un mismo aplauso hacia quien fué hijo predilecto de ellas.

* * *

Apuntadas, ya, estas reflexiones y el propósito que las sintetiza y concreta, una circunstancia vino, desde lo exterior, a acrecentar su prestigio dentro de mi conciencia; y ella es la de que, según noticias, proyectos inspirados en un sentir muy semejante han prevalecido, en otros países, como arbitrio para glorificar a los grandes muertos.

Así: París se dispone a prolongar su admirable Avenida de la Grande-Armée y' de Neully, hasta el lejano Bosque de Saint-Germain, y a erigir esa nueva vía, magna y benéfica, "como monumento" a la celebración eterna del *poilu*.

A su vez, los Estados Unidos han decidido trazar una inmensa carretera entre Nueva York y San Francisco, y ella estará dedicada a la memoria de los generosos cruzados americanos. Y un *yankce*, también, ha imaginado hacer del Canal de Panamá un don votivo al recuerdo del Presidente Roosevelt.

Pues bien, yo, frente a la curiosa concordancia de sentimientos que informa a estas iniciativas diversas, me pregunto; ¿no significa, ello, que el concepto de las honras rendidas por los pueblos a sus respectivas glorias ha variado: que esa idea se despoja de la intención puramente suntuaria para enriquecerse con una aspiración de bella utilidad, como si, de este modo, quisiese reafirmar las excelencias de la fórmula platónica, donde concertados estaban lo bueno, lo bello y lo verdadero?

* * *

Yo pienso así, señor Presidente, y me complazco en someter este criterio al muy ilustrado de usted. Y a usted ruego quiera dar a las precedentes páginas, el trámite que corresponda.

JULIO LERENA JUANICÓ.

La serenidad de Rodó

Una de las características de José Enrique Rodó es la serenidad.

Improvisada o pulida, comentarista o consejera, alentadora o severa, descriptiva y exacta como una figura geométrica o graciosa y ondulante como un rizo de espuma sobre el mar; en el discurso político, en el ensayo histórico, en la parábola literaria, en el pensamiento filosófico, en el juicio bibliográfico, en el comentario internacional, ¡en la polémica misma!, en la página destinada a pasar y en el libro destinado a quedar, siempre, en todos los estilos y en todas las ocasiones, la prosa de Rodó es serena y eurítmica, como tallada en mármol. Alguna vez he hecho la prueba de leer páginas suyas de diversa índole en voz alta, y siempre he tenido que dar a mi dicción el ritmo lento y augusto de la solemnidad. Su misma persona, por lo menos fuera de la intimidad, tenía igual carácter que su prosa, y era algo *físico* lo que nos obligaba a descubrirnos respetuosamente ante él en el encuentro cotidiano de la calle o el café.

De esa serenidad de nuestro gran escritor, algún periodista ha querido hacer un defecto, el de la frialdad. Hablemos de ello. Discutir a los grandes hombres no es un sacrilegio, si se hace con sinceridad.



La serenidad es un atributo de superioridad intelectual. Para llegar a ella, es menester dominar todas las reacciones sonoras de la emotividad, poner sordina a las sensaciones, tamizar la luz, disminuir la risa hasta la sonrisa, tener el don del pianísimo y del matiz. El hombre primitivo es un matraz de emociones y las manifiesta sin control, expresivamente, casi con explosiones. Examinad el público de un teatro, y veréis que las incidencias de la pieza que se representa se reflejan solamente en los rostros de las galerías. Los espectadores, más cultos dominan sus músculos expresivos, aunque sientan apretada su garganta por la ola casi angustiosa de la emoción.

Para alguna escuela psicológica, la emoción misma pasa al campo de la patología, no precisamente como fenómeno anormal, sino como un eco exagerado de una mentalidad ineducada, como un "choque de inadaptación", para emplear el término de Alberto Deschamps. Este mismo autor, al estudiar la emotividad exagerada de los asténicos, dice textualmente: "Desde la infancia de la humanidad, se cree en la necesidad de exteriorizar el dolor o la alegría por manifestaciones viscerales o motrices perfectamente inútiles. Los estoicos conocían bien esta inutilidad, pero la humanidad lo ignora, y el Conservatorio nacional de declamación da a sus discípulos una escuela en que pensamientos exactos ("justes") se expresan por gestos casi siempre ridículos y desprovistos de sentido psíquico".

He subrayado la frase que contiene la psicología de la serenidad. Como la musculatura lisa del rostro y el sistema vaso-motor en lo físico, el lenguaje es en lo in-

telectual el reflejo de un estado psíquico. Quien no se sienta agitado por la perturbación de una reacción emotiva no puede, sin ser un cómico de mala escuela, exteriorizar emoción alguna. ¿Es ésto indiferencia o frialdad?... ¡Ah, no! Quien escribiera “Neutralidad imposible” al día siguiente de la invasión de Bélgica por Alemania no vivía en la Atenas de Pericles, vivía en el mundo nuestro y *sentía* el fervor de la humanidad. Rodó tenía, como los grandes maestros de la serenidad — Epicuro, Marco Aurelio — el culto del hombre, y todas sus obras tienden a su superiorización; pero como tenía el pensamiento “justo” de los filósofos no podía tener emociones de primitivo. El no era orador ni político, dos cosas que obligan a los hombres a exagerar, porque pocas veces se dirigen a la razón y casi siempre al sentimiento; no era siquiera poeta (otro tipo intelectual de “primitivo”): él era *pensador* y *artista*, dos cosas que obligan a la sobriedad, a la simetría, a la *línea*, en fin.

“Hay que ser ridículo y nuevo,—dice Marco Aurelio en uno de sus pensamientos,—para encontrar asombroso cualquier acontecimiento de la vida!”

Rodó tuvo ese dominio magestuoso de su emotividad, lo cual no le impidió proclamar el desinterés, el entusiasmo, el amor, la voluntad, — todos los númenes nobles de la actividad humana. Pero todo lo hizo serenamente, como maestro, “sin asombrarse”. ¿Que ésto dañó su éxito de cantidad?... Es probable, pero aunque el lenguaje de Rodó no sea de los que arrebatan a las multitudes, ni de los que conquistan aplausos, la gloria que lo acarició en vida y que lo hará perdurar demuestra que fué comprendido. Es que la serenidad no es obstáculo para la persuasión, y yo no encuentro en ningún cáldo imaginativo de América tanto fervor por la supe-

rriorización de la juventud americana como en el autor de "Ariel".

Pienso, pues, que clasificar de frialdad la serenidad olímpica de Rodó es cometer una impiedad, en el sentido epicureísta del término. Porque para Epicuro, no es impío "el que destierra a los dioses del vulgo, sino el que presta a los dioses las opiniones del vulgo".

SANTÍN CARLOS ROSSI.

Qué es Rodó

.

Le han llamado filósofo, pensador, sociólogo, crítico, y hasta le han llamado gran ciudadano, como si no bastara a su gloria, sin esos dictados, la suprema condición de artista que constituyó el carácter diferencial de su personalidad y dió fuerza virtual a su obra. Así han pretendido a menudo velar la amable sonrisa griega sorprendida en el jardín de Academo, con el gesto adusto del moralista. ¿Qué no se ha dicho, por ejemplo, de su proposición “reformarse es vivir”? La han vuelto y revuelto: unos han creído encontrar en ella honduras de abismo; otros un dogma nuevo; aquellos el programa de una religión ideal, y casi todos han profanado el sagrado mármol de Paros colgando de él la pedantesca greca del comentario. Pero pocos han comprendido, ¡oh! abeja ática, que su proposición llevada y traída a través de toda América fué apenas pretexto, tema, motivo para sus conversaciones interiores, para sus amables asociaciones de ideas, palabras, sonidos, colores, que brotaron de su pluma con la pura gracia de aquellas deliciosas figuras que Lucca della Robia arrebató a las metopas griegas para engarzarlas en los palacios del Renacimiento. Pero, ¿no lo dijo él, acaso, en “Motivos de Proteo”? ¿Qué es el mito a que se acogió, sino el símbolo de sus transformaciones interiores, de sus peregrinaciones espirituales, de sus divagaciones líricas, de ese

elegante mariposear de libro en libro, de idea en idea, de sensación en sensación, continuo afán de su vida de vagabundo del arte y de la poesía hecha prosa? Cada idea, cada sensación, cada sugestión, cada palabra, cada sonido, cada vibración de la naturaleza física o moral constituyeron en él una transformación no sujeta a la coordinación de un sistema ni al control de una inflexible ley moral, sino espontánea, arbitraria, caprichosa, fuera de la órbita de la disciplina didáctica. Por eso le fascinó el mito que respondía al espectáculo de su vida interior y se puso bajo su égida, como el griego se acogía al Dios propicio.

Rodó, fué, pues, un artista, un poco al margen de este siglo rápido en concebir y más rápido en realizar porque él desdeñó siempre la momentánea inspiración que es fiebre pasajera, y prefirió la labor perseverante y dolorosa ante la cual el lenguaje concluye por entregarse a la voluntad de la pluma que lo modela. Pero fué, sobre todo, un artista de noble y elevada contextura moral que llenó su misión de revelador de la belleza con verdadero celo de apóstol. Y esta fué su característica. El diletante en él estuvo siempre vigilado y contraloreado por un alto sentido moral que inspiraba las acciones del hombre, embellecía su carácter y guiaba al artista en la construcción de su obra. "Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia", exclama Próspero, y agrega aún: "La virtud es también un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente a las Gracias". He ahí la verdadera filosofía de Rodó, aquella que hermana la belleza con la virtud y hace de ambas una misma cosa, filosofía que lo llevó a esta última afirmación: "La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega".

Tal fué Rodó: un griego conquistado por el cristianismo y turbado por la duda moderna. Pero si su filosofía no ha de buscarse en el dogma, ni su duda en la bárbara negación materialista, su helenismo no ha de buscarse tampoco en los mármoles en que Praxiteles inmortalizó las formas de las hetairas de Atenas. Ni Afrodita, ni Friné turbaron la serenidad de su corazón, altivo y duro como el bronce para el amor, porque él sólo supo admirar a la mujer a través de la soberana y casta desnudez de la Venus de Milo o cubierta con la túnica de Andrómaca, de Antígona y de Ifigenia. Su espíritu palpita en las diosas inmortales de Fidias, en la soberana y serena armonía del Partenón, en la selva marmórea de los propileos griegos.

Su obra quedará así, no incorporada a las bibliotecas didácticas donde se agrupan las doctrinas científicas y las disciplinas pedagógicas, sino como el mito simbólico a cuya sombra propicia se acogió el artista, tallada en mármol antiguo, erguida sobre el capitel dórico, desnuda como las estatuas griegas, entregada a la injuria de los tiempos y a la admiración desinteresada de los hombres.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

Algo sobre Rodó

EL ARTISTA Y EL HOMBRE

Desde luego, sería absurdo pretender uniformar el comentario con respecto a la obra de Rodó, que por lo mismo que es compleja, admite variedad de juicio. Unos encontrarán el trazo superior en éste o aquel ensayo o en aquella parábola, o en la pureza de la euritmia verbal o en la serenidad de una filosofía amable y optimista. ¿Artista, pensador, poeta?... ¿Por qué no todo a la vez, cuando alma, cerebro y corazón coincidieron en las expresiones originales de quien tal vez no llegó a rimar versos, pero a través de cuya prosa palpitaron vibraciones armónicas, capaces de justificar la sentencia paradójica de André Chenier: “L’art ne fait que des vers; le cœur seul est poète”...

En nuestros días, ante la diversificación del gusto literario, sería pueril catalogar las manifestaciones artísticas como pudieran pretenderlo los discípulos de Platón o Aristóteles, catalogados, a su vez, por otros críticos, como “aeronautas que desde un globo contemplaban y juzgaban las cosas de la Tierra o como físicos dados al análisis, parecidos a los mineros que buscan el oro en las entrañas del planeta”. Y de entonces acá ¡cuánto se ha dicho y polemizado para fijar las definiciones por excelencia hasta llegar a las correlaciones entre el autor y

la obra que habían de erigirse más tarde en teorías literarias!

Pero, ¿es qué habría de tenerse en cuenta para hablar de la prosa de Rodó la influencia del medio, de la herencia o del momento a lo Saint-Beuve, Taine o Faguet, como pudiera creerse, a juzgar por alguna alambicada exégesis que ha merecido los honores de la letra impresa? Eso sería sencillamente desconocer el divorcio absoluto existente entre nuestra civilización americana y la calidad de la labor de Rodó. Me explico que se picnse en las sugerencias de la Pampa, para juzgar a nuestros poetas primitivos, o que se analicen ciertos vestigios localistas que inspiraron los acentos proféticos de Alberdi o de Sarmiento. Pero buscar puntos de contacto entre las sugerencias del ambiente y las producciones del autor de "Ariel" para determinar influencias directas, es tan absurdo como pretender encontrar afinidades entre el perfume quintaesenciado y el agua que cae por el despeñadero. Precisamente, si algún espíritu pudo libertarse en absoluto del medio circundante fué Rodó, quien, sin guarecerse en el desdén aristocrático de Vigny, realizó el milagro de ser actor en nuestras luchas, conservando cerrado el huerto de lo íntimo, donde florecía la mimosa vegetación de invernáculo, hasta la que jamás llegó el vaho ni el ruido de la calle. Así pudo nutrir su espíritu selecto de la más copiosa erudición, no para reflejarla pedantemente en sus escritos, sino para tener contactos puramente ideales con el testamento civilizado de los siglos, prescindiendo de toda sugestión subalterna, para expresar sus ideas, independientemente, coincidiendo, acaso, con el dicho clásico de San Agustín, que "en todo lo bello hay algo que no tiene ni grandeza de máquina, ni ruido de voces, ni espacio de lugar ni tiempo". Claro está que no fué un misántropo ni un indiferente. Vivió, luchó, sufrió, soportando con raro estoicismo todos los

embates de la adversidad, pero sin que ella llegara a turbar lo apacible del refugio en que habían de culminar las perfecciones de su númen.

De tal modo, sus escritos tuvieron una serenidad inconfundible, como inconfundible es la forma en que engarzó su pensamiento. Ciertó que no fué un creador, porque las modalidades de su temperamento tendieron desde los primeros ensayos al análisis y a la crítica; no a la crítica menuda y episódica, sino la crítica, que huyendo de lo dogmático y sentencioso opera a modo de delicado prisma, a través del cual la generalidad puede percibir matices extraños a su pupila. Pero no se diga por eso, como alguien ha dicho, que Rodó fué simplemente "un mero teorizador en materia filosófica, un buen teorizador, pero nada más que un teorizador, lo que en el caso significa que ha conulgado con el palabrerío más o menos sonante y nos ha dejado bien poco de aprovechable en sus "tratados" filosóficos".

Tan desprovista de todo sentido es la afirmación, que ella misma se condena. ¡Rodó escribiendo tratados!... Es necesario desconocer en absoluto la índole de su labor para discutir su influencia docente como ocurriría con Kant o Spencer. En ese caso, habría que condenar a Guyau, a Emerson, a James y hasta al mismo Bergson, porque no han tentado de concretar fórmulas definitivas y porque pensaron hondo, sin necesidad de clavar jalones aprovechables en un sentido didáctico.

Por lo demás, no toda la obra de Rodó es absolutamente ajena a épocas y lugares y los rastreadores de la verdad histórica pueden encontrar en ella magníficos capítulos aprovechables con fines docentes.

¿Que no interesan al "momento" americano los flecos de luz que trascienden de la labor especulativa, ni la majestad del período, ni la pureza del vocablo, ni la belleza de la imagen, ni la enfonía del ritmo, ni la ampli-

tud del concepto, ni la admirable plasticidad de la página cincelada? Bien; ¡admitamos por un instante que la admiración colectiva no se intensifique con tan delicados estimulantes y que ellos sean más aparentes para causar las delicias del cenáculo. Pero aún así, quedaría de la obra de Rodó lo que tiene estrecha relación con nuestra incipiente vulgarización histórica, en la que se ha colaborado más sobre los hechos que sobre los fenómenos políticos y sociológicos que los determinaron. Y entonces, hasta los más recalcitrantes tendrían que aceptar como vestigios imperecederos de un gran cerebro, los estudios magníficos sobre diversas modalidades americanas, en las que se perfilan como talladas en bronce las siluetas de Bolívar, Montalvo, Gutiérrez y hasta el propio Darío, aun cuando su musa parezca extraña a la selva o a la pampa o a las cosmópolis de modernísimo atavío. ¿Y qué decir de la prédica de la juventud y del famoso fallo en el pleito del sectarismo y la razón y de tantos otros alegatos formidables? La verdad es que pecaríamos de pródigos si malgastáramos en diferenciaciones pueriles el acervo que nos legó aquella pluma estupenda, siendo más consolador comprobar que los distinguos sobre el gran escritor han sido apenas insinuados, vibrando, en cambio, como un inmenso coro las voces admirativas, plenas de emoción ante el espectáculo de un cerebro luminoso que se apagó para siempre, cuando podíamos esperar las irradiaciones definitivas de la plenitud.

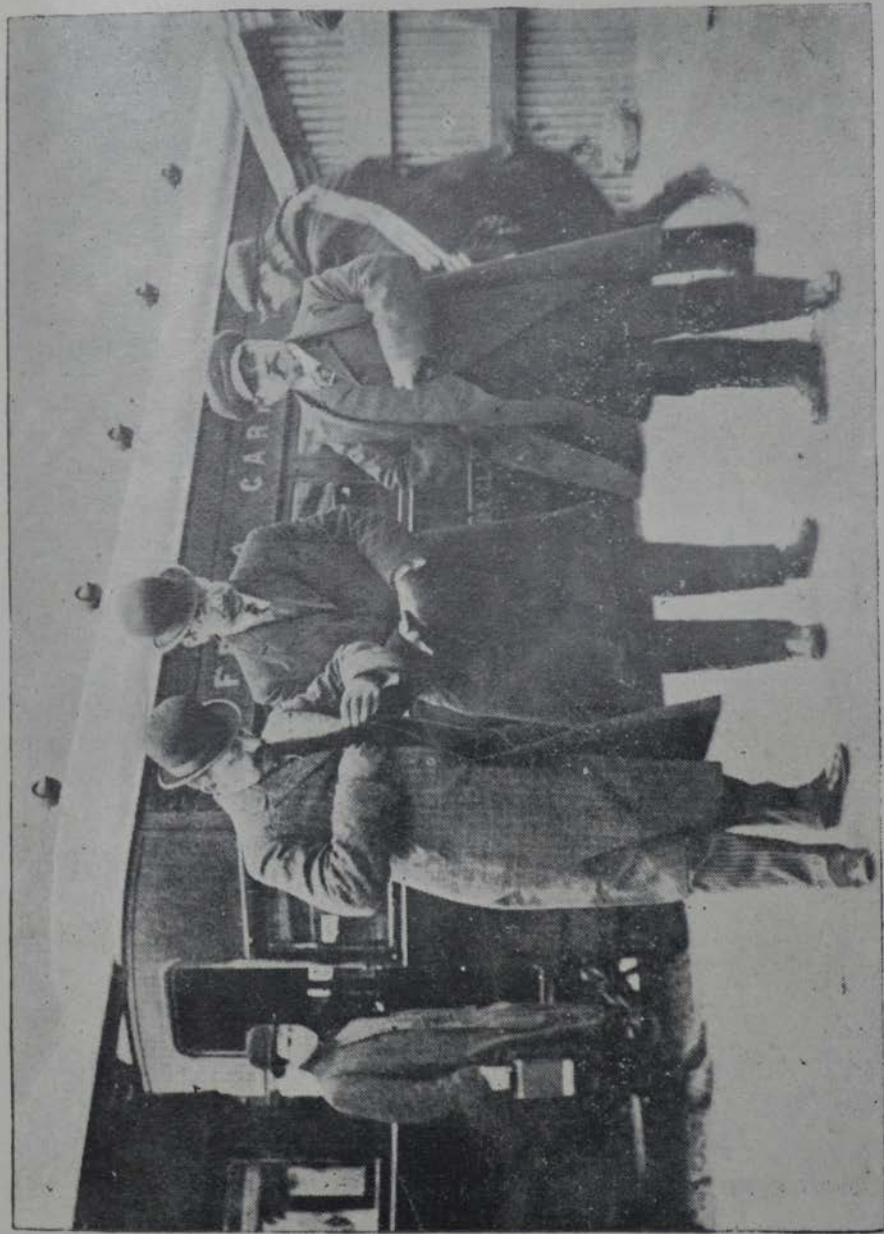
Algo también hay que decir sobre el hombre, ya que la improvisación de algunos juicios suele conducir a la inexactitud, o lo que es peor, a la leyenda maliciosa. ¿Es que todos los espíritus superiores, por cualquier mani-

festación aislada o esporádica del sujeto humano, están condenados a cruzar como fuegos fatuos que al apagarse han de dejar torpemente marcada la huella de su paso? ¿Es que no se concibe lo anormal dentro de lo normal, o sea la manifestación de ideas y sentimientos superiores, dentro de una vida regular sometida como todas al ritmo de lo trivial y lo corriente? ¿Es que aún preocupa a la mayoría el mito de la inspiración estimulada por agentes divinos o perversamente terrenales? De otro modo no se explicaría que se atribuyeran a Rodó, modalidades ajenas en absoluto a su temperamento, modalidades que lo exhiben muy distinto de lo que fué, ya que su vida podría citarse como modelo de austeridad y nobleza. Ved lo que dice un escritor conocido, haciéndose eco de leyendas inverosímiles:

"Tenía Rodó singulares puntos de contacto con Darío, siquiera en su desdén por el concepto burgués de la vida metódica y arreglada y en su amor por la tendencia a cierta bohemia literaria que malgasta pródigamente la vida, la despilfarra y entrega a toda clase de excesos, consumiendo en ellos los días y las noches y concluyendo por complacerse con visible fruición en desafiar el criterio de lo que se llama gente equilibrada y normal, llegando a cierta exaltación de alma artificialmente sacada de sus casillas por excitantes perniciosos..."

La semblanza, de la que reproduzco el párrafo más inofensivo, no puede ser más extraña al original y necesariamente tiene que sorprender a quienes conocimos de cerca al maestro.

Rodó fué, puede decirse, una armonía viviente, existiendo grandes puntos de contacto entre su vida austera y la serenidad de sus escritos, cuya calidad, por otra parte, requerían una transparencia de espíritu que es imposible conservar a través de una vida borrascosa y ator-



José Enrique Rodó y el Dr. Juan Zorrilla de San Martín con el comandante Bravo, en los Andes, durante el viaje en que llevaron la representación del Uruguay a las fiestas del Centenario de Chile.

mentada. Si es explicable que Milton, Tasso o Dante, viviendo entre sombras, persecuciones y destierros, impregnaran de dolorosa inquietud a sus creaciones, ¿se concibe que a base de excitantes pueda operarse el milagro de cincelar páginas en que no se sabe qué admirar más, si la serenidad del concepto o la transparencia del estilo?

Claro que Rodó, como todos los humanos, vivió horas de decepción y desaliento, de las cuales salió vencedor con la voluntad firme y decidida de quien tiene clara

vision de sus destinos. Fue así que se vivió a diario afectuoso y tolerante, frugal y hasta inocente en su vida íntima, capaz de emociones purísimas y de sinceros afectos, a los que llegó hasta sacrificar posesiones materiales, como aconteció en un período de su vida. Y jamás una queja, jamás un reproche, jamás un arretrato o iracundia, pues todo su desdén por las humanas flaquezas y por los humanos errores se exteriorizaba en la sonrisa benévola y en el gesto bonachón que transcendían en su rostro. Desaliñado, sí; indiferente al brillo exterior, también; y hasta si se quiere, despreocupado de sí mismo, al extremo de que su silueta angulosa y severa parecía revestida más por un sayal de monje laico que por la indumentaria del hombre mundano; lo cual no impide que el crítico a que me refiero hable de "su poder de seducción con la mujer...!" He aquí el único aspecto misterioso de la vida de Rodó. Ni sus más íntimos supieron a ciencia cierta si aquel corazón se estremeció por el acicate de algún encanto femenino y no podrán señalarse en sus escritos huellas de pasión, ya que ni en una sola línea se percibe la traición de agentes anímicos que abrieran los ventanales del reino interior... Y así como no es necesario ser poeta para revelar la existencia de Laura y de Beatriz; ni ser Goethe para mere-

cer la gracia de diversas musas, es lo cierto que en nuestro Montevideo nadie puede afirmar que haya habido encantamientos sentimentales para Rodó, a quien, sin embargo, la leyenda ya comienza a atribuirle tan heterogéneas y cultivadas preferencias... Lo que hay, en realidad, es que Rodó tuvo un concepto tan alto de lo que es y debe ser la convivencia afectiva, que no osó jamás mezclarla a la vanidad circundante, ocurriéndole con su vida privada lo que con su estilo: que no admitieron la confusión vulgar, ni la malicia, ni la ficción ni el alarde vano. La misma gallardía que trasciende de las páginas inmortales y la misma nobleza que impregna a las parábolas, trascienden de su paso por la vida; pues si pisó flores o guijarros, si sintió mordeduras o caricias, si experimentó emociones agrias o dulces, nada de ello se exteriorizó ruidosamente ni fué motivo de desviación en su culto por los más nobles ideales: la belleza y el bien, a los que consagró las excelencias de su talento y la integridad de sus convicciones. He ahí por qué los uruguayos lamentamos no solamente la desaparición del escritor eximio, sino del ciudadano ejemplar, y he ahí también justificadas estas consideraciones sobre Rodó, cuya silueta intelectual y moral debemos perfilar con nitidez, sin rasgos caprichosos que alteren los severos perfiles de quien a justo título hemos considerado como un maestro de la juventud americana.

ISMAEL CORTINAS.

El monumento a Rodó

Príncipe de los escritores americanos ha sido proclamado Rodó, como príncipe de los poetas líricos españoles fuera proclamado aquel cantor y soldado heroico que se llamó Garcilaso de la Vega, “dulce en los sentimientos de amor, vehementísimo en los de amistad, noble en las palabras, igual en resistir el peso de la seda que el del hierro”; y a fe que por algunas cualidades que lo destacaron mereció el escritor uruguayo tan hermoso epíteto. Por su estilo, por la gravedad de sus pensamientos, por su intensa cultura y por esa encantadora armonía helénica con que supo tejer gran número de páginas, Rodó es un magnífico escritor. Puede encontrársele cierta frialdad, cierta despreocupación por las cosas más vitales, un exceso de abstracción, si se quiere; ausencia de emoción y de sentimiento y de calor humanos; pero por las cualidades indiscutibles que hemos señalado, merece ser considerado como el más notable de los prosistas americanos. Ciego o extraviado sería el que apuntándole defectos o deficiencias, no viera las bellezas que contienen sus libros; ciego o extraviado sería el que no reconociera en él euritmia, delicadeza, cultura, refinamiento, frescura, limpidez, sana orientación de vida; y ciego o extraviado sería el que no rindiera homenaje al espíritu que se extinguió en luminosa tierra italiana, sorprendido arteramente por la “pallida mors”, cuando más fuerte mordía en él el ansia de lo bello.

Sana orientación de vida, hemos dicho. Sabemos que algunos no hallan eso en los libros de Rodó. Sostienen algunos que el ideal por él predicado no conviene a la verdadera vida, a la vida intensa, a la vida que es lucha y acción. Pero nosotros creemos que si en Rodó está demasiado ausente el calor de humanidad, no por eso la luz de su ideal debe dejar de iluminar el camino de las almas. Toda idea noble que predique el desinterés y el optimismo es buena, conviene a los fines de una humanidad mejor; toda idea que se empape en las ardorosas luchas de la vida y predique la acción y el entusiasmo, también es buena y conviene a los fines de una humanidad mejor. Diversos y múltiples caminos buenos han sido indicados a los hombres por los pensadores y los filósofos: tócale a cada uno de nosotros elegirlos o, tomando de cada uno de ellos lo que nos parezca mejor, crear-nos uno que sea capaz de llevarnos a la realización de nuestros ideales más puros. ¿Por qué no ha de ser así? Si un pensador me enseña como norma de vida la contemplación serena de la belleza; si otro me enseña la acción o la lucha en defensa de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero; si otro me aconseja que me encierre en mi torre de marfil, y huya de las fragosidades de la vida, y teja mis ensueños con los hilos de oro de mi fantasía, y viva sólo en mis pensamientos; si otro me dice que debo volver los ojos al mundo antiguo, a la época en que la belleza imperaba por sobre todas las cosas, ¿por qué no he de oír complacido a todos ellos, aún reconociendo que cada uno de ellos sólo me ha recomendado una parte de lo bueno y no todo lo bueno? Pues oyéndolos a todos con amor, yo haré, con las perlas preciosas de unos y otros, el tesoro más eficaz de mi vida. Así nos sucede con Rodó: reconocemos que el ideal por él enseñado no es todo el ideal de la vida: reco-

nocemos que no ahondó lo suficiente en la humanidad; reconocemos que su corazón debió latir más con los sufrimientos y ansias de los hombres; pero también reconocemos que mucha idea buena, noble, magnífica, palpita en sus páginas, en forma de enseñanzas o de parábolas. Hubo en él arte delicado y armonioso; hubo en él ideas nobles y consoladoras y espirituales. Considerémosle, pues, como uno de los maestros de la juventud americana, sin quitarle nada, aunque señalemos lo que le faltó para completar sus enseñanzas.

El monumento a Rodó saldrá del corazón del pueblo. Mármol o bronce para el que supo esculpir, como el artista la estatua, el estilo de su prosa. Mármol o bronce, y del más puro, armonioso e impecable estilo, como cuadra al espíritu sereno que fué luz y armonía. Mármol o bronce para el que convirtiera la belleza en una obra tan fecunda y tan indispensable como la caridad, y para el cual la belleza tenía también su decálogo, sus divinos mandamientos, tan perentorios, tan ineludibles, como el que exige dar de comer al hambriento y dar de beber al sediento. Mármol o bronce para el que unió la estética a la ética, la ciencia de lo bello a la ciencia del bien, en un abrazo, en un beso de inefable amor. Mármol o bronce para el que convirtiera su conducta política o cívica en algo tan armonioso y tan puro como sus libros, procurando que la vida real de su alma no fuera sino la expresión de lo que ella predicaba o enseñaba o aconsejaba o imponía, con el suave yugo del maestro, en sus páginas inmortales. Mármol o bronce para el que tejiera su prosa en loor de Fidias o de Miguel Angel o de Benvenuto Cellini, y para el que esculpiera, junto al bronce que representaba el Ariel de "La Tempestad", el bronce perdurable de su Ariel, pequeño libro de cien páginas, esencia del idealismo más puro y

fecundo, curva graciosa de un alma que sueña con la divina Grecia, bebe en los labios de sus filósofos y trae luego para su América el perfume de los mirtos helénicos, la frescura de sus jardines, la sonrisa de su juventud y la flecha de oro que todo corazón en que anida el ideal, dispara a lo infinito.

Lo repetimos: el monumento a Rodó saldrá del corazón del pueblo. En el mármol o en el bronce que lo configure, latirá, vibrará ese corazón.

HORACIO MALDONADO.

Rodó y la crítica impura

¿Qué celebrado escritor de la universal cultura, no recibió la afrenta del juicio injusto?, ¿qué noble del pensamiento, la villanía de la ignorancia o del odio? Recuerdo ahora a La Rochefoucauld, censurado violentamente por su nieto “el oráculo de Condorcet”, que cita Sainte-Beuve; Shakespeare, también, maldecido por el despecho de los criticastrós; Goethe, denigrado por un agrio maestro de la escuela de Münster, aficionado a las letras; Byron, escarnecido, humillado por Jeffrey o Lord Brougham, cuando Inglaterra toda se deleitaba con la lectura de las “Hours of Idleness”; Heine, desdeñado con olímpica placidez; Wilde, discutido y negado como escritor por los hierofantes del mal, cuando la dura prisión de Reading le encerró en sus celdas malditas; Flaubert, puesto ahora en ridículo por el avinagrado autor de “Juventud, egolatría”; Balzac, tenido a menos en Francia con “La comedia humana”; en España Larra, por Mesonero y Espronceda por Toreno; Leopardi, calumniado sin piedad por Gioberti y Sergi; Benavente agraviado por Gómez Carrillo cuando “La comida de las fieras”, y Zola por medio mundo en todos los tiempos; Ricardo León, sobre cuya obra escribe Casares cien

páginas de vituperios, etc., y mil más escritores de Europa, que adrede olvidamos para no pecar de prolijos, en tanto que viene a la memoria uno que otro americano, negado también por la baja crítica: Alberdi, que recogió altos desdenes sin cuento; Allan Poe, menospreciado por sus propios amigos; Asunción Silva, callado intencionalmente por Darío y Santos Chocano; Enrique Larreta, vituperado por Vila Chávez en "El caso de la gloria de don Ramiro", etc., y por ahí siguen los agravios de la crítica inútil, cuya misión es equivocarse siempre.

Y, pues algunas glorias literarias hemos evocado, ¿cuál de ellas no fué puesta en litigio? Triste espectáculo presentaron las letras, cuando tanta graciosidad condenaron los maestros de la incomprensión, los incapaces del bien, los insensibles del arte; pero, ¿qué logró tanto mal, sino enaltecer con el tiempo la gloria que combatió? El ruiseñor canta siempre en la selva, después que pasa la tempestad.

Hace pocos días, que el más grande poeta español de la actualidad, escribía noblemente unas líneas, explicándome cierto vilipendio de otro poeta: "¿Un poeta que habla mal de otro poeta? Eso es lo natural, mi amigo, y lo humano". Y agregaba: "Con lo que fuerosamente en contra mía han escrito ciertos poetas españoles, se podría formar una biblioteca, toda una biblioteca, y esto es para confundir, porque de lo que nada vale no hay por qué decir nada; y si de lo que nada vale se llega a escribir una biblioteca, por los mismos del oficio, es un trajín y' un trasiego, y un trabajo incomprensible. Yo, en cambio, no he escrito nada acerca de ellos. Me he contentado toda mi vida, con escribir humildemente mis versos, con mis nervios propios, mi sangre propia, sin recurrir al arte

“ de la mecanografía, ni de la dactilografía poéticas.
“ Eso es todo, y por eso es todo. ”

Tal dice, un poeta genial del idioma castellano; ¿qué no dirán otros, que no son geniales? — pero no, pues lo innoble de esa crítica plebeya, es denostar a uno grande,—y nunca a los pequeños, a los simuladores del talento, que andan a saltos de mata por la literatura; que la tal crítica, siempre tiene para éstos, calurosas alabanzas y elogios sin medida, porque de ellos necesita para vivir, como las plantas letales que protegen la ciénaga donde crecen. Como en la vida los necios, triste misión de juicio tienen en literatura los pobres de espíritu, de los que no es dable esperar más que fieros desmanes de error y pasión. Así, pues, ¿hay por qué pedir de ellos la justicia que no conocen y la simpática comprensión que les falta? Porque no llevan luz en la mente, calor de sentimiento en el alma, ni en el corazón penetrante fuerza de amor,—por eso no es para ellos la belleza y el espíritu de los grandes temperamentos y por eso toman las gemas por pedernales y por azulejos las lozas de la literatura, como en la vida los insensatos, que ciegos ven siempre en el dolor una culpa.

En fin, a semejanza de algunos escritores nombrados. no podía Rodó escapar al comentario frívolo y juicio unilateral. El, que en el estudio luchó tranquilo y humilde, para salir luego sin vano alarde, sin humos ni lamparones de sapiencia intelectual, a blandir por el mundo las nobles armas del ingenio que en el silencio forjó; él, que apartado del necio vulgo, no fué nunca a la conquista de devociones populacheras, que no las buscó jamás, ni menos esperó en el vivir cotidiano el palmo bizantino de los alarifes; él, que siempre estuvo libre de esclavitudes espirituales, y dogmas del pensamiento que detienen la expansión de las ideas; él, que

en días serenos y prolijas noches limpió de impurezas el espíritu humano, dignificó su labor magnífica, y cinceló una vida ejemplar; él, que fué sabio y culto y virtuoso y artista, en la más amplia significación del vocablo, no puede ser comprendido por los que no le alcanzan. "Eso es todo y' por eso es todo".

EDUARDO DE SALTERAIN HERRERA.

José E. Rodó

‘ Discurso pronunciado en la velada organizada por el Centro de E. Ariel, en el Teatro Solís, el 2 de Mayo de 1918. primer aniversario de la muerte de José E. Rodó.

Señoras, señores:

“Todo acaba en tumba sobre la tierra, menos la palabra hermosa. Grecia ha muerto. Homero vive”. Así termina el genial historiador de Sarmiento aquel capítulo diamantino de su libro, donde se propone demostrar y lo demuestra como nadie “como la hoja de papel animada por la palabra, puede transformarse en hoja de acero, laborioso y vengador, para ejecutar tiranos, hacer civilización, fundar naciones”.

Existencias famosas han pasado entre el tumulto de las apoteosis; vencedores, estadistas y héroes se han despeñado en el olvido insondable, y así nos cabe contemplar con orgullosa admiración pero también con íntima congoja ciudadana, el esfuerzo de las generaciones nuevas, cuando se esfuma, junto con la invocación de los viejos adalides de la causa nativa, y el ritmo monótono de las efemérides, en el crepúsculo inmisericorde e

injusto de la indiferencia o la ingratitud de las muchedumbres.

Y todo pasa menos la belleza eterna. En efecto, señoras y señores, ¿cuál es la fuerza que nos congrega aquí? ¿Qué entusiasmo noble, qué interés extraño, qué recóndita inspiración?

Que nunca muere la palabra hermosa lo confirma nuestra sociedad y nuestro pueblo en la brillante realidad de este homenaje.

Es que aquel hombre, humilde en su apariencia y en su intimidad, cuyo triste aniversario nos reúne esta noche, significa algo más que un ilustre compatriota desaparecido, que un prócer del sentimiento nacional, que un conductor de pueblos o que un maestro de la acción.

Rodó es el símbolo del pensamiento continental, porque desde la eminencia más conspicua sorprendió la fórmula espiritual de su grandeza; porque elevó su voz serena antigua y armoniosa y sabia en medio a la hostilidad circundante; porque dijo su evangelio de amor, de confianza y de fe, frente a la duda omnipresente, frente a la confusión de las normas morales, frente a la opacidad de un medio sin tradiciones de cultura e inseguro en sus propios destinos; porque arrojó su luminosa siembra de esperanza sobre la "pampa de granito"; porque exaltó en América y para América los ideales nuevos y la nueva Belleza; porque afianzó la emancipación de su espíritu, por eso Rodó es el símbolo del pensamiento continental.

El alma de América no puede olvidar el recuerdo de su genial intérprete.

Las generaciones futuras, — capaces de abrigar en toda su latitud el verdadero sentimiento americanista, — han de volver a su obra con íntimo recogimiento *patriótico*, lo mismo que a una fuente familiar y sacra que

contuviera la armonía de un mundo; lo mismo que a la fuente solariega hacia la que descende por la noche el milagro de luz de las constelaciones.

Han de volver a su obra, señoras y señores, como al breviario de la liturgia común, porque si quieren escalar sus espíritus, la cima más alta de la epopeya originaria de América, a donde llegan tan sólo las iluminaciones ideales de un genio representativo, del visionario de su libertad y su grandeza integral, cuyas glorias, al decir de Carlyle, aguardan al Homero capaz de cantarlas; si las generaciones futuras necesitan llegar a esa cima "que se comunica con el infinito", y hasta donde transportara la ferviente gratitud de América a Simón Bolívar "la cabeza de los milagros, la lengua de las maravillas", es fuerza que sea con la palabra de Rodó, con el vasto concepto histórico de Rodó, con la armonía de sus cláusulas de mármol, con la magia incomparable de su estilo, con la prodigiosa unción de su pensamiento.

Y cuando los hombres de letras de mañana intenten el análisis crítico de las distintas etapas de la evolución artística del continente, y se afanen por investigar los orígenes de nuestra cultura literaria y de nuestro patrimonio intelectual, a través de la conquista, de la colonia, de la emancipación y la reforma; cuando se aboquen al estudio del fenómeno de nuestro renacimiento literario, y busquen el sentido crítico, agudo y preciso, que señale la clave de las transformaciones victoriosas, a pesar de todas las rutinas, del quietismo misoneísta, de los comentaristas anquilosados y de la presión egoísta de los retardatarios, entonces es fuerza que vayan también hacia la palabra de Rodó.

Y cuando las generaciones futuras quieran llegar hacia el retiro, inviolado, hacia el lago de esmalte del gran cisne de América, cuya armonía animaba el mármol de

las diosas paganas; cuando quieran explicarse el impulso que consagró a Rubén Darío en América y fuera de América, es fuerza que vayan hacia la palabra de Rodó, capaz ella sola de acallar entonces con su gallarda resonancia y su acento invicto, el escándalo de *celui qui ne comprend pas*, empeñado en uncir el yugo de los vetustos códigos retóricos y las reglas vulgares al Pegaso formidable del primero de los poetas de América.

Y volverá a su obra la juventud, ahora y siempre que reclame la emulación de esos "sutiles visitantes de la celda del maestro: Pensar, soñar, admirar". Profesor de idealismo, continuará siendo el guía espiritual de los nuevos aún después que hayan caído muchas doctrinas consagradas por la actualidad; después que se hayan derrumbado sistemas y dogmas filosóficos, sociales o políticos que se creyeran perdurables; después de haber variado la enunciación y la oportunidad de muchos problemas de la hora presente, ante el conflicto incesante de las nuevas ideas, de las tendencias contradictorias agitándose tumultuosamente en el escenario de la realidad. Y continuará siendo el amable conductor de los espíritus jóvenes porque su obra será una proclama permanente, *permanente* porque jamás pretendió erigir con su esfuerzo una disciplina rígida y escolástica, ni una doctrina incommovible, ni una capilla de arte, ni un régimen para el espíritu, ni una norma invariable para la conducta moral.

Y en esto radica precisamente, en esto que pudo confundirse alguna vez, con un *diletantismo* vaporoso y brillante, en eso radica la virtud fundamental de su obra. Porque no fué un sectario; porque consagró su intelecto a las sollicitaciones más puras, más amplias, más desinteresadas del pensamiento humano; porque frente a la duda no tuvo la osadía afirmativa de los mediocres, ni

la súbita resolución de los pedantes; porque no quiso que arrancara la consagración de su nombre de un proselitismo catalogado por el adocenamiento parcial; porque no necesitó de ningún modelo establecido por las religiones o las sectas para predicar su espiritualismo a la juventud amenazada por los bajos instintos o por las torpes seducciones de la vida material; porque no quiso ser uno de los tantos moralistas lamentables y ascéticos, apóstol de una ética impositiva y adusta; porque por el contrario prefirió "beber en los labios de Platón la miel de su sabiduría"; porque tuvo una musa eternamente coronada de rosas; porque su verbo nos sugiere en cada uno de sus períodos, la maravilla ateniense, las columnas jónicas, los mármoles desnudos, el enjambre de las abejas de oro, la corona de pámpanos; porque Rodó jamás resultó, señoras y señores, el pedagogo fastidioso, ni el didacta monótono, por eso mismo su obra ha de ser una proclama permanente para las nuevas generaciones americanas.

Profesor de idealismo he dicho, y también maestro de esperanza.

Frente al escepticismo de la época pregonó su evangelio de serenidad y de paz interior. "Recibió de Próspero un dulce amor por las cosas terrenales y el poder de evocarlas; de Proteo, esa íntima potencia de formas donde templase la virtud de su vida y de Ariel, el magisterio de su espíritu alado, salvando unidad y altura entre lo terreno y múltiple de su obra".

Por eso yo he hallado tema para el monumento que le debemos, en uno de sus motivos, en "La Respuesta de Leuconoe".

Frente al mar y en mármol blanco levantaríase la figura evocativa como un atributo de las ondas. Tal como surgiera del numen del maestro no "llevaría más

que un traje blanco como una página donde no se ha sabido qué poner...”

Ni el peñón de granito, ni el bloque de bronce, podrían revelarnos la expresión de un genio.

Toda de candorosa blancura debe reproducir en sus formas, el prestigio misterioso del sueño, la remota corporización del perfume y la armonía...

Esperanza; su inscripción humilde, y su comentario el espacio azul.

He dicho.

JOSÉ G. ANTUÑA.

José Enrique Rodó

SOBRE EL SUDAMERICANISMO: BREVES PÁRRAFOS

A la Revista "Ariel".

Ya que se inicia la aurora de la inmortalidad sería absurdo el querer condensar en párrafos volanderos la síntesis crítica de su obra y de su vida: analizar el fermento ideológico que ofrecen los dos a las generaciones futuras.

Por una alquimia superior habíase operado en su alma una transustanciación admirable de la serenidad armoniosa y la dulce tolerancia de los patriarcas homéricos. Y esto sin mengua de la energía y la pasión augusta de los años luminosos que cantaban en su corazón.

Sin la aparatosidad romántica de los demagogos del arte; sin el apasionamiento empecinado de los artífices de la ambición; sin el tamborileo monótono de las propagandas de secta. Por encima de todo ello y con el fervor idealista de los que han penetrado lo hondo de la tragedia humana, así surge más grande que el tumulto efervescente de las pasiones y vencedor heroico en el combate por la luz, la eurytmia y la bondad, suprema trilogía de los más grandes artistas: armonía superior entre los discordantes valores morales que el capricho de los humanos y la fatalidad de lo imperfecto en su misma naturaleza, nos imponen aisladamente.

Y vayamos a nuestra cuestión:

El sudamericanismo o no es nada más que una fórmula vacua o representa un ideal afirmativo. En este último caso, la obra de Rodó lleva en sí los gérmenes de una renovación de ideas que parecían muertas para la luz aunque todavía dieran en los bajos fondos de la vida, conceptos vacíos a los predicadores de un falso panamericanismo.

Bolívar soñó con la confederación ideal de todos los estados latino americanos del norte y del sur con la capital en Panamá. ¿Cómo respondieron las generaciones ya pasadas al llamado y a la intuición poderosa del genio? Resolviendo las contiendas de casa con ayudas más o menos adventicias e interesadas y reduciendo el ideal de solidaridad internacional al vago palabrerío de los congresos y las recepciones diplomáticas.

Bien, ya conocemos el resultado: no insistiremos, si no es para evocar las consecuencias prácticas de una doctrina de libertad aplicada como sistema de colonización en nombre de un ilustre ciudadano: Monroe.

Si no hemos sufrido en carne viva las consecuencias del internacionalismo ideológico materialista, si es verdad que es Sud América la tierra de la paz desde hace años: también lo es que la masa ciudadana puesta en el caso de afirmar su compenetración con los principios que triunfaron en la última contienda, lo hizo, en casi toda la América latina, de una manera espontánea y natural, vibrando como un solo corazón, cantando como una voz su entusiasmo. Y lo que impulsó en forma viril la ayuda noble que su brazo otorgó para las regiones del otro hemisferio ¿faltaría en el caso de que lo necesitara una nación hermana del continente? El principio básico de nuestra libertad colectiva, de nuestro común odio a la tiranía material y moral fallaría por completo si tales hechos se realizaran. Pero no; despierta estaba

la conciencia del continente a la realidad actual y por la voz de nuestro gran artista habló evocando la renovación amplia de los ideales vivos del genio único de nuestra América.

Luchando Rodó desde la cátedra de su admirable apostolado artístico fué más allá de los que fijan una fórmula de pensamiento estético o de los que sueñan con utopías vanas e inadaptables a las condiciones de la vida actual. Fijó en su ensayos la convicción serena y fuerte de una renovación por el amor a la belleza y luchó por afirmar en sus conciudadanos, ya que los de todo nuestro continente lo eran en su corazón, el sentido del sudamericanismo por la compenetración de los ideales comunes, por la afirmación práctica de una solidaridad real y poderosa.

GERMÁN JOAQUÍN DE SALTERAIN.

Montevideo. 11 de febrero de 1920.

Rodó

Mereces una tumba hecha en mármol rosado,
Magnífica y suntuosa como un templo de Oriente,
Donde tu sueño vele tu Ariel, numen amado,
Y se incline tu Próspero a besarte en la frente.

Un templo adonde vengan a orar las muchedumbres
Con un rezo armonioso que en las bóvedas sea
Como un ritmo sereno sin hiel ni pesadumbres,
Como tú, nuestro nuevo Jesús de Galilea.

—¡Dejad que hasta mí vengan el cansado y el triste,
Lo mismo que el Maestro de Nazaret!, dijiste.
Y se abrieron las páginas de tus libros, un día,

Como inefables fuentes cuya agua bendecida,
Frente del horizonte supremo de la vida
Fecundan tus simientes de gracia y' armonía.

JUANA DE IBARBOUROU.

II

LA APOTEOSIS DEL MAESTRO

Ante el féretro de Rodó

**Discurso del doctor Juan Zorrilla de San Martín,
pronunciado en el pórtico de la Universidad**

Señores:

Es éste el momento solemne en que la Universidad de Montevideo, después de haber recibido el cuerpo de nuestro hermano José Enrique Rodó, y' después de haber pasado toda la noche a su lado con el pueblo, a la luz de las antorchas y de las estrellas, va a entregároslo a vosotros, a todos y' cada uno de vosotros, al pueblo del Uruguay, para que, envuelto en la bandera de la patria, lo llevéis, formando cortejo, a su última morada, y lo dejéis en su casa de la ciudad silente: en la que viven nuestros inmortales.

El Presidente de la República, señores, presidirá nuestro cortejo; él, que, hoy más que nunca, quiere llamarse el primero entre los iguales, acompañará con nosotros esos despojos, y será su mano la que encenderá por el pueblo la lámpara que alumbrará su recuerdo en la clave del arco sepulcral.

Ni la Universidad ha querido entregar, ni el Presidente recoger con nosotros esos despojos en completo silencio, por más que nada hubiera sido quizá tan elocuente como el que nos rodea, y ha sido a mí a quien ha cabido el honor de buscar en mí mismo sus palabras; en mí mismo, en esa región silenciosa del alma en que, según frase del propio Rodó, "se ahonda en los sentimientos humanos hasta anular toda discordia individual, y se llega a la profundidad remotísima de las afinidades y los estímulos primarios y a las honduras de la vida elemental, en donde todo habla un solo y transparente idioma, cuyo recuerdo despertará en la conciencia de los hombres, a la evocación de la armoniosa teurgia".

Al pensar, señores, respetuoso de mí mismo, en la alta representación en que os dirijo la palabra, yo quiero creer que el Presidente de la Nación, al acordarse de mí para que sea su voz, me ha delegado, por razones afectivas que me conmueven, el ejercicio de la más alta de sus atribuciones, de la que, a través de todas las modificaciones o reformas institucionales, permanece intacta en él, y le imprime su carácter: la que se refiere al cultivo de las relaciones exteriores de la nación; la que pone a ésta en contacto con aquellos que no están dentro de sus fronteras, ni bajo la jurisdicción de sus leyes, ni bajo el imperio de sus jueces; con los hombres que generalmente suelen ser llamados extranjeros.

Ese hombre muerto, señores, cuyos despojos hemos seguido hasta aquí, y vamos a llevar a su sepulcro; ese, cuya sombra estamos viendo a través de los colores nacionales que envuelven su féretro, como si estuviera en las azules profundidades del mar, ése no está ya dentro de nuestras fronteras; como Ariel, el genio del aire, que fué prisionero del mago, ha sido puesto en libertad; vive en la ciudad remota, en esa región, de que él mismo nos hablaba, "en que se aspira el frescor de lo infinito, y se

contempla el original de todas las cosas, y se embebe el alma en la lumbre de eternidad”’.

Ese ausente... ¿es entonces un extranjero entre nosotros?

A contestar lo que todos vosotros estáis diciendo en estos momentos, señores; a decirlo por mi boca, en nombre de todos y cada uno de vosotros, y, más aún, del ser orgánico vivo que vosotros constituís con él, de la nación, de la persona uruguaya, a eso ha venido el Presidente de la República: a decir que, aunque habitante de esa región desconocida en que discurren las divinas sombras coronadas, José Enrique Rodó no es ni puede ser un extranjero para nosotros; es tan ciudadano de nuestra tierra y de nuestro tiempo como lo es de su cielo y de su eternidad. Más aún que a formar o acrecentar su gloria, por lo tanto, el Presidente ha venido a recoger, reverente y agradecido, la que él nos envía y que nos es necesaria.

Sí, señores; nos es necesaria. Está ya dicho, pero es preciso recordarlo ahora, que las patrias más aún que de sus hijos vivos se forman de sus grandes hijos muertos. “¿Qué inglés que nosotros hayamos hecho en nuestra tierra, dice Carlyle, hablando de Shakespeare, qué millón de ingleses no daríamos antes que desprendernos de ese rústico de la aldea de Straford?... Si se nos llegase a preguntar ¿queréis abandonar vuestro imperio de la India o vuestro Shakespeare? ¿Preferiríais no haber tenido nunca un imperio de la India o no haber tenido un Shakespeare?... Con o sin imperio de la India, nosotros no podemos prescindir de nuestro Shakespeare. El imperio de la India se irá de todos modos cualquier día; pero este Shakespeare no se va; permanecerá siempre con nosotros.”

Los orientales, señores, no podremos ya pasarnos sin nuestro Rodó; cuando él nació, creció enormemente

nuestra población: el permanecerá siempre con nosotros; ni él ni nuestra tierra podrán ya desaparecer, mientras haya hombres en el planeta que hablen en lengua castellana.

¿Qué es? ¿Qué fué? ¿Qué obra hizo ese hombre para que así lo levantemos en alto?

No es este el momento, señores, de las biografías ni de los juicios críticos. Al citar el nombre enorme de Shakespeare, yo no he querido adelantarme al porvenir. Yo estoy viviendo y quiero vivir sólo en el presente. Rodó, para nosotros, es, en este momento, *un hecho*, un hecho que esplende a la luz de este glorioso día de sol, y que no puede negarse sin negar al mismo sol. ¿Quién no siente, en efecto, esa sonante aclamación al nombre de Rodó, y al de su patria, que nos llega de los cuatro vientos del espíritu humano? No podríamos, sin arrebatarse al celoso tiempo sus derechos, afirmar que no cuenta nuestra América con un hombre de letras de la talla de Rodó; pero sí podemos afirmar, porque está a la vista, que jamás una aclamación semejante a la que estamos oyendo se ha levantado en torno de la memoria de un hombre americano. Ese nombre, señores, es ya dueño del espacio. Todo hace creer firmemente que lo será también del tiempo, y debemos ser nosotros los que primero lo creamos.

Junto con los ruidos del mar, cuando Rodó regresaba a su patria callado para siempre, nos ha llegado ese acorde universal de las humanas lenguas, que aun resuena en el viento, y recorre el mundo en sus ráfagas sonoras.

Nuestro noble embajador, el fiel conductor de sus despojos, nos contaba ayer cómo Italia, la generosa Italia, despidió a nuestro muerto en italiano, cubriéndolo de flores; Gabriel Hanotaux, intérprete del alma fortísima de Francia, apóstol de su fraternidad con

América, lo saludó en francés, al sentirlo pasar por el océano: el hermano Brasil, concentrado en Río de Janeiro, lo ha aclamado en portugués...; nosotros, señores, nosotros lo llamamos, lo estamos llamando en castellano... pero con nuestro acento inconfundible, con el de uno de los de la gran familia hispánica esparcida por el mundo, con el mismo, que él no puede confundir entre millares, con que lo llamaba su madre, y en que le enseñó el nombre de Dios; con el mismo en que cambió sus primeras impresiones con los amigos de la infancia, y habló con la expresiva naturaleza que lo rodeaba, con el cielo, con los pájaros nativos, con las verdes colinas melodiosas de nuestra tierra. Y esa, esa lengua en que lo estamos llamando, esa fué la materia prima con que él construyó su obra, el maravilloso instrumento en que hizo vibrar las armonías de su luminoso espíritu.

Porque es eso, señores, las armonías de las palabras que habló, lo que constituye la quintaesencia quizá de esa gloria que estamos recogiendo. Rodó fué el vidente de sí mismo y el pensador intenso que todos reconocen; fué el anhelante apóstol de las armonías morales fundadas en amor; fué, para las juventudes, sobre todo, para las de la familia americana en particular, el ejemplar maestro de los idealismos y las abnegaciones y las caridades; pero fué, ante todo y sobre todo, y más que todo, el artífice inimitable de su verbo; él enriqueció nuestra lengua castellana, no propiamente con nuevas voces, pero con una nueva voz; en la suya, en su voz personal, se formaron sonoridades no escuchadas aún, nuevos ritmos de la prosa castellana, que brotaban de su esencia, como nuevas revelaciones de sus tesoros y de su vida perdurable.

No es ahora el momento, señores, de penetrar demasiado en la sutil distinción entre la forma y la sustancia; en si es o no es exacta aquella interesante doctrina

filosófica según la cual "*sustancia*" es aquello de que una cosa está hecha, y "*forma*" es la cosa misma con exclusión de la sustancia; pero, para precisar mi concepto sobre la quintaesencia de la gloria de Rodó, podemos recordar la profunda frase de Montaigne: "Homero, dice el pensador francés, Platón, Virgilio, Horacio, el mismo Moisés, considerado como escritor, no exceden a otros publicistas sino en sus locuciones y' sus imágenes".

Rodó, señores, como cincelador de su verbo, ha sido el representante más genuino de la dignidad de las letras; de esa función del alma que podríamos llamar *reproducción espiritual*, ley recóndita de las grandes almas, mezcla de supremo egoísmo y de abnegación suprema, en que el hombre se ama a sí mismo en su propio verbo, y se reparte a sus hermanos, convertido en pan del alma. Es esa, señores, la operación que más enaltece a la criatura humana, porque es la que más nos hace ver en su frente el sello del Creador, la que más acerca al hombre a la divina esencia según el sublime dogma cristiano; a ese Dios Uno y Múltiple que se ve y' se ama a sí mismo en su propio Verbo, y se envuelve en las formas perfectas para redimir los mundos.

El, ese nuestro pensador dormido, se miró y se oyó a sí propio con suprema intensidad; incineró su espíritu hasta encontrar, en las cenizas ardientes, la palabra esperada, la que brota de la esencia misma de la idea, y es la sustancia musical de que está formado el pensamiento. La palabra, señores, materia prima del arte literario, el soberano entre las artes, se forja y se lamina como el oro, se pule como el diamante, se hace sonar como el más noble y expresivo de los instrumentos musicales en que puede resonar el acento humano. Y esa es la causa, señores, por que los compatriotas de Rodó recogemos su gloria como gloria propia, y como esperanza, y como es-

título de nuestra misión entre los pueblos: porque esa palabra, materia prima de ese artífice muerto, fué nuestra palabra; es esta, nuestro verbo, nuestra propia sustancia la que, forjada, laminada y hecha instrumento de belleza y de amor entre los hombres, es, en estos momentos, núcleo de conglomeración de millones de almas generosas, que se sienten tanto más hermanas cuanto más se reconocen en la palabra y en el acento del escritor uruguayo que glorifican como cosa propia, sin reserva alguna. Es esa palabra, por consiguiente, la que puede hacernos concebir la esperanza, no sé si debo llamarla ilusión, de que esta nuestra patria de Rodó, bien puede tener como misión, según lo proclamó nuestro Presidente Brum, en ocasión solemne, la de contribuir eficazmente a la consecución del común ideal de paz democrática en el mundo, en América sobre todo; a la conglomeración, por la belleza y el amor, de la gran familia americana primero; de la latina, de la romana mejor dicho, después; de la humanidad, por fin, de toda la familia humana.

Yo creo firmemente, señores, que, en este anhelo mío de reclamar, en nombre del Presidente de la Nación y de la Universidad de Montevideo, la gloria de Rodó para su patria uruguaya, rindo a nuestro hermano muerto el homenaje en la tierra que puede ser más grato a su sombra. La gloria humana, señores, los triunfos, las aclamaciones que hieren nuestros oídos, no siempre nos dan felicidad; ellas dejan siempre en el alma de los hombres grandes un dejo de tristeza, un residuo de melancolía. La creación del genio español, que dió como supremo estímulo en la tierra al heroísmo del caballero andante el amor de Dulcinea, es por eso la creación humana por excelencia. Para que nos sean gratos nuestros triunfos sobre la tierra, es necesario que se-

pamos que hay alguien a nuestro lado a quien alegramos con esos triunfos, y a cuyos pies podemos deponer nuestros laureles. Se alza en la primera juventud la imagen de la mujer amada; pero ese estímulo de gloria pasa con la juventud y sus fugaces ilusiones. La patria, en cambio, señores, ella no pasa; ella es lo solo que tiene algo de eternidad en el tiempo; ella nos espera, nos estimula con su mirada luminosa, nos dice que son suyos los laureles nuestros, y que ella los recibirá siempre con alegría en sus dos manos, mirándonos a los ojos.

La ciencia no tiene patria, decían un día a Pasteur, el genio francés del siglo que pasó, el navegante en una gota de agua, el vidente explorador del mundo infinitamente pequeño.

Nó, la ciencia no tiene patria, contestaba él; pero los sabios sí.

El arte de nuestro Rodó no tuvo, no tiene patria; pero Rodó sí la tuvo. El amó la suya, la nuestra, con amor supremo y exclusivo; ella fué el estímulo de aquel hombre, especie de anacoreta pensativo, que, si excluimos ese amor a la madre, que fué para él como una ermita sagrada de refugio, y la amada a quien consagra sus últimas ternuras, no tuvo otros estímulos en su vida sobria y solitaria. Será del mundo entero, señores, del mundo que habla castellano sobre todo, el hondo pensamiento y la forma primorosa e intangible en que Rodó cinceló su pensamiento; pero su corazón, todo su corazón, toda su gloria, será siempre de su patria.

No le rendiría, no, no le rendiría mi tributo completo, si, en las palabras mías que pronuncio al lado de su cuerpo inerte, no se sintiera el vibrar también de un corazón. Amar y admirar al mismo tiempo, es un doble placer del alma humana. Porque se puede amar sin admirar, y también se admira sin amar. Yo, señores,

que he amado y admirado al mismo tiempo a ese hermano glorioso ya callado para siempre, no puedo limitarme a traeros el eco sólo de mi admiración. No importa que hable en este sitio en nombre y representación del Presidente de la República, mi amigo, a quien también he dado mi afecto desde los años de su juventud no muy distante; también él tiene en el pecho un corazón, y en éste, como supremo estímulo, el amor sagrado de la patria. Si él hubiera creído que su intérprete en este momento debía ser una entidad meramente protocolar, es decir, inexpresiva, él no hubiera pensado en mí para discernirme el honor de su representación; él sabe que, entre las muchas cosas que yo ignoro, desgraciadamente, está la de ser inexpresivo.

Yo evoco, pues, no sólo con admiración sino con ternura, el recuerdo de ese Rodó que se nos ha muerto... ¡Se nos ha muerto cuando tanto esperábamos de él!

Así como hay hombres que no necesitan aguardar a que caiga la noche para haber terminado su jornada, así hay otros a quienes anochece en la mitad del día... A nuestro Rodó le ha anochecido en la mitad del día... ¡en la mitad del día!

¡Quedaba tanto, señores, en ese fuerte cerebro que ya no vibra, y en ese corazón que ya no late! Yo quiero poner el oído en él, y me parece percibir la vibración de algo de lo mucho que ahí existía y que no nació: la semblanza de nuestro Artigas, que él había soñado como compañera inseparable de la de Bolívar, es el primer acorde muerto que oigo sonar como una queja; estaba ya formada, resonaba triunfante en aquel claustro, ya cerrado para siempre. Era el grande homenaje a la patria concentrada en su fundador, a quien él amaba y reverenciaba entre todos los héroes... ¡No pudo ser! ¡No se oye!

Evoquemos también, señores, para dar un objeto sen-

sible a nuestro doloroso recuerdo, evoquemos el de su persona, que, en este momento, pasa silenciosa entre nosotros. Rodó era así, como lo estáis viendo en vuestra memoria. Un distraído, un taciturno, un aparecido. Los grandes hombres, los que tienen secretos que revelarnos, los videntes de sí mismos, son eso generalmente: están ausentes en todas partes... Un distraído, un silencioso... pero siempre un gentilhombre. eso sí, señores, siempre un caballero, un alma abierta a todas las noblezas verdaderas, que son sólo las virtudes: a todas las tolerancias y a todos los perdones, y a todas las caridades. Esa euritmia maravillosa que todos hallan en su pensamiento y en su estilo no era otra cosa: la revelación de las altas armonías de su alma, todo luz y todo bondad.

Si aquí cupiera el recuerdo concreto de alguna de sus horas, yo os traería, señores, el de una de las grandes de su vida de que fuí testigo: de aquella en que juntos representamos a nuestro país, y llevamos un mensaje a nuestros hermanos chilenos, cuando ellos conmemoraban el centenario de su independencia. Bien se sentía ya desde entonces, allí como en todas partes, el aiborear, en la frente de ese mi grande amigo, de la mañana de este día de definitivos resplandores. Yo puedo y debo repetir lo que yo mismo oía, lo que oían mis propios oídos, cuando, en el desfile, en medio de aquel pueblo, de otras dignas y suntuosas embajadas, pasaba la nuestra menos numerosa...—Es la embajada del Uruguay,—decían los hombres y las mujeres... ¿Cuál es Rodó? ¿Cuál es Rodó?

No era de reconocerse, en verdad, bajo la envoltura de aquel cuerpo que parecía esconderse en sí mismo; pero bien lo reconocieron, señores, bien supieron cuál era Rodó, cuando, en la tribuna de aquel parlamento, el representante del Uruguay pronunció aquella magistral oración que conocemos, y que fué la nota más alta en

aquel concierto de voces americanas, todas altas y todas perdurables.

Un silencioso... un desterrado... ¡Qué poco de los goces de la vida nos pidió a nosotros aquel hombre austero, en cambio de lo que para nosotros, para su patria, construyó con sus mejores horas, incinerando su vida entera! Rodó tuvo más dolores y tristezas que goces y alegrías a su paso por la tierra, señores. Es que tenía que resplandecer, y, aun en la naturaleza, los cuerpos que más resplandecen son los más calcinados, los más quemados. El diamante es un carbón. Como el cirio al arder, señores, el hombre superior, el que rayaba en el genio sobre todo, brilla quemándose, consumiéndose, y derramando lágrimas. Rodó fué eso, señores: una ofrenda. Se dijera que, ya de algún tiempo atrás sentía en su carne enferma el frío del mármol de su futura estatua. Le llegó, por fin, al corazón, y allá, en tierra amiga pero remota, se quedó frío, todo frío, todo de mármol...

Y bien ¡oh muerte, buena muerte, amiga muerte! Venimos a recoger tu obra. Pero ¿dónde está aquí tu aguijón, dónde tu victoria? como dice el libro santo.

La muerte, señores, como la noche, es la grande amiga de los astros. Sobre el fondo oscuro, en todo su esplendor, más nítida que nunca, brilla por fin la estrella de José Enrique Rodó...

¡Y todas las miradas se dirijen hacia arriba, hacia la esperanza, hacia la eterna luz!

Vamos, señores, al sepulcro, acompañando al Presidente de la República que representa la Nación. Nuestros corazones doblarán. Nuestros oídos oirán pasar por las alturas remotísimas el verso alado de Homero: "Ven, recibe tu recompensa, y queda exento para siempre de tu condición de mortal".

Discurso del señor Antonio Bachini

Señor Ministro: A V. E., como representante en este acto de los altos Poderes de la Nación, y en V. E. a la Nación misma, hago entrega de los restos mortales de José Enrique Rodó. Dejo así cumplida la misión con que fuí honrado por el Honorable Consejo Nacional de Administración, de restituir a la patria lo que nos queda de aquella existencia material, tan fugaz en su duración, pero afortunadamente tan fecunda para crear, en los dominios del genio, sus obras inmortales.

Debo confesar, señor Ministro, que si alguna vez he sentido en mi modestia una filtración de orgullo, ha sido en esta ocasión, viéndome investido de un mandato tan singularmente elevado y significativo, pues cuando se pertenece a un pueblo que sabe honrar así a sus muertos ilustres, a sus pensadores, a sus filósofos, a los que difundieron la idea sana, luminosa y guiadora, se puede abrir el corazón al orgullo patriótico, se puede confesar el envanecimiento, porque aquella virtud define la conciencia de una vitalidad nacional, que no se funda únicamente en cosas materiales; que revela la aspiración de una supervivencia más alta; que es la fe en un destino propio, ya demarcado, hecho de fuerza moral y por lo tanto incontrastable.

Junto al carácter penoso de la gestión, he sentido ese orgullo, y también lo he sentido transformarse luego en profundo reconocimiento a la patria, — reconocimiento de ciudadano y de hombre, — cuando los sentimientos de respeto, de admiración, de ternura fraternal hacia Rodó, fueron acentuados por una emoción más viva frente a la tumba humilde y lejana, que transitoriamente guardó estos caros despojos.

Juzgando en esa hora, he encontrado analogías de espíritu, de cultura, de idealismos, entre nuestra patria joven y los viejos núcleos de civilización europea, donde la labor mental y la depuración psicológica más hondamente han dignificado al hombre.

París, con sus monumentos públicos y la nomenclatura de sus calles, nos enseña cómo la Francia sabe honrar, en el mármol o con el recuerdo, no sólo a sus guerreros y políticos, sino especialmente a sus hombres de pensamiento, a sus escritores, a sus poetas, a sus artistas, a sus sabios. Y otras naciones y otras razas nos demuestran, también, con el ejemplo, que esta clase de honores al mérito intelectual, no proceden de impresionismos o gestos eventuales, sino de convicciones firmes, tranquilas, relacionadas con la gloriosa perpetuación de las razas mismas.

Así, la inspiración artística del viejo reino lusitano, entrega sus más bellas páginas escultóricas a la memoria de Camoens y Eça de Queirós; y cuando llega la hora de la apoteosis para el historiador Herculano, la patria le construye un templo suntuoso, dentro de la propia maravilla arquitectónica sugerida por las hazañas de Vasco de Gama, e iguala de este modo al autor de los hechos con aquel que supo ofrecerlos a la posteridad en narraciones portentosas.

Llena está la Europa de estas conquistas del espíritu, y es para nosotros una circunstancia venturosa la que nos permite contemplarlas ya desde un plano honorable, no por mérito de la imitación, sino por la prueba espontánea de nuestra capacidad moral.

El acto que realizamos se caracteriza, además, por un triunfo logrado sobre nuestras propias y múltiples imperfecciones. Quebranta, también, la tradición de la justicia tardía, porque nace de un pronunciamiento inmediato de la voluntad en la prensa, en el Parlamento, en la acción de todos los organismos nacionales.

Son los contemporáneos de Rodó aquellos que lo conocieron en vida, los que espontáneamente se unieron en ese movimiento de justicia, para honrarle apenas fué anunciado el hecho doloroso de su muerte; impulso nacional extraordinario, único, que, como una gran ola avasalladora, pasa sobre las discrepancias subalternas y ahoga las voces negativas o discordantes. He ahí el signo más hermoso de este homenaje al genio, y he ahí, también, lo que en esta hora debe ser causa de orgullo para nuestra joven nacionalidad.

No importa que la misión a mi cargo no haya alcanzado el brillo y la resonancia a que aspiraban los miembros del Parlamento, autores de la ley de homenaje. Esa misión ha sido conducida con decoro; y la resonancia, que no podía gestionar el comisionado, la obtuvo el solo nombre de Rodó, difundido en los centros literarios de Europa, glorificado en todas partes, honrado con manifestaciones tan elocuentes y sinceras, que, en verdad, constituyeren una definitiva consagración internacional. La Academia de Letras del Brasil, en su más caracterizada representación, ha cerrado de manera conmovedora para nuestro patriotismo, esa serie de adhesiones recibidas en el largo camino, desde la extremidad Sur de Italia a la región privilegiada de nuestra América. Un himno a la intelectualidad uruguaya en el discurso magistral de Coelho Neto, que confirma a su autor como astro de primera magnitud en la más brillante constelación del pensamiento americano.

Yo demandaría, en este punto, la gratitud de nuestro país,—honrando, a la vez, objeto de leales simpatías en el exterior;—pero al formular el reconocimiento para todos, recordaría especialmente a Italia, por la actitud de su gobierno, por el noble gesto de su juventud universitaria, por la forma en que sus asociaciones artísticas honran a Rodó, y, sobre todo, señor Ministro, recordarle a Sicilia, a Palermo, a sus autoridades, a su gene-

rosa sociedad, que piadosamente se emociona, al saber que nuestro excelso pensador ha muerto allí ignorado, solo, en momentos en que practicaba un peregrinaje de admiración por la encantada tierra siciliana.

Cuando esa sociedad de Palermo llevó a su seno el nombre de Rodó, cual si quisiera incorporárselo en son de desagravio a las devociones de su propio culto, bien se pudo soñar, señores, que el suelo uruguayo se prolongaba hasta los pies del Etna, que nuestro Plata fundía sus aguas en los tres mares de la antigua Trinacria y que el alma de nuestro pueblo palpitaba en el ritmo de aquellos corazones hermanos. Para mantener ese recuerdo es que yo demandaría especialmente la gratitud de la Nación.

Frente a las visiones del soñado viaje, era natural que Rodó, con su brillante mentalidad y su imaginación sugestiva, diera preferencia a las atracciones de Italia, madre del arte y cuna de esa raza que nuestro filósofo, latino apasionado, estimaba como eterna potencia de renovación y perfeccionamiento; pero más allá de Roma, siguen los caminos por donde pasaban las artes y las ciencias remotas, en brazos de la civilización greco-latina; se suceden los escenarios clásicos del primer mundo organizado, y Rodó quiso ver con sus ojos lo que la historia y la literatura habían estenografiado en su memoria.

Fué ciertamente en esta época un peregrino en persecución de confirmaciones ideales; y fué peregrino como lo son los que realizan su jornada con fatiga, por la fe, sin halagos materiales, llevando en el zurrón un gran breviario, y en el alma el misterio de la soledad y las dudas que al viajero modesto infunde lo desconocido.

Todos sabemos, señores, que cuando Rodó emprendió el viaje, las únicas letras descontables las llevaba en los puntos de su pluma, y que para el transporte de sus valores le era suficiente la caja fuerte de su cerebro. Y fué valeroso y grande en esta postrera experiencia del no-

ble soñador. Ni reproches, ni quejas. ni pesados sentimentalismos. Por arriba de todo estaba su serenidad filosófica, austera, que aún alcanzó a señalarle la forma de su propio alejamiento, no como designio vengador de los hombres, sino como fatal consecuencia de nuestros hábitos, todavía oscilantes, viciados de egoísmo y por el hecho propicio a la indiferencia y al olvido.

Desechemos, pues, las leyendas, pero recordemos con ánimo de aleccionarnos, que, si en todas partes el aislamiento es penoso, no hay aislamiento más frío, más desolado, más cruel, que el de nuestro ambiente político cuando se ha perdido el éxito, porque en tal caso las virtudes, los talentos, los méritos, los servicios, poco valen para disipar la penumbra que se abate sobre el momentáneo o durable ostracismo. ¡Fuertes son, sin duda, los que conservan su ánimo de labor y su voluntad de seguir adelante, bajo tales influencias!

En su altivez sin ostentaciones Rodó hizo su turno de prueba, con firmeza, afrontando las circunstancias como un destino natural. Tal vez fuera que en su alma sencilla, nutrida de abnegación, no existió siquiera la sospecha de que las horas adversas pudieran ser menos justas que los instantes pasajeros del éxito político. Y así, al partir, aunque triste, sus últimas palabras fueron de aliento patriótico para la juventud, de concordia nacional, de esperanza generosa, de confianza en las ampliaciones futuras del bien común.

Orientados sus pasos por la polarización de sus visiones, Sicilia, Venus del Jónico, le ofreció por entero sus encantos, como una amante comprendida y admirada, a quien el soñador que llega de lejanas tierras, le expresará su afección en apologías cristalinas, que, fatalmente, a manera de un nuevo canto del cisne, debían pagarse con la vida.

Digna tumba, al fin, de un corazón que unía a la inspiración latina, el amor de la belleza helénica, que era

romano por su culto a la raza y griego por su adoración a las supremas deidades de la estética; porque, en realidad, Sicilia retiene la herencia de las viejas civilizaciones, de los múltiples orígenes del saber. de todos los prodigios de imaginación y pensamiento en el transcurso de las edades. Aún muestran allí su esplendor artístico los palacios sarracenos, moradas seculares de reyes y príncipes, los templos normandos de arte y riqueza incomparables; los mármoles griegos, las ruinas sugestivas; en sus bosques, al lado del naranjo de eterna flor, crecen los arrayanes y el mirto de las bucólicas; perdura allí la mitología con sus dioses, resplandecen aún los altares astronómicos; Eolo vive en su caverna, Vulcano maneja las fusiones étneas, los Titanes conservan su escenario; y cuando el mar se irrita, va a sacudir su cabellera de espumas sobre los negros frisos de Scila y Caribdis. Tras Virgilio, verdadero Ariel por la elevación de la mente y la humanidad del ideal, cruzan las evocaciones de Homero, de Ovidio, de Teócrito y Píndaro, pues cada piedra, cada árbol, cada animal hablaba de ellos; así como ellos se concentraron en aquella naturaleza extraordinaria, la fuente inagotable de sus fantasías e inagotables lirismos.

Es allí donde el poeta vence al tirano y el arte noble a la barbarie, cuando el normando cambia el cetro por la lira y las tragedias se transforman en idilios; es allí donde fracasa el invento infernal de Fallaris, cuando las rotas entrañas del monstruo, en vez de engendrar la esclavitud, producían, con la calcinación humana, las semillas de libertad, que más tarde debían florecer en Juan de Prócida y en los Barones de la Sicilia emancipada.

Digna tumba, sí, de nuestro glorioso pensador, humilde como su modestia, la que fué abierta allí, en la tierra, a modo del ara gramínea de los antiguos, vigilada por el gigantesco monte Pelegrino, a dos pasos de la onda marina, bajo el amor de una naturaleza eterna-

mente dulce, que combina las maravillas del sol y del mar con el cielo sin nubes y las montañas desvanecidas en la inmensidad azul, mientras flota en la atmósfera, siempre igual, el perfume de los azahares perennes.

Refugiado en su meditación, sin interés por las comunicaciones verbales, Rodó fué singularmente silencioso y huraño en sus últimos días. A nadie dió acceso en la intimidad de su condición y de sus dolores. Se dejó abatir por aquel mal todavía sin calificación definida; envejeció de pronto, y una noche la caridad pública lo transportó a su lecho de muerte, donde terminó de extinguirse, sin hablar, ignorado, como simple guarismo de una hospitalización común, sin que los testigos del drama tuvieran siquiera el presentimiento de que allí finalizaba una vida singular y excelsa. Pero al desprenderse de la mísera desolación, su brillante espíritu, ave de las cumbres, debió ascender sobre las tierras mitológicas, sobre la cresta de los Titanes, sobre el sitio de los Dioses, para entrar dignamente, majestuosamente, en el reino de las magnas sombras y de los signos inmortales.

Como fruto de un misterioso fatalismo, aparecen siempre, frente a esos talentos excepcionales, ciertos criterios dogmáticos, inflexibles, que, llevados de una acritud gratuita, llegarían, a veces, si pudieran, a macular la nieve de las alturas, a herir el ala del ave inabordable o a oscurecer las más puras fulguraciones del firmamento. Si algo de eso hubiera existido en el caso de Rodó, sería mejor; porque esas representaciones del contraste llenan su función en el mecanismo de la vida, y el fondo sombrío parece indispensable para realzar acentuadamente la obra luminosa de los genios.

No pudiendo enaltecer con mi elogio la obra de Rodó, no quiero empequeñecerla con mi defensa, ni creo que sea esta la hora de analizar en el sentido literario o sociológico. La realidad está ahí. Los autorizados la proclaman como hecho definitivo, invariable, en la certeza

de que el tiempo y las sanciones futuras la confirmarán, — y aún harán más grande y' más fulgente la gloria, que hoy recoge la República para agregarla al caudal de sus prestigios intelectuales.

Rodó, — primer estilista, en América, del habla castellana, — no puede hacer obra de regionalismo, porque era filósofo. Su pensamiento, en la amplitud de extensión y profundidad, pertenecía a todos los hombres, porque la condición humana era su materia, y, sin escribir particularmente para nadie, Rodó escribió para el mundo. No tuvo la pretensión de enseñar, pero la agudeza de su mente y las revelaciones de su espíritu, formaron esos textos de suprema enseñanza, que seguramente nuestras generaciones del porvenir encontrarán tan bellos, tan puros y saludables, como lo juzgamos y sentimos en el presente. En eso Rodó fué maestro.

Practicó la noble pedagogía del bien, de la perfección moral; soñó con la pureza psíquica de la especie; su mentalidad, expansiva y pródiga, fué educadora de almas; combatió las rebeldías estériles, pero fomentó aquellas que forman el carácter y lo ennoblecen; enemigo de fórmulas y' sistemas despóticos, estuvo al servicio del derecho y de la justicia: pensó en los humildes y enseñó el desprecio de las ventajas materiales cuando éstas no comprenden el goce de la libertad y' del decoro.

Su espíritu magnánimo rebosaba en ideales democráticos, mantenidos con fe de creyente, pero había en él, al mismo tiempo, una suerte de aristocracia mental, de pulcritud psíquica, que lo apartaba de las nivelaciones demagógicas, señalándole el abismo existente entre la libertad y la anarquía, y la semejanza que también existe entre el despotismo en manos de la muchedumbre. Y como la democracia carece de una corporización fija y de preceptos positivos,—siendo más bien una aspiración sometida en la práctica a la voluntad variable de los hombres, Rodó fué demócrata en el sentido de su aspi-

ración a mejorar la condición del pueblo, a aliviar la suerte de los desgraciados, a fortalecer los ánimos para las luchas de transformación fecunda; quiso dar fines nobles a la vida, embellecerla y aclararla en cuanto es posible; y con sus libros y con sus actos enseñó la fraternidad, la hidalguía, la rectitud y el desprendimiento. ¡He ahí su calidad de maestro!

Aquel hombre extraño que nunca fué joven, pues nació con la amarga madurez de todas las verdades, — que no conoció el encanto de la edad que la propia naturaleza ha destinado a la ilusión y a los sueños frívolos, — que quizá no conoció ni aún ese dulce engaño de las almas enlazadas por el amor, — vivió únicamente para sus creaciones internas, para la objetivación de sus ideas, para su obra, para elaborar con una obstinación mística, en medio de las luchas vulgares, esta gloria brillante que ahora recae, como augusto legado, en beneficio moral de la patria.

Y la patria, señores, ha empezado a pagar en este día, dignamente, su deuda de gratitud y justicia. Rindamos, pues, con unción patriótica, nuestro homenaje a la memoria de aquel insuperable obrero del pensamiento. Que este homenaje de justicia para él, que se ha ido, sirva también para los que vienen, tras las huellas de luz, con los atributos del talento. Y si el voto de concordia nacional formulado por Rodó al despedirse, no encuentra todavía confirmación práctica en nuestra vida cívica, que al menos sea una verdad cada vez que el destino nos convoque a glorificar el genio y siempre que el tiempo reproduzca, para honor de todos, la escena fraternal de este momento, en que el espíritu del maestro, acogido por el amor unánime de su pueblo, alcanza la realidad de sus augurios y perdura triunfante sobre el triste testimonio de la desaparición material.

Discurso del doctor Rodolfo Mezzera, Ministro de Instrucción Pública

Señores:

Sólo la voluntad que realiza el bien es sólido fundamento de gloria; sólo de la inteligencia y nunca de la fuerza brutal. irradia luz y vida; sólo los hombres que han sido virtud, carácter, inteligencia, merecen el homenaje de los pueblos y el recuerdo de la posteridad — decía Rodó frente al féretro por tantas razones glorioso de Juan Carlos Gómez, traído a la patria por la justicia histórica de un pueblo que supo valorar, exactamente, sus méritos de ciudadano esclarecido, y de luchador brillante, alguna vez sombreados por la diatriba o por la pasión. Sobre esa base triangular,—agregaba,—no hay pedestal de estatua que no resista a todas las fuerzas de la tierra.

Frente a estos despojos mortales, traídos también de tierras extrañas, estremecidas aún por su último destello, puede afirmarse, mejor que en ningún otro caso, que se han reunido esas tres calidades básicas donde ha de asentarse sólidamente, por los siglos de los siglos, la estatua que recuerde su gloria y su arte.

Realizó el bien; irradió luz y vida de su inteligencia portentosa; fué virtuoso hasta en el detalle; tuvo firmeza de carácter en los días felices y en los reveses trágicos; tuvo la inteligencia de los poetas y de los filósofos, y porque así lo hizo y porque así lo fué, recibió durante su

vida el homenaje de los pueblos y recibe ahora la austera consagración de la Historia y de la posteridad.

Pocas veces en la vida de nuestro pueblo, — y por qué no decirlo si es verdad, — pocas veces en la vida de los pueblos la muerte de un hombre provoca movimientos tan grandes, tan universales, tan espontáneos, tan llenos de intensa y vívida emoción como estos que rodean a nuestro ilustre muerto.

En todo el pueblo uruguayo sin distingos banderizos, sin divergencias filosóficas, sin exclusiones de ninguna clase, que se concita y que se congrega para testimoniar su dolor frente a la tremenda injusticia que nós privó, — en plena florecencia de prodigio, — del espíritu cien veces heleno del maestro de idealismo de la juventud de América.

Son todos los pueblos de América, nuestros hermanos en esta gran patria colombiana, que llegan hasta nosotros con sus coronas de roble y de laurel y con su homenaje de reverencia y de dolor, son todos los pueblos del continente que dicen por boca de sus académicos y de sus oradores su pensamiento colectivo, y demuestra cómo y hasta dónde la personalidad literaria y artística de Rodó había traspasado las fronteras de la patria, vibrando con la suave entonación de su dulzura infinita por sobre las pampas inmensas y por encima de los picachos enhiestos, repetida como un eco lejano y sonoro encargado de infundirles un pensamiento y un ideal comunes.

Y no podía ser de otro modo. Cuando todas las naciones de América estaban ensimismadas frente a los problemas, cada día más inquietantes, de su desenvolvimiento y de su progreso; en momentos en que toda la humanidad tenía el pensamiento fijo en la determinación de los valores morales que debía incorporar al balance de un siglo agonizante para presentarlo al siglo nuevo como la herencia legada por los anteriores y en-

riquecida por el esfuerzo propio, una sola voz se dejó escuchar. Aquella voz, que fué suave y rítmica, mezcla primorosa de armonía y de sinfonía, salpicada por un incesante movimiento de alas en ansias de un vuelo, fué la voz de "Ariel" que llegaba para sacudir la inercia de la juventud americana, desconocida y aislada, permanentemente condenada a la inacción y a la rutina.

Ese llamado a la juventud de América, que tuvo la virtud de sacudirla y despertarla, es un monumento imperecedero, no sólo porque está tallado en una prosa impecable, sonora como una música, y de la que podría decirse que ha alcanzado las condiciones que Flaubert pedía para la propia: la de ser dura como el bronce y resplandeciente como el oro, sino, — en más alto grado, — porque es el primer gesto realizado en pro de la solidaridad de América, es la primera manifestación de americanismo, que completada y ampliada, parece haberse concretado ya en nuestros anhelos, en nuestros pensamientos, en nuestras orientaciones definitivas de la política internacional y hasta en los íntimos goces de nuestra afectividad y de nuestro sentimiento.

¿Quién se atrevería a negar que las páginas inmortales de "Ariel" han sido, en realidad, las estrofas de un verdadero himno de América? ¿Quién ignora que desde hace veinte años cada uno de sus párrafos ha sido repetido como un evangelio y enseñado, de generación en generación, como el más alto ideal a que puede aspirar la elevación moral del continente?

Esta faz de la vida de Rodó, — quizá la más eficaz y realizadora, — tiene que ser destacada a pleno sol, porque de ella deriva uno de los acontecimientos más trascendentales que registra la historia de los últimos años: la verdadera comunión espiritual de América.

La prédica de "Ariel" no fué como una de esas manifestaciones de arte que los hombres buscan para su deleite frente al cansancio o a la decepción. Fué brillante

como una estrella y fecunda como semilla. En la perfección de sus líneas, en la finura de sus aristas, en la grandiosa concepción de sus ornatos, en los bajorelieves llenos de una real hermosura, el artista había depositado un gran poder comunicativo, una gran fuerza de simpatía, un acicate poderoso para sacudir la voluntad ajena en la tarea del ideal y del bien.

Y por eso fructificó de inmediato. Entre nosotros un joven de recia estructura moral y de una clarividencia luminosa realizó aquella prédica. Héctor Miranda, planeando y celebrando la primera reunión de la juventud estudiosa de América, acercando, en la realidad, a sus pueblos hasta entonces divididos por las murallas infranqueables de sus fronteras, concretó el pensamiento de "Ariel" y por eso pienso que sus dos nombres deben marchar, — en planos diferentes y con proyecciones distintas, — pero permanentemente unidos cuando se estudie y rastree los verdaderos orígenes de este movimiento intelectual y afectivo que desea hacer de América una fuerza constante y poderosa de idealismo honrado y realizador.

Sus dos nombres, — que figuran al frente de los dos centros encargados de repartir, entre nosotros, el provecho inapreciable de la enseñanza media, — tuvieron la virtud de apasionar, de convencer, de interesar al nuevo mundo.

Son dos ejemplos envidiables. La muerte del uno y sus rememoraciones aniversarias congrega un movimiento de los universitarios de América que glorifican en él al iniciador de los fraternos encuentros que al poner en contacto las diversas universidades y los representantes más esclarecidos de sus claustros, sellan definitivamente la configuración moral de una nueva fuerza que, tarde o temprano, pero seguramente, ha de pesar en las decisiones que orienten la marcha triunfal de la humanidad. La desaparición de Rodó, lleno de vida, con un amplio

programa de ideas por delante, con una fuerte voluntad de trabajo, con un inmenso bagaje de bondad, con un dominio absoluto del arte del buen decir, provoca esta grandiosa manifestación sin antecedentes, inigualada, que desborda los límites de la patria y traza una diagonal de luto y de dolor en el continente colombiano.

Rodó, señores, obtuvo su reputación merced a esa obra. Alguien ha escrito en alguna parte que las reputaciones de los hombres son hijos tardíos del tiempo. Esa verdad se afianza frente a estas excepciones. La reputación indiscutible de nuestro gran prosador nació el mismo día que se leyeron por vez primera los pensamientos de "Ariel", aplaudidos y celebrados con una unanimidad continental difícil de conseguir. Cada nueva producción de Rodó afianzó, para siempre, el prestigio alcanzado por "Ariel". A la verdad que para juzgarlo no se necesita escoger ningún trozo de su prosa inimitable. Puede abrirse a la casualidad cualquiera de sus libros, puede leerse cualquiera de sus discursos o cualquiera de esas producciones nerviosas, febricantes, ordenadas con urgencia por la presión poderosa de los acontecimientos de la vida diaria que no dejan mucho tiempo ni a la reflexión ni al arte, y en todas ellas se encontrará la profundidad del concepto, la perfección de la forma y la impecable justeza del adjetivo.

Es así como las estrofas musicales y finas del gran Darío, que pudieran sospecharse hermosas gracias a un hábil mecanismo del lenguaje, no pierden su encanto y su deleite cuando son expresadas por la prosa también musical de Rodó; es así como las elucubraciones del político adquieren la serena gallardía de una obra de arte, en la que el escultor se hubiera esforzado en velar la severa rigidez del símbolo con la suave ondulación de la línea; es así como la inflexibilidad de sus ideas, sin ceder un palmo a las ideas ajenas, adquiere, en la suavidad de

su lenguaje, siempre enérgico pero siempre respetuoso, la forma de una sagrada tolerancia.

Hablar de la tolerancia de este gran espíritu selecto, — a cuya consagración patriótica asistimos, — es tributarle el más grande y merecido homenaje.

Cuando un pueblo es capaz de una consagración tan espontánea, tan sentida, tan llena de corazón como esta, es porque es un pueblo capaz de sentir, de comprender, de realizar.

Sintamos, comprendamos y realicemos, que el ejemplo vivido de tolerancia está todavía frente a nosotros.

Si esta nuestra despedida fuera también como la de Próspero, el sello estampado en un convenio de sentimiento y de ideas, de un convenio que tuviera por único objeto el de tolerarnos, de respetarnos en nuestras virtudes y hasta en nuestros errores, habríamos levantado la estatua más imperecedera a que podría aspirar un filósofo-poeta, porque habríamos decretado días definitivos de ventura y de trabajo para la República.

Señores: — Señor embajador: El Consejo Nacional de Administración, que tuvo el honor de cumplir el mandato legislativo de reempatriar, con los más grandes honores los restos de José Enrique Rodó, al entregarlos a la custodia de sus conciudadanos, los cubre con las flores de su admiración y de su respeto.

**Oración fúnebre del doctor Víctor Pérez Petit,
pronunciada en nombre del Comité Nacional de
Homenaje y del Centro de Estudiantes de De-
recho, en el sepelio de José Enrique Rodó.**

Señores:

“Invoco a Ariel como mi núnen. Quisiera ahora para mi palabra la más suave y' persuasiva unción que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada.—Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.”

¿Recordáis estas palabras? Son del mismo admirable Maestro que hoy traemos aquí, en nuestros brazos, para entregarlo a la tierra, para ofrendarle con todos los mirtos y laureles de nuestra incommovible admiración. ¿Quién otro, sino él, podía labrar conceptos magistrales en formas tan serenas y puras, que no parece sino que la idea cobra relieves de mármol para ser más límpida y eterna?

Desde el pórtico de su templo deslumbrante, como un Partenón florido en la nieve del Paros; desde el pórtico de su *Ariel* soberano e indestructible, Próspero, el mis-

mo Maestro, ha dicho las grandes palabras que caen en el surco de las almas juveniles como simientes de luz; y ahora, a manera de tributo recordatorio, el más digno de nuestro gran muerto, — porque sólo sus mismas palabras son dignas de él, — yo he querido recogerlas aquí, yo he querido ampliarlas, porque hablar de Rodó, porque hablar de la obra de Rodó al pueblo y a la juventud, es también "un género de oratoria sagrada".

Sé que algunos espíritus racionalistas, deslumbrados por las ideas nuevas que han hecho flamear a los vientos del septentrión los "profesores de energía", procuran amenguar la gloria de Rodó, discutiendo algunas de sus premisas o asaltándole en los detalles de su pensamiento, como si fuera posible disminuir el tamaño de una montaña arañándole partículas de arena o extinguir la lumbre de un astro analizándolo con el espectroscopio. Bien se me alcanza que en los dominios de la ciencia sabe la discusión de todos los postulados y que en el reino del arte, la crítica de todas las formas y escuelas. La ciencia, ha dicho Víctor Hugo, se corrige a sí misma continuamente, y esa es la condición esencial de su progreso; el arte, en su exteriorización, está sujeto a los caprichos de una época, de una doctrina y hasta de una moda. Pero, hay algo, señores, que es inmutable en el espacio y el tiempo, — y es el genio del hombre en la ciencia o en el arte; hay algo que está por encima de las preferencias personales y de las ideas transitorias de las multitudes, y es el ritmo de un pensamiento que, libres sus alas, escala las alturas, planea sobre los horizontes y ahonda en el porvenir como una aguja de diamante, imponiéndose a todos por la virtud de su propia fuerza, por la magia de su recóndita belleza. Y es por ello que, a pesar de la contradicción filosófica de aquellos espíritus racionalistas, todos los amantes de la belleza, todos los servidores de la ciencia, se inclinan ante el varón

excepcional que alza sobre la enorme cordillera humana el señorío y la dignidad de una cumbre.

Vosotros habéis venido a honrar aquí a Rodó: vosotros, los que en un gesto piadoso de reverencia patriótica, fuisteis a recoger sus restos allende el Atlántico para traerlos al seno del terruño; los que en caravana doliente habéis desfilado ante su túmulo de la Universidad; los que ahora os acercáis al panteón que guardará sus cenizas, reverentes y emocionados, porque habéis sentido allá en la entraña de vuestra conciencia libre que honrar a un gran hombre es también honrarse a sí mismos.

Es a vosotros a quienes hablo, pues, a los que habéis amado y reverenciado al Maestro; a los que habéis bebido en la clara linfa de su prosa transparente, aquella virginal frescura que fué un tiempo, en el cauce de la regia prosa castellana, en los jardines de Cervantes, de Quintana y de Quevedo; a vosotros, los que, vibrantes de entusiasmo, sedientos de ideal, trémulos de fe, os habéis aproximado religiosamente, con la divina emoción de los neófitos, al altar de su espíritu todo encendido de luces, todo embrujado de fragancias: es a vosotros a quienes hablo, a los que podéis comprenderme, porque habiendo creído en el Maestro os halláis en estado de gracia para comulgar con su doctrina.

En nuestra América y entre esa asamblea de cumbres grandes que son Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, Rufino J. Cuervo y Juan Montalvo, nuestro Rodó es cumbre altísima que destaca su imperio y su grandeza. Su gloria ha sido proclamada, con una unanimidad absoluta, por todos los maestros, por todos los directores del pensamiento hispano-americano. Apóstol de la solidaridad de nuestros pueblos, soberbio profesor de idealismo, moralista que ha hurgado en la psiquis del hombre para desentrañar las virtudes de la

energía, — y' con todo eso, espíritu abierto, como ninguno, a la tolerancia y al eclecticismo, que son la doble grandeza del corazón y del cerebro, — su verbo clamó sobre el continente como un *hossanna* de gloria, despertando las almas a la vida del Amor, del Deber y la Belleza. Jamás escritor alguno, en tierras de América, hizo sonar su voz con más imperio, ni logró más prosélitos, ni se adueñó de más voluntades y simpatías. Jamás en el Uruguay, cuna de libres espíritus y de pensamientos claros, floreció artífice más incomparable, de una perfección verbal tan absoluta y pura, como este mago de la palabra escrita.—Grande en todo, de un aliento homérico, de un vuelo arrebatado, su pensamiento se alzó un día sobre esta margen del Plata, donde se nieva el caserío de su ciudad natal, de su querida Montevideo, y fué a saludar, en la figura ática de Juan M.^a Gutiérrez, la radiosa intelectualidad argentina que culminaba, en el reino del pensamiento, la obra redentora de los soldados de Mayo; traspuso luego los horizontes, culminó los Andes con aletazos de cóndor y' fué a rendir homenaje, con palabras de gloria, con palabras fraternales de honda y sincera solidaridad sudamericana, el Centenario excelso de Chile, el día inmarcesible del gran pueblo del Pacífico: siguió después su ruta encumbrada, batiendo en el azul sus rémiges poderosas, empapado de luz, ceñidas las sienes de astros, y allí "donde los Andes del Ecuador convergen al nudo de Pasto, en formidable junta de volcanes", para honrar a otro grande y noble pueblo hermano, cantó la reyecía de Montalvo con los acentos del que fué su digno par y del que, siéndolo, experimenta orgullo y no celos al honrarlo; prosiguió aun su vuelo caudal, infatigable y victorioso, y esta vez fué, para gloria de Colombia y Venezuela, que su himno saludó a Bolívar, al épico soldado que, en los albores del día americano, iba ensanchando las fronteras de las pa-

trias al galope arrollador de sus escuadrones libertadores; y descendiendo al fin de las alturas alucinantes, para planear un momento sobre aquel mar de las Antillas, donde descansan "como bandada de gaviotas" blancas islas que amó José Martí, soñando siempre con la unión fraternal de todos los pueblos que balbucearon en el mismo idioma sus primeras palabras en la cuna que meció la misma madre, grande como nunca, profético como siempre, arrebatado y juvenil, buscó el último baluarte de nuestra estirpe española, el más avanzado fortín de nuestra idealidad latina, erguido ante los hombres de otra ideología y de otra sangre, y allí en el corazón de Méjico hizo su nido, enarbolando su *Ariel*, para proclamar al mundo que los que han nacido en tierras de América y los que han abrevado en las fuentes de la latinidad, ni reniegan de su ideología excelsa, ni se avergüenzan de llamarse americanos.

Ese era Rodó, señores: el que predicó la unión y la confraternidad de todos los pueblos americanos; el que tuvo a orgullo celebrar los próceres y lumbreras del nuevo continente para evidenciar que ante los más altos y grandes del viejo mundo no les cedían ni en honra ni en grandeza; el que cantó el más soberano himno al ideal de nuestra raza que los tiempos hayan oído jamás; el que nos enseñó, en las páginas robustas y ciclópeas de *Motivos de Proteo*, a educar nuestro yo, a ennoblecernos, a reformarnos, a hacernos dignos de nuestra edad y de nuestros hermanos; el que, en el mismo libro, denso de virtudes positivas, celebró la magia y la virtud de la voluntad, del ejercicio de la energía humana, con ejemplos gráficos como el del pueblo de Holanda y con parábolas luminosas como la de "La pampa de granito"; ese fué Rodó el que nos dió ejemplo de tolerancia con su "Liberalismo y Jacobinismo"; el que nos enseñó a amar y respetar a nuestros grandes hombres, ensalzan-

do la memoria de Juan Carlos Gómez, cuando la piedad nacional, en ocasión como la presente, trajo al solar nativo los restos de aquel gladiador del coso periodístico, que había combatido contra otros pujantes paladines, hermanos de él en la gloria del mármol; ese fué Rodó, señores, el que además de pensador y de maestro, el que, además de moralista y guía de la juventud, fué un incomparable artífice de la palabra escrita, legándonos, para gloria de su nombre y para orgullo de su patria, páginas inmortales de una tan sobrenatural belleza, que para encontrarles semejantes, fuerza nos es abandonar nuestros tiempos mezquinos, remontar el río enorme de la literatura castellana y llegar a la entraña misma del gran siglo de oro, al siglo de los señores y príncipes del idioma, los solos, los únicos iguales de nuestro gran Rodó.

Pero, ¿a qué insistir en lo que está en la conciencia de todos? La justa nombradía de que goza hoy, en América y España, nuestro ilustre escritor, está hecha, no por virtud de amigos complacientes o de analfabetas multitudes, sino por el consenso y el aplauso de los grandes escritores y críticos contemporáneos, por el acatamiento y veneración de los más ilustrados pueblos de América. — Don Juan Valera, Leopoldo Alas, Miguel de Unamuno, Cristóbal de Castro, Luis Araquistáin, Ramiro de Maeztu, Salvador Rueda, Rubén Darío, Blanco Fombona, Gonzalo Zaldumbide, Armando Donoso, Andrade Coelho, Ernesto A. Guzmán, Alberto Gerchunoff, Pedro Prado, Bunge, Quesada, cien otros aún, han entonado las loas de Rodó, y con ellos, los centros culturales, los más prestigiosos y dignos de Sud América, el grupo fulgurante y avanzado que escribe y combate en la gran revista argentina *Nosotros*, la sociedad de Santiago de Chile, las de Perú y Bolivia, aquella Atenas del Norte que es Caracas y sus dignas rivales Barranquilla y Bo-

gotá en Colombia, el Ateneo del Salvador, la Habana, Méjico, todo lo que es pensamiento y arte, todo lo que es ilustración y progreso en nuestro mundo, en fin. Es una consagración única y formidable, altísima e indiscutible, que nos ratifica, en esta gran hora de dolor, lo que nos decía en el Parlamento, hace algún tiempo, al conocerse el deceso de nuestro malogrado amigo, el doctor Buero: "Rodó fué un ciudadano sincero y honesto, que prestó a su país el más grande de los servicios: el servicio de hacerlo célebre por la cultura eminente del arte y de la poesía".

Ahora, este gran corazón está mudo, esta soberana inteligencia ha cesado de fulgurar.—Dolientemente, desamparadamente, sin unos ojos amigos que recogieran su postrer mirada, sin unas manos fraternales que despidieran la suya en el momento atroz de la partida, sola, aislada, quién sabe con qué mundo de añoranzas y de tristezas, su pobre alma solitaria se fué, allá, lejos, en una tierra extraña, en una revuelta cualquiera del camino. Mudo, reconcentrado, sin una protesta, sin un consuelo, se fué el grande, el luminoso espíritu, lo mismo que había vivido: en silencio, calladamente, terriblemente solo. Concluído está el ciclo de su pasaje por la tierra; la luz de su pensamiento se ha ahogado en la tiniebla sin fin; y'a su pluma maestra, única, incomparable, no trazará jamás los conceptos inmortales que quedaron escondidos en el fondo de su alma; su nombre, su nombre inmenso y glorioso, será tan sólo un recuerdo en la historia literaria de su patria, un sollozo en el corazón de sus últimos amigos. Pero su obra, su obra soberana e indestructible; la luz que irradia de ella, im-percedera, persistirá a través del tiempo, sojuzgará las generaciones que vendrán, como el resplandor de esos astros, perdidos en un rincón del cielo, en las soledades del infinito, que muertos y apagados ha millares de años,

continúan viviendo ante nuestros ojos con la luz que irradió de ellos en el período deslumbrante de su actividad.

Señores: en nombre del Comité Nacional de Homenaje a la memoria de Rodó, que me ha escogido para llevar su palabra en este acto, más que por mis títulos intelectuales, por la antigua y profunda amistad que me unió al ilustre muerto, y en nombre también del Centro de Estudiantes de Derecho, que me ha honrado con idéntico cometido, y que yo he aceptado por los respetos y simpatías que siempre me ha merecido la juventud estudiosa, yo me inclino reverente ante su tumba, saludando su memoria como la más alta de la literatura nacional. El lugar que deja vacío este espíritu enorme, no podrá ser llenado fácilmente, porque espíritus así, de una potencialidad tan excelsa, no son comunes en el siglo. Si en el reino de la letras rigieran las fórmulas cortesanas de las cortes palaciegas, nuestras pobres almas atribuladas se hallarían en el trance de no poder proclamar sucesor: ¡el Rey ha muerto! ¿qué heraldo revelador podría ahora, desde las ventanas del palacio, regocijar los ámbitos con el grito de ¡viva el Rey!?. Ya lo véis; este silencio nos dice lo inmenso e irreparable de nuestra pérdida.

Rodó, amigo de mi juventud, hermano mío, descansa en paz.

He dicho.

Discurso del doctor Carlos María Prando

Señores:

El Consejo de Enseñanza Secundaria y Preparatoria, me ha confiado el nobilísimo cometido de traer en su nombre y representación a estas honras fúnebres que son a la vez homenaje de apoteosis, su ofrenda de gratitud y su tributo de admiración.

Deber de gratitud para con el maestro que honró sus claustros al prestigiar la cátedra de literatura con su autorizada enseñanza plena de sabiduría, en armoniosas vibraciones estéticas.

Pleitesía de admiración para el supremo artista, que en la prosa de América ascendió a la más alta cumbre del pensamiento universal, para encender en ella, a la manera de las liturgias asiáticas, el fuego de su verbo y de su inspiración, que es antorcha que señala con acierto los derroteros salvadores a los caminantes extraviados en las inquietudes de la duda o en la amarga tristeza de los desencantos, y que en las noches serenas al proyectarse en el velo de las sombras su luz tranquila, parece el astro anunciador de una nueva constelación.

Traigo también de esos claustros amigos y fraternales, donde las almas que despiertan a los anhelos de la vida superior, conservan intactas las ingenuas imágenes de sus deseos juveniles, un mensaje de amor reverente, que llega deformado en mi expresión, pero que se mantiene enérgico y profundo en mi sinceridad.

Profesor de idealismo, predicador de belleza, rapsoda incomparable de las dos verdades eternas, que, indiferentes al tiempo y al espacio, parecen el alma suprema de la vida manteniendo su imperio en los dominios misteriosos de la conciencia humana.

Fuerza inmutable y omnipotente, vieja como Cronos, y joven como la ilusión, la Belleza, paraje azul, inmaterial y quimérico, continúa planeando en el espacio infinito de nuestra fantasía contemporánea, enferma de cientificismo, con la misma gracia cautivante que conquistó para su cópula fecunda el espíritu elemental de los hombres primitivos.

Es aquel espíritu de Dios que en la leyenda bíblica flota sobre las aguas creadoras del mundo, que sigue flotando en las aguas inquietas del deseo, forjadoras de nuestra perfectibilidad.

Soplo de inmortalidad, página siempre en blanco de las ensoñaciones, luz radiante de los desconuelos, miraje de ignorados horizontes, "sursum corda" de los salmos litúrgicos, la esperanza, fibra encendida de nuestra voluntad y madre generatriz de nuestros heroísmos, sigue siendo y lo será por siempre, inspiradora de nuestra acción y poderoso estímulo de nuestras conquistas.

Belleza y esperanza, términos ideales de nuestra perfección moral, en la que el alma redimida de los toscos movimientos del instinto, gusta, en la realización desinteresada de las nobles empresas, el placer inefable de reposar en el seno de la propia divinidad, tal es la síntesis constructiva del pensamiento filosófico de Rodó.

A la acción, por la belleza ideal, que no hay ningún esfuerzo estéril cuando la voluntad es firme y la dirige un propósito excelso; a la acción, por la noble verdad de nuestros destinos superiores, incorruptible a los halagos sensualistas de las bajas pasiones; a la acción, por el bien con una total generosidad para cualquier iniciativa,

que traiga consigo el tono emocional de un sincero entusiasmo, a la acción por la justicia, sin dogmas que nos limiten en nuestra potencia radiante y con la suprema piedad de una absoluta tolerancia que sólo se detiene en "la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos".

Tal dijo su voz armoniosa al conjuro de Ariel; y ese verbo fué vida que despertó en todo un continente a los valores espirituales adormecidos en el marasmo de las energías utilitarias, y fué alondra que anunció en la obscuridad de las conciencias las claridades de una nueva aurora.

En medio del positivismo dominante de la época, que sólo afirmaba las excelencias materialistas, surgió como un iluminado que viniera del fondo de las edades con el testimonio irrecusable de la historia, para proclamar el vano empeño de esos esfuerzos efímeros condenados a muerte.

Y fué, cuando los dioses y la suprema razón enmudecían en los altares abandonados, porque el culto de un torpe sensualismo, inspiraba las más groseras manifestaciones de la naturaleza; cuando el ensueño de los clásicos, de los místicos y de los románticos, se hallaba confinado en los sórdidos dominios de las conveniencias utilitarias, mientras los energéticos buscaban en el ceno materialista el barro propicio para sus realizaciones, y cuando aquel espíritu del Atica, que germinaba en el placer del ocio noble, consumía sus más puros afanes en el estéril yermo de las codicias púnicas; y hubo en su prédica tanta eficacia y tanta donosura en su decir, que el idealismo sepultado en la vorágine de esa fiebre utilitaria, trató en sus enseñanzas como en las excavaciones de los arqueólogos los mármoles clásicos en la triunfal soberanía de su hermosura.

No dijo verdades nuevas sino verdades olvidadas, por-

que en el equilibrio de su inteligencia, no hubo espacio para las osadías verbalistas que sólo expresan una vanidad personal.

En su lucidez mental, cobró certeza, el profundo convencimiento que el aceite que arrojamos en las luminarias de la idea, de antiguo encendidas a lo largo del camino que nos conduce hacia el misterio, por el sentimiento religioso de los pueblos de Oriente y el sentido crítico de la civilización pagana, podrá dilatar su poder lumínico en la masa densa de las sombras, pero siempre nos tendrá aprisionados en su cono de luz.

Comprendió como pocos y en nuestro ambiente como ninguno, cuán inútil es la jactancia de los innovadores, frente a la sonrisa enigmática de la suprema incógnita.

Su entendimiento aguzado en profundas reflexiones, huyó de las especulaciones abstractas que perturban la emoción sensitiva de la vida, y discurrió sobre la superficie amable de las cosas, como discurren los ríos, que sin preocuparse de los cursos de agua que los alimentan, se deslizan hacia su ignorado destino, reflejando en imágenes de cristal sobre la onda líquida la hermosura siempre cambiante de las riberas.

Pasó junto a Isis, sin profanar el secreto de sus velos.

No es dogmático, ni exclusivista; es ecléctico y expansivo. No supo de rigideces geométricas porque quiso vibrar en múltiples vibraciones y plasmar en variados modos. Su filosofía, no es asunto permanente de su capacidad investigadora, es un motivo para sus prédicas morales y un pretexto escogido para su literatura.

Más que un filósofo, es un artista.

Es un artista, por la armoniosa serenidad y la amable indulgencia de sus ideas, que jamás adoptan el gesto huraño del escéptico ni se aduermen en las vacilaciones de la duda.

Es un artista, por la euritmia elegante de sus movi-

mientos espirituales envueltos siempre en la gasa inapalpable de lo vago y lo sutil:

Es un artista, por el dón cautivante de su optimismo, que encierra en su urdimbre, cual si fuera la caja de Pandora, la divina esperanza, consolatriz en la fórmula del estoico emperador.

Es un artista, en sus profundas devociones por la belleza, y es su doctrinario, pues sintió su poder comunicativo, que logra por sugestión en las realizaciones de lo bueno y de lo justo, lo que el raciocinio no suele alcanzar por la aridez de sus métodos, y tuvo como pocos, en fina y sagaz penetración, la cualidad inefable de enseñarla con gracia.

Pero ante todo y por encima de todo, es un artista por su clásico sentido de la proporción y de la medida, que ha logrado imprimirle a su estilo un marcado sello helénico en la elegante sobriedad de sus imaginaciones y en la cuidada selección y propiedad de sus vocablos.

En él hay forma y ritmo; es musical y apolíneo; es un estilo estatuario; las grandes líneas y los pequeños detalles, los relieves y los contornos prolijamente cuidados, cobran la placidez armoniosa de los frisos antiguos.

Quien penetre en "Ariel" y en "Motivos de Proteo", se sentirá transportado por arte de encantamiento, a un sereno lago de esmalte; el cobalto de los cielos difundiendo su luz azul en la tersa superficie de las aguas, despertará a las ondinas del ensueño, dormidas en su seno profundo; el rumor de la vida que palpita en las orillas llega en ondas suaves y dulces como el canto melodioso de invisibles sirenas, que excitan en nuestros deseos el noble afán de generosas empresas; y el viento de las pasiones que siembra el mal y el egoísmo entre los hombres, a su contacto es liviana brisa que jamás levanta la curva enerespada de una ola en la libre gallardía de su expansión.

Rodó no dijo ni verdades nuevas ni preceptos definitivos, repitió en momento oportuno lo que otros predicaban en otras latitudes. Pero revistió esas ideas con galas tan suntuosas, que si no tuvo el mérito de haberlas creado, tuvo el mérito excelso de haberlas embellecido.

Si la originalidad de un concepto pertenece en idéntica propiedad aunque en diversa forma, al que la enuncie por vez primera, como al que en su glosa le procure una expresión de nueva belleza, la originalidad de Rodó como pensador y artista debe proclamarse como una verdad.

Así lo entendió la América Latina, que lo escuchó como a un revelador y que en unánime y espontáneo acuerdo lo reverencia como a la figura más representativa del moderno pensamiento continental.

Profesor de idealismos y predicador de belleza, que nos enseñasteis en nuestra educación moral a manejar la voluntad, como un "cincel perseverante" que fuera rectificando los torpes vestigios de la animalidad; que nos mostrasteis en el mito de Proteo encendido con diáfana nitidez, en parábolas transparentes, el escondido secreto de nuestra perfección; recibid la ofrenda de los claustros universitarios, donde iniciasteis vuestras primeras enseñanzas y donde vuestro espíritu, como un genio tutelar, presidirá por siempre la noble gesta del saber.

Sembrador que arrojasteis en las almas en flor la noble semilla de vuestras prédicas, que hace de la voluntad un agente realizador de perfecciones en los anhelos de belleza ideal; de la razón, luz que ilumina los impulsos del instinto en nuestras facultades de pensar y de obrar; del entendimiento, amplio y hospitalario refugio de la curiosidad que observa y de la duda que ahonda; del optimismo, esperanza risueña que descubre en las líneas proféticas de las renovaciones, magníficos mirajes de ensueño y de amor; del sentimiento, bálsamo piadoso

para los desencantos; de la inteligencia, molde flexible del deseo en su substancia creadora; y de la ilusión, serena onda de armonía que al vibrar en nuestra alma sabrá comunicarle la juventud inmarcesible de la gracia espiritual; escuchad el clamor admirativo que se eleva en esos claustros amigos, en donde los que recién penetran en los dominios de la idea, enceguecidos por su luz, os extienden los brazos en la actitud suplicante de los náufragos abandonados en las playas sin límites de un mar desconocido.

Maestro de bondad y de sabiduría, de belleza y de amor, que vivís en la inmortalidad de las formas más puras en alas del genio del aire, más allá de las nubes y más allá de los astros, en el vibrante y misterioso azul, recoged esa súplica, y no nos abandonéis, porque aún no ha aparecido entre nosotros el que sea capaz de vencerlos con honor.

Maestro que sabéis de todas las tolerancias porque en vuestro espíritu hubo la noble hospitalidad del rey de vuestra leyenda, recibid nuestra plegaria en la ofrenda que os traemos, en la que hay la perfumada miel de nuestras ilusiones, la encendida rosa de nuestra pasión, el pálido lirio de nuestro desfallecimiento, que al deshojarse sobre vuestra tumba que es la puerta de la inmortalidad, se sienten animados por un extraño dinamismo creador.

Discurso del doctor Francisco Alberto Schinca

Señores:

Traigo a este solemne homenaje a una de las más altas personificaciones de la cultura nacional, la representación de la Cámara de Diputados, a cuyas actividades no fué ajeno este espíritu prócer que supo conciliar su vocación de artista puro, enseñoreado por un ferviente anhelo de belleza, con el deseo no pocas veces imperioso, pero nunca exclusivo, de la sanción y de la lucha. Verdad es que no se dió jamás por entero a las agitaciones y tumultos de la política militante, y que en el hervor y la contienda de las pasiones, en el choque ruidoso de los intereses y de las banderías, acertó a reservar al ensueño de arte y de contemplación desinteresada que decoró y ennobleció su vida, aquel retiro inviolable de que nos habla con avasalladora elocuencia en algunas de las páginas más aladas de "Ariel": aquella íntima Thulé de su alma, soledosa y esquiva, en cuyo extático silencio se desvanece o se atenúa el estrépito vano de las querellas de los partidos y de los hombres. Ciertó es también que no se sintió jamás dominado por las inquietudes y por las preocupaciones de los nuevos tiempos, sobre los que parece extenderse, para iluminarlos y embellecerlos, el resplandor de las desconocidas e inminentes auroras. Como un humanista exilado en una edad desdeñosa de

la ensimismada meditación e invenciblemente atraída por solicitudes utilitarias, sólo hallaba arquetipos de belleza y virtud en los siglos áureos de la historia, en los que se realizó plenamente, según él lo proclama en su diálogo de bronce y mármol, el ideal de perfeccionamiento y bienandanza, que es la constante aspiración de la especie!

Su reino no era, pues, el de la actualidad turbulenta y candente, que fascinó a tantos espíritus de elección, subyugándolos con el espectáculo de sus batallas sin término y de sus vicisitudes tormentosas; pero eso no fué en él una deficiencia o una inferioridad, puesto que el deliberado alejamiento de toda actividad demasiado obsesora y absorbente le permitió acrisolar, depurándolas en la emulación de los más encumbrados modelos, sus privilegiadas aptitudes de escritor y de estilista. Eso fué, desde luego, este preclaro artífice de hermosuras verbales, que no aspiró jamás a la originalidad filosófica, ni se internó con excesiva complacencia en los fríos dominios de la abstracción, ni se aventuró a erigir sobre el suelo de América, aun convulsionado y trepidante, el castillo irreal de una nueva ideología que suscitase en torno de sí un vivo movimiento de curiosidad y de atención. En el coro de las voces que exaltan su gloria, prevalecerá, de seguro, la que celebra en Rodó el inigualable dón de la forma, el poder sugestivo, y muchas veces plástico, de su prosa, admirable de diafanidad y armonía; leve y fluida en las páginas perennes de "Ariel"; musical y sugeridora en el elogio de "Rubén Darío"; trabajada con esmero supremo en los "Motivos de Proteo", que se exornan con la suave y persuasiva elocuencia de sus parábolas inmortales; definitiva y prestigiosa en algunos fragmentos del "Mirador de Próspero", que tienen, como en la burilada semblanza de Bolívar, prodigio del cincel, la exaltación y el arrebató de la oda; menos torturada y perfecta, pero más temblorosa de

emoción y de vida, en "El Camino de Paros", en el que la fugacidad de las sensaciones y la variedad de los motivos que se ofrecen, inagotables, a los soliloquios del peregrino alucinado, no son parte a amenguar, ni la potencia evocadora de la expresión, ni la vivacidad y energía del pensamiento, alternativamente amargo, sonriente o escéptico.

Puede discutirse, cuando se juzga la obra y el talento de este escritor, la novedad de las ideas y la trascendencia de los conceptos; pero ni el más inflexible de los exégetas, ni el más apasionado de los contradictores, osarán desconocer la nobleza y excelsitud de la doctrina, la gracia helénica de la elocución y del discurso, y la magnificencia del lenguaje, que decora de clásica elegancia la elevación indeclinable del apostolado. Así ha podido componer, José Enrique Rodó, sus libros imperecederos, que desafían con altivez el arduo dictamen de la crítica y los embates implacables del tiempo; libros en los que el ansioso de emoción y belleza encontrará, si se esfuerza en seguir paso a paso, desde la iniciación ya triunfal, el desenvolvimiento de esta mentalidad soberana, la cálida glorificación de la poesía tocada por el ala de luz del modernismo; el vaticinio genial de "lo que vendrá" inevitablemente a renovar las formas caducas del arte y a poner en las almas el estremecimiento de lo ignorado; la exaltación del idealismo frente a las victorias efímeras de las tendencias utilitarias, y las prefiguraciones de una sociedad por venir en que, sobre los instintos rudos y los apetitos desordenados de Calibán, prevalecerá por siempre una espiritualidad de elección que se personifica y trasunta, en la más celebrada producción del autor, en la grácil figura de Ariel, que se levanta, tutelar, sobre los claros horizontes de América; el himno de la voluntad vencedora y la apología de la vocación vigilante y activa, que es necesario conjurar cuando duerme, reanimar cuando desfallece, o descubrir cuando yace,

desconocida o profunda, en los profundos silos del espíritu; los dechados de meditación y de análisis, como la conmovida y cordial alusión a "los que callan", o el magnífico golpe de cincel que esboza, en el mármol intacto, la áspera "gesta de la forma", o como las páginas eruditas y sabias, profusas de doctrina y abundantes en sagaces atisbos, en que estudia la labor magistral de Juan María Gutiérrez, figura insigne de las letras rioplatenses, que no asoma como una individualidad solitaria en los densos capítulos de crítica en que el comentar la diseña o, más que la diseña, la esculpe, sino que se levanta y se mueve sobre el propio escenario de sus andanzas, con el cortejo de sus seguidores o de sus rivales, en la agitada época de la tiranía y de las proscripciones, entre los clamores de la polémica política o en el apartamiento fecundo del destierro; y, por último, en la multiforme producción de Rodó, uniformemente bella y prestigiosa, es posible inquirir de qué modo reacciona aquel espíritu, a un tiempo mismo inquieto y contemplativo, ante el espectáculo de la naturaleza y las evocaciones de la historia que el apresurado vagar por las tierras del viejo continente ha suscitado ante sus ojos, como si se propusiera demostrar que esa alma, que sólo parecía vivir complacida en las cimas enhiestas de la meditación y del pensamiento, reconcentrada y huraña, avara de sus dones, reacia a toda expansión y a todo estímulo que le llegase de la realidad circundante, sabía vibrar en la compenetración con el mundo exterior, recibir el mensaje sumiso de las cosas, y deleitarse ante los panoramas que deslumbraron a cuantos anhelaron recorrer, sobre el suelo de Europa, las rutas hechizadas que terminan en la Grecia de las fábulas inmortales, en la Italia de los fastuosos renacimientos, o en aquella Francia sublime, predilecta del genio, que ejerce, con incontestada supremacía, el magisterio de los pueblos y de las culturas!

Pero hay todavía, en la obra de este artista supremo,

una característica fundamental que podría ser considerada como una de las razones determinantes de este homenaje conmemoratorio. Aludo, señores, a la anhelada emancipación de Bolívar por el presente y por el porvenir de nuestra América. El americanismo es en él, no una concepción política vana y protocolar, una ficción retórica, sino un sentimiento vital y dominante. Habrá que decir alguna vez qué enorme, qué avasalladora sugestión ejerció sobre su pensamiento el futuro de nuestro pueblo, digno de constituir una anhelada primavera y victoria, por la comunidad indestructible de sus orígenes y de sus destinos. Desde su cátedra de Arica aspiró a difundir entre sus contemporáneos un desinteresado ideal del espíritu, capaz de educar la voluntad colectiva en el culto tenaz del mañana. Si el pasado es, según él, la obra del brazo que combate, y si el presente pertenece, por manera casi exclusiva, al afanoso brazo que construye, el porvenir reservará escenario y ambiente para los que propendan a brindar al esfuerzo de las generaciones que no advinieron aun a la vida el tributo de una positiva superioridad intelectual. Y en el propio libro indeleble que esparce, indispable, el aroma de su claro evangelio de optimismo y de idealidad, se arrulla en la visión de una América nueva, "hospitalaria para todas las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparan a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; severa y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que se revela a través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta".

En el "Mirador de Próspero" ese sentimiento esquivo de adhesión cordial a lo autóctono se concreta en páginas admirables. He ahí las figuras de Bolívar y Montalvo, esculpidas en el mármol sin mácula y radiantes de eternidad; junto a ellas el escultor ciclópeo hubiera intenta-

do levantar, si la lamentable brevedad de su vida no hubiese defraudado tan soberbia ambición, las de otros personajes de suprema excelencia moral, que él habría situado con acierto en el teatro de sus proezas, lo mismo si tremolaban sobre el tumulto de la acción guerrera, como el libertador venezolano, el lábaro de la independencia política que si se aplicaban, como el impetuoso publicista de Amilato, a componer los Siete Tratados, a trazar con la pluma fértil en donosuras los capítulos que se le olvidaron a Cervantes, o a arrojar al rostro de los despotas, con inextinguible ardor de patriotas, la subversiva cólera de sus panfletos acerbos y demolidores! Y he ahí también, en ese mismo libro eximio, la glosa insuperable de lo que fué y de lo que debe ser el americanismo literario, y el acabado análisis de los sentimientos que lo informan: el de la naturaleza y el de la historia, que habría que arraigar y robustecer en el espíritu y en el corazón de nuestros creadores de belleza verbal.

Frutos acendrados de esa enseñanza y de esa prédica una, indisputablemente, los nobles conceptos en que proclama que el sentimiento americano es el "del porvenir abierto, prometedor, ilimitado, del que se espera la plenitud de la fuerza, de la gloria y del poder"; o aquella otra afirmación, no menos estimulante y henchida de confianza y de fe, según la cual "la persuasión que es necesario difundir hasta convertirla en sentido común de nuestros pueblos, es que ni la riqueza, ni la intelectualidad, ni la cultura, ni la fuerza de las armas, pueden suplir en el ser de las naciones, como no suplen en el del individuo, la ausencia de este valor irreductible y soberano: ser algo propio, tener un carácter personal".

Y este sincero amor de lo solariego y de lo nativo se superpone en él a las influencias, no pocas veces avasalladoras, de lo exótico, y se traduce en melancólica añoranza de la patria quimérica que abarca todo el conti-

nente, y de aquella otra, menos dilatada como expresión geográfica, pero no menos gloriosa para su devoción filial, que fué su cuna y que será desde hoy su sepulcro. Frente a los desbordes de magnificencia y esplendor con que cautivan su alma las civilizaciones seculares, lejos de relegar al olvido el mundo alboreante e inorgánico de que procedía, reitera su profesión de fe en los destinos de América y experimenta una exaltación de su orgullo criollo, que se complace en evocar, junto a las suntuosas metrópolis europeas, algunas ciudades americanas, que la energía y el empuje de estirpes ya desaparecidas levantaron del suelo generoso "en las convulsiones y las fiebres de nuestra formación política". Y en el último día del año, mientras asciende las gradas augustas del Capitolio, doradas de sol y de historia, el mensaje que envía a los hombres jóvenes que sueñan, trabajan o meditan bajo el firmamento en que se abren, como en un ademán protector, los brazos de luz del Crucero, es una incitación calurosa, y como apremiante, para que se consagren a formar el sentimiento hispanoamericano y para que se apereiban a infundir en la conciencia de nuestros pueblos "la idea de una América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única".

El patriotismo ejemplar de Rodó no padece ni se desmedra tampoco en la dura prueba de la ausencia. Dondequiera que se posen sus plantas, en el azar del peregrinaje fecundo en sorpresas, el recuerdo del Uruguay se alza poderoso en su espíritu, poblándolo de evocaciones amables e insistentes. Y he aquí ahora que la tierra dilecta lo recibe en su seno, cuando retorna, en la inmovilidad de la muerte, del sueño de aventura y de perfección que hubiese culminado tal vez en nuevas creaciones encantadoras e inmortales.

Puesto que se enorgulleció de su ciudadanía, y puesto que puso, sobre todo otro amor, el de su país y su raza, no debe haber en el homenaje fervoroso de nuestro pue-

blo, ni disonancias ni esquiveces. La belleza esencial de sus escritos reside, más que en la doctrina que divulgan, sujeta a rectificación y susceptible de dar asidero a la controversia, en la rara prestancia de la forma y en el sortilegio de un estilo que es como el sello inconfundible de un espíritu de excepción. Esta cualidad peregrina les asegura el fallo favorable del porvenir y la admiración de cuantos rindan parias a la hermosura, y no es arriesgado vaticinar que aun cuando la evolución constante de las ideas trajese aparejada la definitiva derrota del idealismo generoso que las mejores páginas de Rodó predicán y exaltan, la posteridad no tendrá para aquéllos ni inconsecuencia ni desvío, porque la magia soberana de la expresión, que es el secreto insobornable del artista, las hará perdurar en los siglos, como si una mano invisible hubiera trazado en la portada de esos libros subyugadores aquella profética sentencia que Esquilo inscribió al frente de sus tragedias maravillosas; aquella lacónica y altanera dedicatoria “Al tiempo” con que el heleno formidable gustó de proclamar, desafiando los dictámenes contradictorios de la crítica y la versatilidad y mudanza de los gustos y de las opiniones, la perennidad de su inspiración y de su obra!

Discurso del doctor Arturo Giménez Pastor, representante de "La Nación" de Buenos Aires

Señores: En esta hora en que solemnemente entrega el océano a la tierra uruguaya los restos de José Enrique Rodó, mi voz va a pronunciar las palabras de homenaje y de recuerdo con que "La Nación" de Buenos Aires despide estas reliquias de una luminosa vida.

Para que esas palabras fueran un tributo de alto pensamiento y de noble sentir, bastaba la repercusión que este féretro les diera al caer sobre él despertando sus ecos funerales. Para que vibre en ellas el estremecimiento de sensibilidad herida que la meditación recordatoria del bien perdido renueva en este acto, el gran diario argentino, en cuyas páginas dejara también Rodó el fecundo chispeo germinante de su verbo, ha elegido a uno que le conoció en bellos días de juventud, que fué su amigo, que como tal sintió directamente el calor generoso de aquel gran corazón tantas veces niño, como todos los grandes corazones, y que así, por personal conocimiento, supo de las mil excelencias íntimas que atesoraba en su grande alma buena José Enrique Rodó.

Imaginaos, pues, señores, lo que mi palabra no puede decir bien; lo que la palabra no puede tantas veces decir bien: la elegiaca elocuencia recóndita de esta despedida a lo que el mar nos devuelve de aquel que conocimos y vimos partir a las soñadas patrias del espíritu con el alma llena de voces, — las más nobles voces que

hayan hablado en un alma de nuestra generación, — y con la mente centelleando la más espléndida germinación de luces que en una feliz hora de amor quiso sembrar en una juventud privilegiada el divino sembrador de esas serenas claridades de la inteligencia con que Rodó iluminó radiante su personalidad moral.

Había surgido a la luz de la revelación literaria como una de aquellas pariciones de balada que señalan en los cendales del horizonte un punto brillante a la mirada de los que, desde la orilla del cristiano río de las leyendas, interrogan la lejanía evocando apariciones de maravilla prometidas al afán de una mágica realización de ensueños.

Así esperaban en aquella época los espíritus deseosos de vivir la vida de un futuro que debía ser su presente, todavía indefinido en el campo abierto a las orientaciones intelectuales. Esperaban “lo que vendrá”, según la fórmula que con el título de su primer escrito famoso había de dar el mismo Rodó, hasta entonces ignorado.

El vasto palenque en que realistas y románticos, espiritualismo y positivismo, se habían disputado la dirección de las inteligencias; el vasto palenque de las batallas que difundieron glorioso fragor homérico en memorables días del siglo XIX, había quedado sumido en inquietud de silenciosa obscuridad; los vencedores de ayer entraban ya en la sombra de las grandes cosas que han hecho su época. ¿Quién vendría a acaudillar las nuevas fuerzas que habían de continuar la lucha, a renovar la vida de las ideas?

El punto de luz aquel que diseñaba ya una figura a la distancia, traía buena nueva. Era el caballero de blanco y resplandeciente arnés, que venía a decir de justicia, de amor, de ideal generoso y libre. Así apareció Rodó, en un tranquilo rayo de sol, armado para siempre de todas sus armas de luz. Venía de un ignoto Santo Graal, con-

sagrado ya paladín de una bella empresa de armonía moral, de simpatía inteligente, de superior fraternidad estética.

Era el predestinado a la nueva afirmación de juventud que había de hacerle, casi adolescente, el maestro de la nueva fe, — fe en la vida, fe en las eternas y siempre nuevas y siempre fecundas y gloriosas revelaciones de la belleza, fe en las fuerzas de serena esperanza inmarcesible en que florece esa primavera de las almas, que da eternamente flores de infinito; fe, por fin, en los destinos que al nuevo mundo de las patrias jóvenes asegurará una armoniosa fraternidad de todos los corazones, de todas las inteligencias, de todas las intuiciones espirituales que animan el pensamiento y la acción de futuro en todos los pueblos de América.

Cultivar las almas; llevar a ellas un hálito de la divina juventud que Grecia conoció y que fué en ella fresca levadura de inmortalidad histórica; reanimar los verdores de la esperanza ante el pesimismo de la duda o del desaliento; hablar del porvenir al presente ante el pasado; esto vino a enseñar Rodó con ese hermoso apostolado ético y estético cumplido sin dejo ni aún remoto de impertinente austeridad o presunción dogmática; amable magisterio de lo bello iluminado por la sonrisa de las Gracias; prédicas en que la noble gravedad pensadora de Próspero aparecía siguiendo complacida los alados giros de Ariel en los campos azules del éter.

"La Nación" de Buenos Aires requirió para sus páginas las claridades de aquella mente y el arte de aquella alta y serena elocuencia. Esa elevadísima tribuna de cultura no ha dejado de ofrecer la resonancia de su autoridad a ninguna de las voces que, a través de su ya histórica existencia, han ido surgiendo en la incesante floración de espíritus que suscitan las luchas de la idea. Una de sus más bellas glorias es la de haber recogido

sin descanso luces a su alrededor, para ofrecerlas en esplendorosa cosecha al continente.

El ilustre fundador del gran diario argentino quiso que fuese, — y de su puño y letra firmó esta ejecutoria, — “una tribuna de doctrina”. ¡Pensad si se sentiría bien Rodó en ese hogar argentino de la inteligencia rioplatense, aureolado por el fulgor de las ideas, — él, que había sentido con tanta y tan fecunda riqueza de simpatía las dos grandes épocas literarias que irradiara el Buenos Aires de Mayo y el Buenos Aires de Rozas, — la grande era triunfal de la Revolución y la grande era trágica de la tiranía,—esas dos grandes épocas evocadas luego con insuperada belleza por su pluma en torno de la figura de Juan María Gutiérrez.

¡Oh, señores! ¡Cómo estos recuerdos de felices días de la clarísima vida de Rodó hacen cruel el contraste que les opone la realidad presente!

Henos aquí ante las fúnebres reliquias de esa vida, que devuelve a la tierra natal del poeta los restos del pobre vaso roto allá lejos, de las materiales formas que guardaron mal un tan noble y alto espíritu, ya difundido en el deslumbramiento del infinito, libertado de la mortal escoria de un cuerpo que siempre pareció sobrar a aquel espíritu de elección.

Vamos a entregarlas a la tumba. Pero tal es la superior energía de sobrevivencia que en sí llevan estas almas triunfadoras de la muerte, de tal modo persiste su vida mejor y más pura en el alma de los demás, que la triste ceremonia mortuoria se trasfigura en la augusta solemnidad de una apoteosis.

¡Oh, magnífico espectáculo! Los corazones de todo un pueblo han acompañado hasta aquí este féretro, batiendo con sus latidos el solemne ritmo de una inaudita marcha de honor. Y ese gran redoble de latidos alcanza a las fronteras todas de la uruguay'a patria y se dilata más allá; sí, mucho más allá; rebasa, como el clamor de

la imponente ola, las fronteras de las vecinas naciones y resuena al fin sobre todo el continente; porque debemos creer, señores, que en esta hora todos los corazones de la América están de pie, rindiendo a este noble muerto los honores de una universal aclamación.

¡Reliquias de José Enrique Rodó, que venís a descansar en el tibio seno de la tierra que os dió dulce cuna y os abre tumba consagrada por el amor de todos! Recibid de mi mano, al desaparecer para siempre en la sombra, el manojo de laureles y siemprevivas que "La Nación" deja caer sobre el ataúd que os lleva al silencio grandioso de la soledad sepulcral.

Discurso del señor Gustavo Ruiz

El Gobierno de la República de El Salvador quiere en este acto significar, por mi medio, la justa apreciación que hace a los despojos inertes del gran pensador uruguayo, José Enrique Rodó, y en mandato oficial, que cumpla hoy con tierna emoción, ofrece a su cadáver una ofrenda floral, y para el gobierno y pueblo uruguayo, la cordial simpatía que es pena en el corazón y desolación en el alma, porque él interpreta que es luto para aquella tierra centroamericana, las sentidas exequias de este eximio ciudadano internacional.

También el Ateneo Hispano Americano de Buenos Aires, del cual soy miembro directivo, quiere, en este acto y por mi medio, hacer presente el dolor renovado, en esta hora, por la desaparición de José Enrique Rodó.

Para este gran difunto la América ha encendido sus velones mortuorios, y es como si los veinte pueblos del Continente vivieran una hora en que la noche fuese el catafalco y las estrellas los ciriales...

Yo te saludo, ¡oh gran muerto! en nombre de mi patria que ha lamentado tu partida, porque ella sabía que tus vuelos mentales eran tan altos como sus montañas, tan serenos y diáfanos como sus cielos y tan vigorosos como sus bosques.

Mi patria sabía que el metal de tus pensamientos tan puro fué, que para el cambio de los valores selectos lo ha de acuñar la posteridad. Ella sabía, ¡oh maestro egregio!,

que mejor que los nardos, en las manos del santo, tu pluma florecía en milagro de fraseo. Sabía mi patria que eras grande, porque tu figura como el sol mañanero, se asomaba sobre la cima de los Andes Sanmartinianos. Sabía mi patria, ¡oh noble varón!, que también eras patriota, con el noble patriotismo de tus fueros divinos. Sabía mi patria lejana, pero atenta, pequeña, pero segura, que había en este lado de la América hispana, una línea que haciendo paralelo al trazo de Darío, marcara un meridiano en las latitudes mentales del continente, y así fué tu figura, en la geometría del hemisferio, serenamente olímpica como en tardes de quietud las aguas de tu rada. Has muerto en plena evolución mental, dictando a los hombres de América un curso de Belleza.

Tus obras son monumentos de forma y fondo y la patria de Artigas bien puede estar orgullosa de tu médula pensante, porque con tu talento, ¡oh maestro conspicuo! has salvado fronteras y vinculado pueblos.

Al despedir ahora tus restos, quisiera acercar mis solares patrios, lavar tus nobles huesos con agua de mis montañas, ungirte con bálsamos de mis selvas tropicales, y con oro de mis soles y plata de mis luceros hacerte una túnica opulenta. Quisiera, ¡oh maestro de los maestros!. echar sobre tu gran tumba un puñado de tierra Salvadoreña, porque de este modo estaríais con nosotros en materia, como en nosotros estás en pensamiento.

Discurso del Presidente de la Delegación de estudiantes argentinos, señor Ventura Pessolano

Excelentísimo señor Presidente de la República:

Señores:

La juventud de mi patria no ha querido faltar en la hora de vuestra tribulación y vuestra pena; por eso hemos venido, delegados de todos los núcleos estudiantiles de las universidades argentinas, a traerlos para este nuevo y altísimo santuario del corazón uruguayo, el piadoso consuelo de vuestras flores y el amor sublime de nuestras lágrimas!...

Que otras voces mejores que la mía digan lo que fué y significa en la historia de la cultura hispanoamericana, la clara voz enmudecida para siempre, de José Enrique Rodó: que ellas interpreten el valor de sus libros—evangelios del amor, la belleza y la esperanza,—que nos expliquen su profundo sentido en la nueva modalidad espiritual del Plata; que nos hablen de su arcano de belleza, de su verdad de justicia, de su emoción inquietante; de la sugestión del bien que siembran, del consuelo que ofrecen, de la nobleza que exaltan y realizan.

Que otras voces más altas que la mía os digan por qué tienen esos libros acentos de misales, y trémolo de himnos; por qué exigen el religioso recogimiento de los tem-

plos o la apartada soledad de las escuelas o la austera gravedad de las academias; por qué ríen las aves o deslumbran sus visiones en algunos capítulos, por qué lloran, en otros, esas mismas aves... Que vuestros maestros, que podrían ser los míos os hablen con la unción de la sabiduría sobre la sabiduría de esos libros. Que vuestros políticos nos recuerden sus firmes virtudes ciudadanas, que sus amigos nos cuenten la estoica y heroica nobleza de su vida; que vuestros poetas nos digan en qué ritmo misterioso y con qué alas voló hasta las cumbres de la belleza eterna, y naufragó en los mares infinitos del poeta dolorido de la Italia; que hablen vuestros artistas sobre la gema poliforme de sus libros, sobre el colorido inimitable de sus obras, sobre el relieve armonioso de sus líneas, y sobre aquella luz misteriosa que pasa, como una claridad, sobre toda la obra del maestro... Ellos han de enseñaros con la ciencia que no tengo, por qué “Ariel” es bronce bien templado que vibra de coraje y de esperanza sobre el incipiente materialismo americano...; por qué tienen la gravedad discursiva y cristalina de los “simposis” ilustres, y la brevedad rotunda y enigmática de los Libros Sinópticos, aquellos “Motivos de Proteo”, dechado de hermosura y cofre primoroso en que se guardan las más altas virtudes de la raza... Ellos os dirán quién es Próspero... y el cuadro que se mira desde su acrópolis moderna; y os dirán de la luz que inunda el panorama, y del huerto florecido que abarca la mirada y del cielo estrellado en que se abisma el espíritu...; y dejadle a vuestros ancianos — que le vieron niño y le lloran muerto — que, sacerdotes laicos de su pueblo, nos expliquen por qué tenía videncias el Maestro, por qué fué profecía su voz solitaria, por qué le adoraran los pueblos del Plata, en este irremediable estrado de la Gloria...!

Y a mí, señores, que soy joven, y portador de un men-

saje que tiembla de ternura en mis labios, dejadme que os diga en lenguaje del corazón, únicamente, que aquel infausto día, en que próximo al mar aquel de Eneas, en las rías de Palermo, la tarde, cogió en su seno la última mirada del Maestro, bajó la noche en el alma de mi pueblo y hubo un estremecimiento de dolor en el corazón argentino... Como en la leyenda oriental, callaron las aves en sus nidos y se recogieron las flores, del otro lado del Plata... y la juventud que represento, ansiosa de justicia y ennoblecida por el culto de una honda gratitud espiritual que nos traje hacia esta tumba, entonces como ahora, rezó en el santuario de su alma las preces de su pena y el "laudamus, Domine", de su místico entusiasmo; y entonces como ahora, noble pueblo del Uruguay, llegamos con el corazón arrodillado y en las manos la simbólica tea de los romeros antiguos, a deciros, así, sencillamente, que este muerto es nuestro muerto, que nuestra es vuestra angustia, y vuestra gloria, y esta desazón que nos embarga, y esta exaltación que consumamos, y esta justicia que cumplimos, nuestra, como el azul que nos cobija y como la tarde entristecida, sobre vuestro dolor de uruguayos y sobre mi pena argentina.

Anoche, señores, frente al sublime espectáculo que ofrecía Montevideo, noble y dolorido, ante su muerto muy ilustre y muy amado, cuando exornásteis vuestras almas de suyo bellas, de religión y de ternura, y bajo las franjas enlutadas de vuestra noble divisa, junto al heráldico rojo, de Artigas, perfumásteis con el incienso milenario el túmulo sagrado, y en alas de la honda y desolada armonía con que Mozart ruega por los muertos, en sus sacrificios de ultratumba, valoran esas almas hasta la eternidad donde el Maestro mora, bajo el apremio de una emoción intensa, pugnando en mis pupilas por ser el ardor de una lágrima cautiva, salí a la calle y miré vuestro cielo...

Blancas nubes, como fantásticos cendales, velaban la luna triste del 28 de febrero... La Cruz del Sur, cual los cuatro símbolos del dolor hebreo, titilaban en las alturas del Uruguay... y sus dos brazos luminosos, piadosamente abiertos sobre el féretro adorado, me sugirieron la idea de deciros, como prenda del amor que os traigo, que las federaciones universitarias argentinas tienen, allá, en mi patria, una bandera que es presunción de amor, de verdad y de belleza, para los días de gloria o las horas de la tribulación...

Sobre el campo azul de nuestros colores nacionales, la simbólica cruz — solitaria y blanca — del hemisferio Sur. Ya véis nuestra bandera: la misma áurea y generosa visión, señores, del último capítulo de Ariel...

En su nombre, y a la sombra de su purísimo paño, recogió, en el ánfora sagrada, esta lágrima que os mandan nuestros hermanos del otro lado del Plata."

Discurso del señor Juan Vicente Ramírez, Presidente de la Delegación de estudiantes paraguayos.

Señores: Muchas veces, hojeando las páginas que guardan la palabra armoniosa de los oradores, ante la declaración de impotencia que casi todos hacen al tener que interpretar un sentimiento colectivo, una sonrisa de incredulidad se dibujó en mis labios, porque estaba en la creencia de que no se trataba sino de una simple coquetería intelectual, de una manifestación de falsa modestia, de un lugar común, en fin, del que nadie se creía autorizado a prescindir.

Pero hoy, que tengo que dar forma al sentimiento de la juventud estudiosa de mi pueblo, hoy, que en este sitio augusto, en este instante solemne, debo prestar mi voz al alma colectiva, sensible y vibrante, de la juventud paraguaya, hoy, señores, comprendo que, en verdad, existen momentos en que la capacidad individual se juzga impotente para el desempeño feliz del alto y noble cometido de interpretar el sentir y el pensar de una agrupación humana.

Sé decir de mí, señores, que al recibir el honroso mandato de mis camaradas, cuyo cumplimiento me tiene en este lugar, he quedado casi anonadado, ante la seguridad de que mis palabras no tienen la sonoridad necesaria, ni la armonía precisa, ni la flexibilidad indispensable para ser el órgano adecuado de todo lo que se agita y bulle

en el alma de la juventud de mi patria, por la muerte de José Enrique Rodó, por esa puñalada alevosa del destino que, al destrozar el corazón del pueblo amigo y hermano, ha abierto también una ancha herida en el corazón del pueblo paraguayo, y, muy particularmente, en el de esa caravana juvenil que tiene sus pupilas en el risueño color de la aurora, y hermosea su espíritu con la celeste claridad de esta trinidad gloriosa: Alegría, Fe, Esperanza.

Sin embargo, al reflexionar que la misión que se me confiaba, tenía que ser desempeñada en el seno del pueblo uruguayo, me tranquilicé y serené, porque no se me escapaba, señores, que el sincero afecto que une los corazones uruguayos y paraguayos, el verdadero cariño que enlaza las almas de estas dos colectividades, harían, en cierto modo, fácil el desempeño de mi cometido, pues donde reina el amor, como se sabe, basta a veces, para entregar un mensaje sentimental, acercar los corazones en un estrecho abrazo y dejar que de los ojos manen las lágrimas expresivas...

Señores: ¿quién ignora que Rodó fué el Maestro en el seno de las sociedades americanas? Desde la publicación de “Ariel” — ese estupendo “sermón laico”, que contiene la Buena Nueva para la juventud — las generaciones vivientes de nuestra América reconocieron en él al “iniciado”, al hombre de excepción, encargado de realizar la misión santa de ir ensanchando, con la lumbre excelsa de su potente cerebro, con el resplandor vivísimo de su privilegiada inteligencia, el círculo de luz que nos rodea, haciendo retroceder, en consecuencia, la movable línea oscura del Misterio...?

Desde la alta cumbre donde le elevara su poderosa mentalidad, dejó oír su palabra serena y armoniosa, llena de unción y de gracia, verdadero bálsamo para calmar la inquietud sagrada de las almas, que se sentían consumidas por el deseo de conocer nuevas metas que

conquistar, nuevas alturas que escalar, nuevos ensueños que acariciar, nuevas esperanzas en que confiar; que tenían necesidad, en fin, de sentir nuevamente la ardorosa y vivificante llama de entusiasmo por los grandes ideales de la raza.

Hizo de esta preclara Montevideo el Sinaí glorioso, y en alas de una prosa musical y florida, de una prosa ataviada con los encantos subyugadores que las divinas Gracias le sugirieran, lanzó a los cuatro vientos sabias enseñanzas, que persiguen como finalidad suprema, perfeccionar a los individuos para mejorar las sociedades; señalar el verdadero objetivo de nuestros esfuerzos, para facilitar el cumplimiento del destino de estos pueblos; encontrar la segura senda de un progreso rápido y sin zozobra; rodear nuevamente de claridad solar los ideales de nuestra común stirpe, para que sean fácilmente reconocidos y pueda contribuir cada uno con todos sus entusiasmos y todas sus energías a su realización progresiva y a su definitivo triunfo.

Además, sintió Rodó como muy pocos, como las grandes figuras de excepción de nuestra América — como Bolívar, como Artigas, como Montalvo, como Alberdi, como Martí — el patriotismo del continente, ese elevado sentimiento que por sobre todas las patrias particulares, extiende el manto luminoso de una patria grande, de una patria máxima, de una patria única, que cobije bajo sus amplios pliegues de todos los pueblos hispano-americanos, y convierta a sus pobladores, a los que viven sobre su hermoso suelo, en verdaderos hermanos: en miembros eficientes y entusiastas de sociedades determinadas, sí, pero en soldados, al mismo tiempo, de una misma civilización, y en ciudadanos de una sola patria común.

Y porque Rodó fué un eminente civilizador y un fervoroso americanista, la juventud paraguaya, parte integrante de la juventud de este continente, ha llorado

con honda pena la desaparición definitiva de esta lumbrera uruguaya.

Pero la juventud estudiosa de mi patria tiene, señores, motivos más íntimos para lamentar esta muerte.

Después de nuestra guerra cruenta; después de aquel encuentro de cuatro pueblos americanos, que duró un lustro y convirtió el territorio de mi patria en una gran necrópolis, en que quedaba sepultado todo un pueblo; después de aquella tempestad bravía que no dejó en el Paraguay nada en pie, excepción hecha de algunos espectros de mujeres errantes, de viejos enfermos, de niños escuálidos; después de esa pavorosa hecatombe que costó a mi pequeño pueblo seiscientas mil víctimas, las nuevas generaciones paraguayas, nacidas entre tantas desgracias, entre tanto dolor, entre tanto infortunio, venían enfermas, trayendo graves males en el fondo del alma.

Venían sin la fe que conforta, sin el entusiasmo, que alegra y que multiplica las fuerzas; sin la energía, que ayuda a salir airoso en las batallas campales de la existencia; sin la esperanza, en fin, que pone celajes rosados en el horizonte de nuestra vida.

Verdad es que con cada día que pasaba, la fuerza vital de la raza conquistaba nuevas victorias, y que paulatinamente, una nueva luz empezaba a difundir su claridad en el seno del alma de mis compatriotas, oscurecida por las sombras de una infinita tristeza.

De pronto, resonó en América la voz potente y armoniosa de Rodó, de este gran taumaturgo del pensamiento, de este raro brujo de las almas enfermas, y empezaron a difundirse sus elocuentes discursos sobre las superiores energías del espíritu. Desde entonces, las nuevas generaciones de mi patria no apartaron el oído de la di-

rección de donde les llegaba música tan arrobadora, y desde entonces, también, cuidaron de abreviar siempre su sed ardiente de perfeccionamiento en las puras aguas del manantial perenne de su optimismo inquebrantable.

¿Cómo poder apreciar todo lo que significa para nosotros esta enseñanza?

Yo solo sé decir, señores, que las heridas del alma paraguaya van cicatrizándose, y que las negras sombras emanadas del desaliento, del escepticismo y de la duda, van sustituyéndose por los resplandores que producen la fe en sí, el entusiasmo por la vida y la esperanza de que días de prosperidad y de grandeza guarda el porvenir para la raza tan cruelmente tratada hasta hoy por el destino.

Y sé decir, también, que las fuerzas más eficaces a que se debe este prodigio de resurgimiento, son la potencialidad de la raza, la fúlgida luz que se desprende de la grandiosa epopeya de nuestro pasado, y las prédicas suggestionadoras de los optimistas, entre quienes hay que contar, en primer término, en el seno de mi pueblo, al gran Rodó.

Y porque él fué para nosotros no sólo el maestro, de mucho y hondo saber, sino también un médico de almas, piadoso y dulce, la juventud paraguaya gime dolorida por el silencio eterno de esta voz magistral y apostólica.

Pero hay algo más todavía, señores. Rodó ha sido también el amigo particular de mi patria. Como buen uruguayo, tuvo simpatías por el Paraguay.

Para los que somos de aquella tierra cálida y sonora, constituye motivo de satisfacción comprobar que es tradicional la amistad sincera y honda de estos dos pueblos de América.

Del fondo de la historia de los dos países, surgen hechos y acontecimientos que la ponen en evidencia.

Ya los padres de las dos patrias, los fundadores de estas nacionalidades lo sentían, y en lenguaje expresivo y con hechos elocuentes, como conviene a aquella época legendaria, se manifestaban sus afectos.

Fulgencio Yegros, el prócer paraguay'o, acompañado de muchos centenares de compatriotas, antes de su empresa libertadora, derramó heroicamente su sangre en defensa de esta riente capital platina, al producirse la invasión inglesa, allá en las postrimerías del Virreinato, en el ocaso del coloniaje.

Y Artigas, el gran vidente, el patriarca uruguayo, el padre de esta nacionalidad y una de las más hermosas figuras de la epopeya de la independencia de América, miró siempre al Paraguay' con cariño ardiente, y cuando terminó su misión histórica de sembrador y llegó el momento del infortunio, no aceptó el generoso ofrecimiento de la poderosa República nórdica, y fuese a reposar, en cambio, en el seno del pueblo paraguay'o, del mismo pueblo que en aquellos lejanos tiempos, como testimonio de afecto para el gran caudillo, entonaba canciones Artiguistas por las calles de la histórica Asunción.

Desde entonces, flota en el ambiente de las dos patrias, una poderosa corriente de simpatía, que se apodera y adueña tanto del corazón de las masas populares, como del de los intelectuales y de los dirigentes de todas las clases sociales.

Rodó ha dado pruebas, en varias oportunidades, de que se mantenía consecuente con este tradicional cariño de pueblos, y de que una amistad firme y fuerte lo unía a la patria de los Comunros.

Nosotros no olvidamos, ni olvidaremos nunca, señores, que cuando una simpática caravana de jóvenes uruguayos llegaron hasta nuestros lares en peregrinación, para

murmurar su oración patriótica bajo el mismo árbol que escuchara las últimas confidencias de Artigas, nos envió Rodó un mensaje hermoso, en que dejó fluir libremente su ferviente amor por la América hispana, y, también, su íntimo afecto por el Paraguay.

Tenemos grabadas en el corazón, señores, todas las frases de aquel mensaje memorable.

De su contenido, no recordaré aquí sino lo que se refiere a la amistad de estos dos pueblos: "Única patria es América, dice; pero dentro de esta unidad hay pueblos que con más singular fraternidad se atraen y que más eficaz y claramente persiguen la armonía de sus destinos. Paraguayos y orientales forman, sin duda, el más cabal ejemplo americano de aquella "grande amistad" que Michelet soñaba ver consagrada en las relaciones de los pueblos. Reciprocidad de afectos y comunidad de intereses, los vinculan. El Uruguay es el Paraguay atlántico; el Paraguay es el Uruguay de los trópicos".

Rodó fué, pues, para nosotros, el maestro, el médico, el amigo.

Por eso, cuando el destino jugó esta mala pasada a los pueblos de América, silenciando la voz sonora y profunda del gran uruguayo, una de las más hondamente heridas por la tremenda desgracia, fué la juventud de mi tierra, circunstancia que le puso en condiciones de poder comprender el duelo inmenso de este pueblo viril y caballeresco y de compartir toda su pena con la pujante y gallarda juventud uruguaya.

Por eso, tan pronto como pasó el primer ímpetu del dolor, nos hemos apresurado a rodear la imagen bien amada del Maestro, y poniendo a contribución la belleza de nuestras flores y los encantos de nuestras mujeres, hemos celebrado, en arranques líricos, su funeral civil.

Y por eso también, señores, al tenerse allá conocimiento de que pronto arribarían a estas playas sus restos ve-

nerados, nos envía a nosotros para que, al lado de la juventud uruguaya, los escoltemos en su representación, y agreguemos nuestra voz modesta a la autorizada y potente de este pueblo hermano, para pregonar una vez más, por todos los ámbitos, la gloria excelsa del inmortal pensador.

La misión está cumplida.

Discurso del señor Esteban Manzanera del Campo, Delegado de los estudiantes mexicanos

En nombre de los estudiantes mejicanos, como un recuerdo, o tal vez como una esperanza, deposito esta ofrenda sobre el féretro de José Enrique Rodó. Quiero que estas humildes flores os fien, amigos míos, que la juventud de América, no es ingrata. Sí, os lo juro: llegará el tiempo en que ella erija un sepulcro, nuevo areópago, que atestigüe a través de los tiempos, a la vez su gratitud, su admiración y su cariño para el Maestro. Llegará el tiempo en que aquí, a la orilla del mar, en medio de este pueblo uruguayo que él tanto amó, se eleven al cielo tantas columnas del mármol más firme y luminoso, cuantos son los pueblos de nuestra América.

Yo sé que entonces la generosa tierra que lo guarda brotará espontánea en sus más dolientes enredaderas que se abracen a las columnas como Isis suplicantes. En ellas encontrarán lugar propicio para sus nidos las aves del cielo y a su sombra vendrán los niños a ensayar con sus juegos ingenuos la lucha de los días que han de venir, ... A su sombra vendrán los viejos a hablar plácidamente de sus recuerdos y los jóvenes en la flor de la edad y la hermosura, de su esperanza y de su amor.

Pero para que el sepulcro que lo guarda sea trasunto de la hospitalidad de su espíritu, haya como en la leyenda del rey del Oriente indeterminado e ingenuo, un

recinto que no le sea dado a hombre alguno hollar con sus plantas. En él, por si algún día llegase un viajero de un país tan remoto que ignorara el secreto que guarda aquella tierra, grabad como el "Sta viator" de la tumba de Montecuculi, grabad en las entrañas del bronce más heroico, para que los siglos no lo empalidezcan o destruyan: "Detente, caminante, pisas un héroe".

Y algún día, al correr de los siglos, cuando un viajero cruce el ancho Río de la Plata, dirá a su vista como en Homero: aquel es el sepulcro de un hombre muerto en otras edades. Jamás como en él encarnó firme y luminoso el espíritu de América: jamás fué superada la bondad de aquel hombre. Desde entonces han pasado los años y los años. Nuevas razas han sustituido aquellas razas y aun los vientos y las lluvias han cambiado la forma de las montañas, pero por sobre ellas, irguiéndose a los cielos como un símbolo, aún se eleva su recuerdo ante la inmensidad de América. Nuevas lenguas han sustituido aquellas lenguas, pero sus palabras a través de los mares, a través de los siglos sigue aún clamando: "Al sol... Al sol..."

Así un día dirán los viajeros ante el sepulcro erigido por la juventud de América al Maestro... Hoy yo deposito sobre su féretro, como un recuerdo, o mejor, como una esperanza, estas flores en nombre de los estudiantes de mi patria.

Del Dr. Dardo Regules

El doctor Dardo Regules, que tantos y tan nobles estímulos ha dado a nuestra obra, nos había entregado, para publicar en este número, un notable trabajo sobre José E. Rodó.

Inconvenientes de último momento han impedido dicha publicación. No tiene así nuestro homenaje, la amplitud que hubiéramos deseado darle, ya que falta en él, la voz de quien se cuenta entre los más comprensivos y brillantes comentadores del Maestro. Pedimos disculpas a nuestros lectores.

NOTA DE LA REDACCIÓN.



ÍNDICE

I. — La ofrenda de «Ariel»

	Págs.
Luisa Luisi — José E. Rodó (Conferencia).	5
Joaquín de Salterain — Rodó en la política	29
José P. Segundo — José E. Rodó.	33
José P. Massera — Reflexiones sobre la moral y la estética de Rodó	43
Hugo Antuña — Rodó.	99
Julio Lerena Juanicó — Cómo ha de ser el monumento a Rodó	108
Santín C. Rossi — La serenidad de Rodó.	117
R. Montero Bustamante — Qué es Rodó.	121
Ismael Cortinas — Algo sobre Rodó. El artista y el hombre.	121
Horacio Maldonado — El monumento a Rodó.	131
E. de Salterain Herrera — Rodó y la crítica impura.	135
José G. Antuña — José E. Rodó.	139
Germán J. de Salterain — Sobre el sudamericanismo de Rodó.	145
Juana do Ibarbourou — Rodó.	148

II. — La apoteosis del Maestro

Juan Zorrilla de San Martín — Ant el féretro de Rodó	151
Antonio Bachini — Rodó.	162
Rodolfo Mezzera — Rodó.	171

	<u>Págs.</u>
Víctor Pérez Petit — Oración fúnebre.	177
Carlos M.^a Prando — José E. Rodó. .	185
Francisco A. Schinca — José E. Rodó.	192
Arturo Giménez Pastor — Rodó. .	200
Gustavo Ruiz — Rodó.	205
V. Pessolano — La voz de la juventud argentina	207
Juan V. Ramírez — José E. Rodó	211
E. Manzanera del Campo — José E. Rodó.	219
Nota de la Dirección.	221

P 000, 222 - 06-02-1871-1